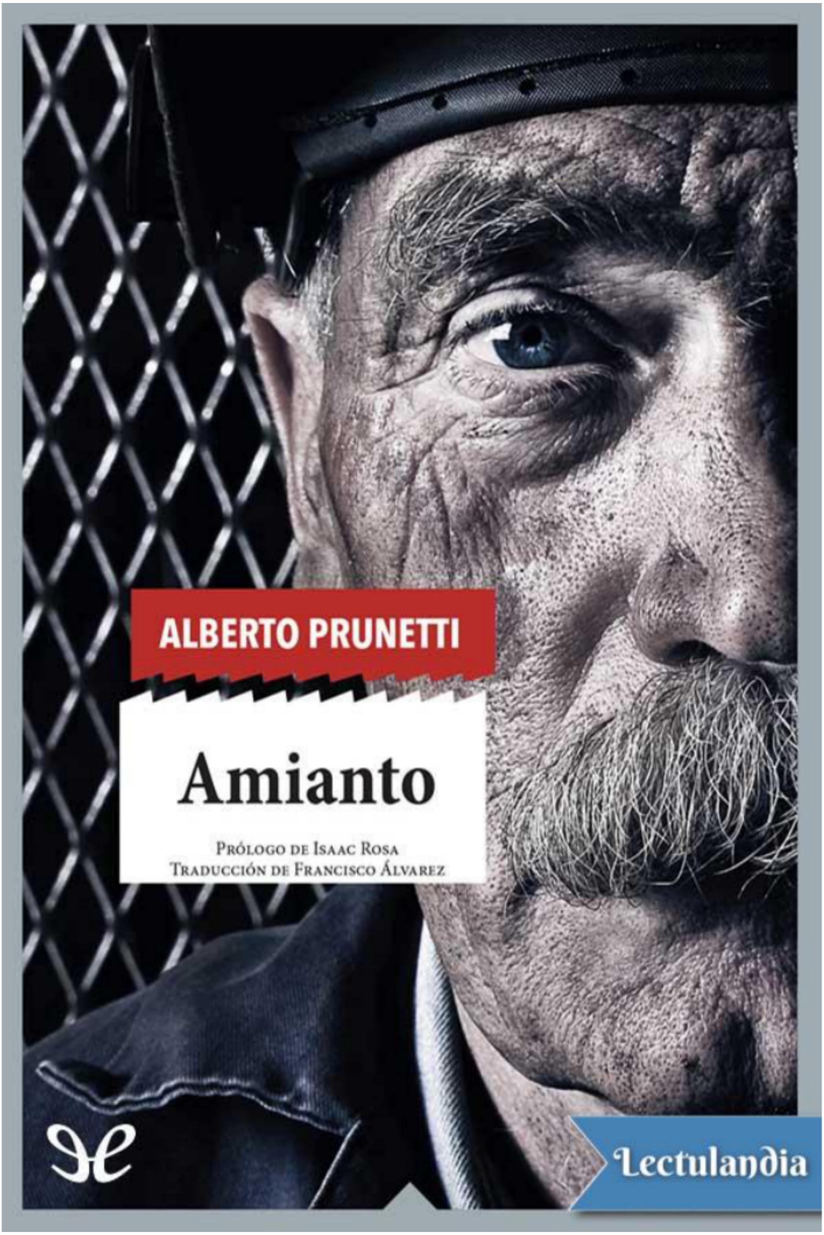
ALBERTO PRUNETTI
Amianto
Prólogo de Isaac Rosa
Traducción de Francisco Álvarez
Lectulandia

Renato es un trabajador que creció después de la guerra y comenzó a trabajar a los catorce años. Un trabajador que derrite electrodos en miles de chispas de fuego a pocos pasos de tanques de petróleo gigantes. Un hombre que respira zinc, plomo y buena parte de la tabla de elementos de Mendeleiev, hasta que una fibra de asbesto llega a su pecho.

El autor del libro es el hijo de Renato. Vivió su infancia en el fútbol callejero frente a la olvidada siderurgia ILVA en la ciudad de Follonica, para luego pasar de las certezas del trabajo manual de su padre a la precariedad de los trabajos cognitivos.

Alberto Prunetti reconstruye la historia laboral de Renato luchando en los juzgados por el reconocimiento del asbesto como causa de su muerte. Y descubre que fue concebido en el lugar que simboliza la muerte por el polvo blanco: la villa piamontesa de Casale Monferrato. Una historia terrible, contada mezclando recuerdos y documentos, midiendo brillantemente las emociones, con una voz narrativa vívida, enriquecida con expresiones dialectales divertidas.

Alberto Prunetti

Amianto

ePub r1.0
Titivillus 01.12.2025

Título original: *Amianto: Una storia operaia*
Alberto Prunetti, 2014
Traducción: Francisco Álvarez González
Prólogo: Isaac Rosa, 2020
Imagen de la portada: Kangah / iStock
Corrección: Tania Galán Álvarez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

A los hijos de los talleres.
A Sara.

PRÓLOGO EN *ZOOM*

«Yo miraba aquellas manos callosas y pensaba que los callos en las manos de los obreros son bonitos, al igual que las arrugas en las caras de los viejos».

Leyendo estas hermosas palabras de Alberto Prunetti sobre las manos de su padre (Renato Prunetti, soldador tubero en acerías y refinerías, muerto a los 59 años por un tumor resultado de su exposición al amianto), recordaba estas otras palabras de Richard Sennett en *El artesano*:

> Las callosidades que se forman en las manos de quienes las utilizan profesionalmente constituyen un caso particular de tacto localizado. En principio, el engrosamiento de la piel debería insensibilizar el tacto, pero en la práctica ocurre lo contrario. Al proteger las terminaciones nerviosas de la mano, las callosidades hacen menos vacilante el acto de exploración. Aunque todavía no se conoce bien la fisiología de este proceso, se sabe que el callo sensibiliza la mano a pequeñísimos espacios físicos y al mismo tiempo estimula la sensibilidad en las yemas de los dedos. La función del callo en la mano es comparable a la del *zoom* en una cámara fotográfica.

Desde que leí este párrafo de Sennett años atrás, me persigue esa imagen fascinante: el callo como un *zoom*, un dispositivo de precisión en la mano del obrero. Ya que *Amianto* es una novela obrera, que se diría escrita con callos en las manos, permítanme que escriba este prólogo en *zoom*, ampliando y alejando progresivamente la imagen desde lo más pequeño y cercano. Intento así ser coherente con un libro que a su manera propone un movimiento de *zoom*: parte de una historia particular, individual, incluso pequeña, y va abriendo el encuadre para mostrar mucho más: un oficio, una

clase, una época, un tiempo perdido que interpela a nuestro presente.

Por supuesto, empezamos este *zoom* mirando una mano: la mano callosa de Renato.

La mano

Renato trabaja con las manos, y ahí ya tenemos la primera rareza: una ¿novela? (luego lo discutiremos) donde el protagonista usa laboralmente sus manos para algo que no sea disparar una pistola de detective o teclear en un ordenador de intrépido reportero o indeciso novelista. Policías, periodistas y escritores, los colectivos de trabajadores más representados en la novela contemporánea. Por el contrario, los trabajadores manuales son sistemáticamente invisibilizados en la literatura actual, en correspondencia con la forma en que son invisibilizados mediática y socialmente para no romper el espejismo tecnófilo en que vivimos, donde el trabajo penoso parece haber desaparecido por el procedimiento infalible de barrerlo bajo la alfombra. Lo que no se ve, no existe. Todos trabajamos ya ante ordenadores, con el ratón en la mano y los pensamientos en la nube; los productos manufacturados vienen de no se sabe dónde o los fabrican robots autónomos; los edificios se levantan solos igual que las calles son barridas y las carreteras asfaltadas por fantasmales figuras que apenas vemos al pasar en el coche y que atropellaríamos de no vestir trajes reflectantes; y en el campo la fruta se recoge sola hasta que los agricultores cortan una autovía y ganan unos minutos de visibilidad (¿cómo, que todavía existen, no se extinguieron ya todos?).

La mano de Renato, ya se ha dicho, tiene callos. Hermosos callos, como las arrugas de un anciano o la rugosidad de una corteza: marcas de vida. Los callos del trabajador (bien distintos a los callos hoy más frecuentes del usuario de gimnasio, como diferentes son los sudores del trabajo y del deporte) son muchas cosas a la vez, cumplen muchas funciones simultáneas: son un dispositivo de precisión, sí, y por tanto una prueba de experiencia y un título de capacitación, resultado de años de manejar, apretar, golpear, levantar, forzar. Pero el callo es también una cicatriz, la huella que dejan el esfuerzo, la intemperie y las heridas. Son también memoria: tocar un callo es apretar una tecla que dispara recuerdos, toda la película de una vida (laboral). Un callo es además un depósito de rencor, a la vez que un tatuaje orgulloso. Y una contraseña de pertenencia a una clase, a la manera del dedo que apoyamos en el lector para abrir una puerta. Los

integrantes de ciertos colectivos se reconocen fácilmente con solo mirarse las manos, lo mismo las curtidas del jornalero que las que nunca consiguen quitar la grasa mecánica inscrita en las huellas dactilares, o las manos irritadas por la lejía de quien limpia. Hoy mismo, los callos que el manillar ciclista deja en las manos de los *riders*, para quienes también está escrita *Amianto*.

Cicatrices, memoria, rencor, orgullo, conciencia de clase. Con estos materiales trabaja Alberto Prunetti.

El cuerpo

Lo llamamos «trabajo manual» pero sería más exacto hablar de «trabajo corporal». El cuerpo entero del obrero, la totalidad de su organismo al servicio de la producción: músculos, huesos, órganos, sangre, cerebro.

Y como en las manos callosas, también en el cuerpo hay cicatrices, heridas, destrozos. Renato tiene las manos castigadas por cortes, quemaduras, herramientas desviadas. Pero la exposición durante años a un trabajo de gran dureza física y ambiental le daña también los oídos, los ojos, los dientes. Cuando tiene la misma edad a la que hoy escribe su hijo, Renato ya lleva audífono, gafas gruesas, dentadura postiza. Un viejo prematuro. Y otro daño invisible pero que será fatal en pocos años: los gases respirados, la microscópica partícula de amianto alojada en sus pulmones.

No es el único: mientras seguimos su historia, de fondo vemos cuerpos de obreros reventados por una máquina, aplastados en accidentes, abrasados por el metal fundido, devorados por el dragón que reclama frecuentes sacrificios. Obreros intoxicados por la fábrica o por el alcohol con que soportan el trabajo. Obreros envenenados por la exposición a químicos, y que acabarán inválidos, enfermos crónicos, muertos. Y sus hijos, los niños que juegan un fútbol salvaje sobre asfalto, dentro de una fundición abandonada. Rodillas y codos destrozados, una forma de ir acostumbrando sus cuerpos a los futuros accidentes de trabajo.

Los obreros que hace décadas morían trabajando, y los que hoy siguen muriendo por decenas, cientos: en España hubo el año pasado casi un millón y medio de accidentes laborales, y setecientos muertos. Repito: setecientos muertos. Dos trabajadores fallecidos en horario laboral cada día. De ellos, de su memoria, también habla esta novela.

El trabajo

Al margen de bromas sobre jubilados apoyados en la valla de la obra, pocas cosas me fascinan más que ver trabajar, observar los movimientos, procesos, herramientas, habilidades y trucos de un trabajador. Y no hablo de profesiones en sí mismas fotogénicas, espontáneamente artísticas, que merecen un blanco y negro de gran formato y adornan lo mismo una portada de suplemento dominical que un salón de clase media-alta; no me refiero a esa cuestionable estetización del esfuerzo, la fatiga, la suciedad o directamente la explotación y la miseria. A mí me fascina por igual ver en acción al conductor del autobús, la camarera que sirve ocho mesas a la vez, el pescadero diseccionando un lenguado o el instalador que siempre sabe qué cable cortar, el rojo o el azul. Me hipnotizan por igual el cirujano de precisión que el repetitivo operario de cadena de montaje.

(Escribo estas líneas con la ventana abierta, bajo el escándalo de una radial que en el patio corta baldosas).

Como no espero que el lector de *Amianto* comparta mi fascinación por la actividad laboral, antes de que huya de este prólogo y de este libro, le aviso: el trabajo que aquí se nos muestra es sin duda asombroso, excita nuestra curiosidad, posee belleza visual, y algo más: pertenece a una estirpe mítica, desde la fragua de Vulcano, la de quienes trabajan con el fuego y transforman la materia, hacen sólido lo líquido, vuelven inseparables cuerpos ajenos.

El autor participa de esa fascinación, acentuada por su orgullo filial, y nos muestra con detalle y riqueza verbal a Renato trabajando, soldando estructuras, tubos, depósitos de combustible donde una chispa loca podría incendiarlo todo. Lo vemos con su máscara de cristales ahumados —que todo niño ha deseado portar alguna vez, y mirar al eclipse como hacía el pequeño Alberto—, dirigiendo la llama al metal, levantando chispazos azules —que no debíamos mirar directamente, nos advertían de niños, y girábamos la cabeza al pasar junto al soldador pero no podíamos evitar una mirada rápida—. Vemos a Renato manejar herramientas cuyo solo nombre —escofina, qué nombre tan hermoso para un artilugio tan sencillo— nos atrae en nuestra ignorancia de ciertos oficios. Las herramientas que maneja el soldador, también las que atesora en casa, las que sigue usando en su tiempo libre, en su breve jubilación, las que hereda el hijo y que al ordenarlas, empuñarlas, emplearlas, le traen de vuelta la memoria de su padre más que una fotografía o una visita al cementerio.

Para contar el trabajo, para hallar su narrativa y volverlo literatura, no

basta con estudiar archivos, documentos, hemerotecas, fotografías, maquinaria y fábricas. Se necesitan sobre todo fuentes orales, testimonios que relaten la entraña de esos oficios, que los encarnen en personas; porque, de lo contrario, el trabajo, sus procesos y condiciones, se escurre de lo documental, se queda fuera, inaccesible, incomprensible. Detrás de *Amianto*, como detrás de los mejores ensayos de sociología del trabajo (y ahí está lo que este libro tiene también de investigación), hay muchas conversaciones, las que habrá sostenido Alberto Prunetti durante la escritura, conversaciones que siempre son más que una entrevista de documentación, con aquellos colectivos más invisibilizados y desatendidos: escuchar es de alguna manera reparar.

La fábrica

No voy a confesar aquí todas mis filias, pero idéntica fascinación que la observación del trabajo me produce la visión de una gran fábrica cuyos procesos productivos ignoro, una coreográfica cadena de montaje, un almacén de largos pasillos y estantes hasta el cielo, una estación de mercancías con cientos de contenedores apilados, un gran astillero con barquitos de juguete a medio construir, no digamos una refinería que levanta miles de tuberías enroscadas en un mecano fantástico, o una siderurgia, la increíble acería cuyo interior es el mismo infierno.

La fábrica en todas sus formas; los lugares del trabajo, los espacios donde generaciones de mujeres y hombres se dejaron, se dejan hoy y se seguirán dejando las mejores horas del día, los mejores días del año, los mejores años de su vida, y a veces la vida misma.

No conozco los paisajes industriales que recorre y describe Prunetti, pero no necesito buscar fotos. Me sirve el recuerdo de una mañana merodeando por el polo químico de Huelva, los viejos Altos Hornos de Sagunto o la visión nocturna de Torrelavega. Lugares legendarios, terribles, vinculados a una larga historia de esfuerzo, de dolor y muerte a menudo, de conflictos laborales, de durísimas reconversiones industriales. Y a la vez, lugares hermosos, estéticamente abrumadores.

Los escenarios de *Amianto* tienen siempre altísimas techumbres, depósitos monstruosos, hornos y cadenas que en un descuido abrasan o trituran trabajadores. En ellos hace muchísimo frío o muchísimo calor. Dominan los pueblos cercanos, las vidas y esperanzas de sus habitantes, como viejos castillos o legendarios dragones que, como el dragón de

Busalla, envenenan el aire y cada poco tiempo devoran vidas.

Y las ruinas, por supuesto: el paisaje de ruinas que dejaron las deslocalizaciones y cierres, las viejas fábricas donde juegan los niños —el propio Alberto—, demolidas por el empuje urbanizador, o blanqueadas y casi humilladas al convertirlas en inofensivos parques temáticos. Ruinas que lo son también de un tiempo, de una época perdida, que deja una inevitable melancolía en los supervivientes: la de un mundo que se desvanece con cada fábrica cerrada, un sistema económico pero también político y social en que la hegemonía obrera era posible en el espacio productivo.

LA VIDA

Los trabajadores que protagonizan *Amianto* están vivos, no son figuras de un belén obrerista. Y lo están más allá de la vida laboral, aunque esta estructure decisivamente sus existencias y las haga en último término narrables: contar a Renato es desarrollar su currículum, su biografía obrera, la relación de oficios, empresas, ciudades, jornadas, obras. Reconstruir una vida que parece comenzar con la temprana entrada en el mundo laboral que clausura la infancia, y concluye con el retiro del mismo mundo que apenas deja unos años finales de enfermedad y de vacío antes de morir «como una máquina inservible». El hilo narrativo es una sucesión de contratos, fechas y lugares.

Pero sin reducir la vida del trabajador a su vida profesional: aquí está la vida plena, en toda su complejidad y riqueza, con sus servidumbres laborales, su cansancio y su desgaste, pero también sus momentos felices, su orgullo, su tristeza y sus fiestas, y por supuesto la amistad, la camaradería, la solidaridad, los vínculos surgidos en la misma intemperie techada de la fábrica, el autocuidado entre obreros y entre familias obreras, la esperanza colectiva, la lucha unida.

Inevitable, al leer *Amianto*, al reconstruir la vida de Renato a partir de su currículum, inevitable pensar en nuestras propias vidas laborales, descompuestas, fragmentadas, discontinuas, inciertas; y la manera en que estas vidas laborales resultan en nuestros relatos de vida, en la forma en que podemos (o no podemos) contarnos, cada uno y en colectivo. ¿Quién puede hoy contarse a partir de su currículum como todavía lo hacía la generación de Renato? Sin haber sido un obrero estático (recorrió media Italia agarrado a su herramienta de soldar), él siempre pudo responder a la sencilla pregunta de «dónde estarás dentro de diez años»: estaré soldando, aquí o allí

pero soldando tubos, trabajando en lo mío. ¿Cuántos de nosotros podemos hoy responder a la misma pregunta, cuántos podemos imaginar nuestras vidas a medio, incluso a corto plazo? ¿Sabes con seguridad en qué trabajarás el año que viene? ¿Conserva aún sentido la vieja pregunta que todavía hacemos a los niños: qué quieres ser de mayor? ¿O se ha convertido en una pregunta subversiva, un recordatorio de que la precariedad y la incertidumbre es la seña de identidad de las nuevas generaciones?

Amianto, en su reconstrucción de la vida de Renato a partir de su vida laboral, nos habla de esas vidas perdidas, de esos relatos ya imposibles para tantas y tantos trabajadores hoy. La pérdida de la narración que dio sentido a tantas vidas durante generaciones, el relato que estructuraba, daba continuidad, sentido y futuro, y creaba también solidaridad, conciencia de clase, acción colectiva, fraternidad. Lo hace desde el actual relato roto, escribe desde una nostalgia que no es sentimental sino política, la conciencia de una pérdida, de una derrota. Es decir, de una lucha pendiente, que nos interpela con fuerza.

La clase obrera

Habrá quien quiera leer *Amianto* como una novela histórica, casi arqueológica: testimonio de una época perdida, un mundo perdido, y una clase perdida, extinta: la clase obrera. Y es cierto que es un formidable retrato de la clase obrera italiana y europea durante las décadas posteriores a la posguerra. En el ecosistema productivo en que se mueve Renato es muy fácil señalar cada parte, distinguibles a simple vista: aquí la clase obrera, aquí el capital con su fábrica, aquí la burguesía propietaria, aquí el Estado que administra sus intereses. Hasta podríamos caer en la nostalgia, como en toda mirada al pasado reciente: qué tiempos aquellos en que todo estaba tan claro, cuando la solidaridad de clase, como escribió Hobsbawn, estaba «inserta en el código ético» de los trabajadores desde generaciones.

Pero *Amianto* está escrita también, o sobre todo, para la clase obrera de este año 2020. Sí, dejen de leer boquiabiertos: sigue habiendo clase obrera, no se extinguió, no fue aplanada por el rodillo *clasemedianista* que nos convirtió a todos en una totalizadora clase media. Es muy probable que usted que lee este prólogo y se dispone a leer *Amianto* sea clase obrera. Sigue habiendo Renatos entre nosotros, incluso Renatos que empuñan herramientas para soldar tubos, Renatos con callos y con enfermedades laborales, hasta Renatos muertos en accidentes laborales. Pero también hay,

son mayoría, los Renatos que han diversificado y seguramente vuelto más confusa la clase obrera hoy: todas aquellas trabajadoras y trabajadores, nacidos aquí o emigrados, que seguimos sin tener otro medio para vivir que nuestra fuerza de trabajo.

Empezando por el autor, Alberto Prunetti, que se adscribe a ese precariado cognitivo que en muchos casos —en el suyo por descontado— es hijo de la clase obrera fabril o campesina, y que a la vuelta de unas décadas se pregunta cómo es posible que hoy tenga menos derechos y bienestar que sus padres. El autor tal vez no tiene callos en las manos, como no los tendrán muchos de los lectores; pero sí otros destrozos de un tiempo de hiperproductividad, intensificación, flexibilidad, incertidumbre y ansiedad.

En la discusión actual sobre cómo redefinir la lucha de clases, son necesarias lecturas como esta, que toman la memoria de la clase obrera pasada y la infiltran en nuestra conciencia (de clase).

El capitalismo

Escribe Prunetti que el amianto es un «asesino silencioso», un «asesino en serie implacable» con una larga historia de «crímenes blancos»; «un culpable rodeado de indicios y numerosos cómplices que niegan cualquier tipo de responsabilidad»; «sin un final feliz, porque la amenaza aún sigue a nuestro alrededor, libre»; «un asesino protegido por una legión de médicos, ingenieros, asesores, empresarios…»; un material empleado en industrias altamente contaminantes, que envenenan por igual a los trabajadores y las tierras, ríos, aires y mares de la provincia; y que provocó un «genocidio de trabajadores» durante años…

Añadan a todo lo anterior que el amianto no es pasado, sigue presente en nuestras vidas, está presente en muchas construcciones y continúa envenenando silenciosamente.

Crímenes blancos, impunidad, asesino protegido por muchos cómplices, que envenena vidas y territorios… Cualquiera diría que estamos hablando del capitalismo, de su ya largo historial de crímenes contra la clase trabajadora y contra la naturaleza, y del actual turbocapitalismo en su última vuelta de tuerca.

¿Es el amianto una metáfora del propio capitalismo? El mismo amianto que se cuela inadvertido en el organismo y ennegrece las células hasta formar un tumor, ¿se parece a este capitalismo que ha conquistado hasta el último resquicio de nuestras vidas, nuestras comunidades, y por supuesto

nuestros cuerpos?

La historia de Renato, su entrega total al trabajo, su capacidad de esfuerzo y su ética del trabajo, para a cambio ser machacado físicamente, enfermado y finalmente asesinado por ese «asesino en serie implacable», es un retrato exacto de un sistema que lleva siglos alimentándose de Renatos.

Y alimentándose de la naturaleza, esquilmándola y envenenándola. Un buen recordatorio en momentos de conciencia ambiental ante el deterioro global y el cambio climático: no hay capitalismo sostenible, respetuoso con el medio ambiente; y las luchas de los obreros por sus derechos, y de los ecologistas por el planeta, son la misma lucha.

La historia

A partir de una historia particular, «la historia obrera de un tipo cualquiera, una historia como tantas», Prunetti nos desvela una parte de la Historia con mayúscula de los últimos setenta años. Siguiendo la vida (laboral) de Renato encontramos las vidas de tantas y tantos trabajadores, pero también las transformaciones económicas, productivas y laborales que han liquidado un mundo, aquel en que comenzó a trabajar Renato, y nos han dejado un nuevo mundo: este en que el hijo de Renato vive en la precariedad y la incertidumbre, mientras el prometido ascensor social —que permitió enviar a la universidad a los hijos del proletariado— se avería, se queda parado, o directamente los arroja por el hueco.

En sus últimos años de actividad, Renato conoció ya los cierres de fábricas, las deslocalizaciones, la externalización empresarial, las subcontratas, los falsos autónomos, la precariedad creciente que desde entonces no ha hecho sino extenderse. Renato pertenecía a una generación, la que suscribió el pacto social de la posguerra, al menos en Europa: el gran acuerdo que, tras varias décadas sangrientas, proponía un modelo de convivencia pacífica donde los trabajadores aceptaban el sistema capitalista (renunciando por tanto al horizonte revolucionario, que entonces era un escenario verosímil), a cambio de ciertas «compensaciones»: democracia, libertad, bienestar, prosperidad, derechos sociales.

¿Qué pasó para que hoy todo esté en repliegue: la democracia intervenida por el poder económico, las libertades en retroceso, la prosperidad quebrada por la profunda desigualdad de la última crisis, los derechos sociales amenazados, la primera generación desde la posguerra que vivirá peor que sus padres, considerablemente peor que sus padres? ¿En

qué momento se quebró el pacto de posguerra? ¿Por qué los trabajadores seguimos sentados a la mesa de negociación cuando la otra parte, el capital, hace tiempo que se levantó, puso otras reglas de juego y reanudó la lucha de clases, partiendo además con ventaja?

La memoria

Amianto es un ejercicio de memoria. La memoria personal, familiar, de Renato y de su hijo Alberto; pero también la memoria colectiva de toda una generación de trabajadores. Y como toda memoria colectiva, esta también responde a los tres principios que enarbola toda lucha contra el olvido: verdad, justicia y reparación.

Aquí hay verdad, el libro está armado a partir de una investigación rigurosa, exhaustiva, que lo aproxima al ensayo y el reportaje. La verdad sobre aquellos «crímenes blancos» que afectaron y siguen afectando a miles de personas en Italia, muchas más en todo el mundo. La verdad sobre la muerte de Renato, cuyo reconocimiento como víctima exige la familia ante un tribunal. La verdad sobre los responsables, autores materiales, cómplices, encubridores. Por supuesto, Alberto Prunetti no es el primero en denunciarlo, hay investigadores, activistas, sindicatos y colectivos de afectados que llevan décadas luchando por conocer y difundir esta verdad trágica.

Es también un ejercicio de justicia, aunque sea la más modesta justicia poética que permite la literatura, en paralelo a la exigencia de justicia que la familia consigue ante los tribunales. ¿Consigue? No: «Justicia es no morir en el trabajo, no morir ni ver morir a tus propios compañeros».

Y la reparación. Claro que la literatura tiene capacidad reparadora, aunque sea humilde y tardía. Reparación para tantos Renatos explotados, enfermos, inválidos, muertos prematuros. Reparación y agradecimiento, reconocimiento de deuda, de lo mucho que debemos a aquellos sobre cuyas espaldas (y manos, y pulmones, y vidas) se levantó todo lo que hoy tenemos, todo lo que hoy está amenazado y debemos defender también por ellos, para no traicionarlos.

La novela

Hacer memoria permite contar, restituir el relato. Contar, contarnos, para que no nos cuenten otros. Construir nuestro propio relato para no acabar

comprando otros en el mercado de relatos en que vivimos. Si la crisis de la última década es, entre otras cosas, también una crisis de relato, si nos cuesta contar(nos) estas vidas fragmentadas, discontinuas e inciertas, *Amianto* es una buena propuesta, una posibilidad de relato propio.

Una novela (sí, es una novela) que participa del ensayo, la investigación, el reportaje, el panfleto, la biografía o la autoficción, para lograr un texto sin género definido, en el que cabe todo (es decir, una novela).

Novela manual, en el sentido de hecha con las manos: armada como una estructura de tubos soldados, encajando piezas y ajustando cada parte, con apariencia desordenada, torrencial, pero de gran precisión estructural. Habla el autor de «no aflojar las abrazaderas de la narración que aprietan como mandíbulas la pulpa leñosa de esta historia», y lo imaginamos en efecto enroscando y atornillando testimonios, documentos, voces, emociones, metáforas, hallazgos de lenguaje.

Novela política, que no social, al menos como yo entiendo la distinción: novela política sería aquella que no solo pone la mirada en un conflicto social (como hace la buena novela social), sino que además vuelve conflictiva la propia escritura, es política en su tema pero también (o especialmente) en su forma. Novela que asume que toda impugnación de un orden social (y *Amianto* lo es) pasa necesariamente por una impugnación del orden formal que lo legitima y reproduce. Y ese orden formal sería la novela burguesa, contra la que está escrita esta novela obrera.

Novela obrera, no solo por contar una historia obrera con protagonismo obrero y conciencia de clase, escrita por un obrero (trabajador cognitivo precario se define a sí mismo), de familia obrera y criado en barrios obreros, y que además escribe para sus iguales, para los obreros muertos, para los supervivientes, y para el nuevo proletariado de hoy. Todo esto ya sería suficiente para colocarle la etiqueta, pero si *Amianto* es una novela radicalmente obrera lo es por su escritura, por sus decisiones formales, por sus elecciones estéticas que son por supuesto éticas. Es una novela obrera porque evita las trampas dulces de la novela burguesa, prescinde de un realismo convencional (y comercial) que acaba siendo conservador y reproduciendo una visión (burguesa) del mundo.

Amianto nos sirve como un manual, o más bien un contramanual: todo lo que no hay que hacer si uno quiere escribir una novela obrera. Todo aquello que solemos detectar en novelas sociales bienintencionadas y que no aparece en esta. Aquí no hay paternalismo, condescendencia, obrerismo sentimentalizado, superioridad moral. No se intenta «dar voz a los sin voz»

ni devolverles la dignidad, como si no anduviesen sobrados de ambas, voz y dignidad. No hay fácil épica, ni tampoco victimismo, no se subrayan literariamente los aspectos trágicos. No es una novela dramática, sombría y desesperanzadora; al contrario, contiene mucha luz, humor, energía, orgullo, momentos felices, vida.

Ni hablar de estetizar todo aquello de lo que otros autores harían altísima literatura: el trabajo mismo, lo manual, pero también la explotación, la miseria, el dolor o la muerte. Lo que no significa renunciar a toda la belleza que cabe en una historia así, que es mucha. La mirada de Prunetti no es ajena, exterior, turística. Escribe desde dentro, todo el dolor es suyo, como lo es también toda la dicha.

Una novela que, pese a resistirse a ser etiquetada, no está escrita en el vacío, desde cero, sino que se vincula orgullosamente a una tradición de literatura política y de novelas obreras. Su genealogía es fácilmente rastreable, pero estira ese hilo rojo para traerlo a este hoy inestable, y así escribir una novela que es también inestable, precaria, como nuestras vidas.

Termina aquí este prólogo en *zoom*. Desde el relato volvemos a replegarnos hacia la memoria, la Historia, el capitalismo, la clase obrera, la vida, la fábrica, el trabajo, el cuerpo y la mano. La mano que trabaja, la mano de Renato.

Isaac Rosa
Sevilla, enero del 2020

NOTA SOBRE LA BANDA SONORA

Los títulos de los capítulos hacen referencia a canciones de Nada Malanima y de Piero Ciampi. Aunque rondaban también por mi cabeza los músicos livorneses Bobo Rondelli, I Licantropi, Pardo Fornaciari, Luca Faggella y la canción *Pugni chiusi* (*Puños cerrados*), interpretada por Demetrio Stratos en la formación *beat* de I Ribelli.

Ma che freddo fa (Qué frío hace), de Nada Malanima.

Andare, camminare, lavorare (Ir, caminar, trabajar), de Piero Ciampi.

La polvere si alza (El polvo se levanta), de Piero Ciampi.

Pioggia d'estate (Lluvia de verano), de Nada Malanima.

Cuore stanco (Corazón cansado), de Nada Malanima.

In un palazzo di giustizia (En un palacio de justicia), de Piero Ciampi.

Qué frío hace

Me habría gustado que esta historia no hubiera sucedido realmente. Que fuera producto de la fantasía del autor, como se suele decir. Sin embargo, es la realidad la que llama a la puerta en estas páginas. La imaginación ha rellenado los huecos como yeso de poco valor y ha redibujado ciertos episodios para reflejar mejor la historia de una vida y de una muerte. De una biografía obrera.

El relato debería sostenerse como un racor que une numerosos tubos diversos. Él siempre lo decía: ponle cable de cáñamo, que resiste más que el teflón. Solo debes tener cuidado de respetar el sentido del trenzado y ligarlo todo con un dedo untado en masilla verde. Después aprieta con fuerza, pero sin ensañamiento. No debe perder.

Así lo he hecho, con la pluma. He tratado de respetar el trenzado de la historia, sin forzar el ritmo de los acontecimientos, sin estrangulamientos. He usado la masilla de la fantasía y he apretado, sin ensañamiento pero con firmeza, el orden del discurso. No gotea: he colocado un cartón debajo y las lágrimas se han secado. Era preciso soldar de este modo la plomería de las grandes instalaciones y la memoria de los hombres que unieron kilómetros de tuberías y acero durante toda una vida. Para llevar la presión sanguínea a los canales de la existencia, para bombearla a los depósitos de la memoria y verla gotear día tras día fertilizando la página.

Él viste una funda verde y guantes de gamuza. Dobla una pierna y se apoya en el suelo de gravilla de la fábrica. Empuña la radial. Con un golpe de mazo en la cabeza de un destornillador de mango romo, en dirección contraria al sentido de rotación, afloja la abrazadera que fija el cepillo e inserta un disco de corte. Luego, con el pulgar enguantado, empuja el interruptor hacia arriba. El disco comienza a girar de inmediato, a una velocidad de diez mil revoluciones por minuto. Lo acerca al tubo gris. Al entrar ambos en contacto el ruido cambia, se transforma en un chillido metálico, seguido por una explosión de chispas y la proyección hacia arriba de una ducha seca de partículas fibrosas y regulares. Son pequeños dardos

cristalinos. Saetas invisibles capaces de descender a lo largo del esófago, de penetrar en los pulmones y permanecer pegadas a la pleura durante veinte, treinta, incluso cuarenta años, provocando una herida mal cicatrizada que el organismo no logra erradicar y que da paso a un proceso de degeneración celular. Un tumor.

Él despliega un alargador industrial que se extiende por el perímetro de un tanque lleno de hidrocarburos. El terreno está empastado con un aceite denso y viscoso de un color negro tirando a azul cobalto. Conecta el grupo de soldar al enchufe, fija la pinza de masa sobre un elemento de metal, inserta en la segunda pinza un electrodo y a continuación la apoya en el suelo. Empuña con la mano izquierda una pantalla de soldador y la acerca a su rostro. Otro obrero coge una lona gris sucia y la desenrolla sobre él. Ahora se halla completamente a oscuras. Sostiene la pinza con la mano derecha, acerca el electrodo al metal. Lanza la luz, violenta, amortiguada por las lentes ahumadas de la máscara: nievan chispas desde la punta del electrodo, que se consume velozmente derritiendo y coagulando el metal alrededor de otro metal. Cuando el electrodo se ha fundido completamente, el hombre, bajo la lona, aferra el mazo y a oscuras detecta fácilmente el grumo todavía incandescente pero ya cuajado. Con la cabeza del mazo golpea el grumo y rompe la corteza de escoria alrededor del punto de soldadura.

Un trabajo peligroso eso de soldar a pocos centímetros de un tanque de petróleo. Una sola chispa puede hacer detonar una bomba capaz de llevarse por delante una refinería. Por eso te dicen que utilices esa lona gris, sucia, que resiste altas temperaturas debido a que se fabrica con una materia ligera e indestructible: el amianto. Con ello las chispas quedan atrapadas y tú quedas atrapado con ellas, y bajo la lona de amianto respiras las sustancias liberadas por la fundición del electrodo. Una sola fibra de amianto y en veinte años estarás muerto.

Ir, caminar, trabajar

Esta es la historia de un hombre que se llamaba como yo y que nació el mismo día que yo, a pesar de lo cual no soy yo. Es una narración que comienza con una canción de Nada y que termina como una historia de *heavy metal*, de metal pesado. Corre el año 1969, estamos al final de la «fabulosa» década de los sesenta y en Il Cardellino, en Castiglioncello, provincia de Livorno, Nada Malanima, de regreso del Festival de San Remo, acaba de cantar *Ma che freddo fa*. Un *paparazzo* livornés, conocido con el mote de *Nick Vampata* por la potencia de su *flash* halógeno, la fotografía rodeada de admiradores y camareros. A su lado aparece un chico. Es el camarero más alto, es delgado y tiene un ligero parecido con el actor Jean-Paul Belmondo. Nada tiene dieciséis años, él veinticuatro. Él es Renato, el protagonista de esta historia que comienza con la banda sonora de los años sesenta y termina con una víctima asesinada lentamente. Si se tratara de una novela negra, sería una de esas en las que se descubre de inmediato la identidad del asesino. Una historia de «crímenes blancos», con un culpable rodeado de indicios y numerosos cómplices que niegan cualquier tipo de responsabilidad. Sin un final feliz, porque la amenaza aún sigue a nuestro alrededor, libre: un asesino silencioso protegido por una legión de médicos, ingenieros, asesores, empresarios…

Esta historia empiezo a contarla a regañadientes. De hecho, querría olvidarla, como si el olvido fuera el único modo de elaborar el duelo: nada de visitas al cementerio, nada de recuerdos, nada de hospital, nada de lecho de muerte en el salón de casa. Pero luego apareció esa fotografía que yo no creía que existiera realmente. Yo nunca había creído en esa foto de Renato y Nada Malanima que andaba perdida por alguna caja de cartón, en un archivo fotográfico. Cuando él lo contaba, todos nos echábamos a reír. «Sí, ya», le decíamos cada vez que volvía a jactarse de ello tras vaciar su vaso de vino. El caso es que, un año después de que nos abandonase, nos telefonea su hermano para decirnos: «Comprad el periódico, que aparece la foto de

Renato con Nada». Así es que me acerco al quiosco, hojeo *Il Tirreno* y la veo. Era verdad. Su mujer, Francesca, comienza a llorar, a decir lo apuesto que era… y empieza a contar.

Uno ni siquiera puede intentar dejarse engullir por la oscuridad de la memoria, por el tiempo que, según dicen, cura todas las heridas, porque apenas dos días después de la publicación en el periódico de esa foto con Nada llega una carta oficial: está a punto de agotarse el plazo para el reconocimiento de la exposición laboral al amianto, que él había tratado de obtener, en vano, antes de enfermar. ¿Qué hacer? Él quería seguir adelante. Pero es preciso reconstruir su currículum, y tratándose de alguien que a lo largo de su vida solo y siempre ha trabajado y se ha identificado con su oficio de metalúrgico supone reconstruir su propia vida, su biografía obrera.

Luego, además, tuve ese sueño. No era la primera vez que se me aparecía en sueños, pero esta vez era diferente. Me imagino que en el caso de la «gente bien» —los hijos de papá— los muertos regresan en sueños para resolver conflictos edípicos u otras vergüenzas existenciales, o para revelar el lugar en el que escondieron las joyas de la familia. A mí el muerto se me presentó como si tuviera que hacer la revisión del coche. De hecho, mi automóvil es el suyo, un viejo Audi de 1990 al que trato con desinterés en lo concerniente a la limpieza interior pero al que procuro un mantenimiento regular y cuidadoso. Sé incluso cambiarle las piezas gastadas, aunque encontrar recambios originales o sustitutos compatibles me resulta difícil hasta con los vendedores de recambios más perspicaces. En cualquier caso, a pesar de que la carrocería está sufriendo los insultos del tiempo, el motor va de maravilla; nunca me ha dejado tirado, funciona incluso sin aceite, con la gasolina sucia o con solo tres cilindros (pasa cuando las bujías están sucias y no se ceban todos los pistones). Según mi mecánico, el coche me acabará venciendo por aburrimiento. Solo una vez amagó con pararse por Ribolla, en la parte más rural de Grosseto, porque la bomba de gasolina se negaba a funcionar, pero un agricultor que se bajó de su tractor para auxiliarme me explicó que en estos coches la bomba falla si se sobrecalienta. «Está claro que hay que cambiarla, pero si quieres volver a casa, basta con que escupas sobre ella cuando se pare», me dijo. Probó él, pero no arrancó a pesar de que le lanzó un par de gargajos filamentosos. Entonces soltó una blasfemia, se metió en la zanja que limitaba con el asfalto y volvió con una buena mata de hierba húmeda. Le aplicó a la bomba de gasolina un cataplasma de forraje silvestre y lo dejó allí un minuto. Luego me dio una orden perentoria: «Gira la llave». El coche arrancó y me llevó hasta el taller.

Ya os podéis imaginar que un automóvil así vale oro, más que cero euros. El problema es que es de gasolina y el coste del petróleo me está induciendo a mandarlo al desguace, porque para adaptarlo a un motor de gas, con los trescientos mil kilómetros que tiene, quizás ya sea demasiado tarde. Sea como fuere, una vez presentado el coche que perteneció a Renato, y que por una regularizada transmisión de propiedad pasó a ser mío, vamos al sueño en el que él se me apareció. Me decía: «Vigila los niveles de los líquidos… Cuando haga frío échale anticongelante… El aceite, acuérdate también de cambiar el filtro. Y al reponer líquidos no superes el nivel máximo… ¿Ya has hecho noventa mil kilómetros? Entonces debes cambiarle la correa de transmisión… Revisa también la del alternador, que a fuerza de girar entre las poleas tiende a deshilacharse… Si se rompe la correa del alternador la batería no recarga y luego tendrás que gastar dinero con el mecánico… A mí se me rompió una vez la correa, pero puse en su lugar un calcetín y aguanté así otros cien kilómetros… Yo ya había hecho que la cambiaran, pero nunca se sabe… A propósito, la batería… Para que no se descargue, acuérdate de quitar los bornes cuando hagas uno de tus viajes al culo del mundo, y si aparece un poco de espuma blanca quiere decir: en primer lugar, que eres un blandengue y en segundo lugar, que tienes que pasarle un cepillo de cerdas de bronce para eliminar el óxido… Y de vez en cuando añade a los elementos agua destilada… ¿El filtro del aire en qué condiciones está? Tú, que siempre andas por el campo… en verano el polvo es un problema… Échale un vistazo al líquido de frenos… ¿Revisas las bujías, los electrodos están desgastados? ¿Hay manchas de aceite? Por las bujías se sabe si un motor carbura bien… En cualquier caso, de vez en cuando habría que desengrasarlas con un poco de gasolina, aunque los jóvenes de ahora no tenéis ni puta gana de hacer nada…».

Fue un discurso de esta índole. Yo debería haber apuntado todos los números que dijo (porque el sueño era mucho más detallado y en él me daba el voltaje de la batería y el código del filtro de la gasolina, me indicaba el kilometraje máximo para cambiar las piezas gastadas…) y jugar con ellos a la bonoloto. En cambio, gasté el dinero en recambios, el coche sigue funcionando y el mecánico me dijo que faltó poco para que se rompiese la correa del árbol de transmisión, con consecuencias nefastas para el motor. De modo que, aunque no crea en las visiones metafísicas, aquel sueño fue providencial.

A esas alturas las señales eran tres: la fotografía, la carta y el sueño. Y no debía tomármelo a la ligera. Había que reunir las ideas, plantar batalla en el

frente del amianto, seguir el rastro de sus compañeros, juntar recuerdos, reconstruir su currículum laboral… En definitiva, escribir su vida. Era preciso posar con calma esa vida, comenzando por los días felices de aquel chico delgado, joven pero que ya tiene estampados en su cartilla laboral un buen número de sellos. Dejó de estudiar a los catorce años, primero trabajó como socorrista, después como camarero. Ahora, estamos en 1969, por unos días se ve vistiendo la funda azul en jornada diurna, en Solvay, para «arreglarse» de noche luciendo pajarita y americana como camarero de la sala de fiestas Il Cardellino. Al igual que Nada, Renato ha crecido entre Rosignano Solvay, el Gabbro, Castiglioncello y la tortuosa carretera del Romito, la que va de Quercianella a Livorno bordeando acantilados, la que se hizo famosa por la película de Dino Risi *La escapada*, donde Vittorio Gassman se sale de la carretera. Trabajar atendiendo mesas después de la fábrica tal vez sea una maniobra de distracción para tratar de engañar al destino. En Il Cardellino se divierte, desfilan por allí los principales nombres de la música ligera italiana, esa que está revolucionando la forma de vestir, con las minifaldas y las versiones del pop *rock* anglosajón. Por una noche, la fábrica está lejos y Nada está cerca. Renato sonríe, sabe que con esa foto hará que sus amigos se mueran de envidia.

Termina el verano y el otoño de 1969 es caluroso. Renato se quita la chaqueta y la pajarita para vestir únicamente el mono azul. La fábrica es su destino. En el fondo, Solvay es un destino de familia. Su padre, Santi, trabaja como albañil y la ciudad-fábrica lo ha desarraigado de las Colinas Metalíferas, de aquella franja de tierra, con bosques de encina sobre el terreno y pirita bajo él, donde las provincias de Grosseto, Livorno y Pisa se encuentran. Se hace albañil cuando el cemento lo arranca de Casale Marittimo. En realidad, sus orígenes se pierden entre las colinas boscosas que rodean Pomarance, un pueblo en la parte septentrional de las Colinas Metalíferas. Por entonces minas y geotermia, tierras que acogen las instalaciones industriales de Montecatini, la reina madre de las industrias químicas de mediados del siglo XX, propiedad de la familia Donegani. Géiseres de bórax, aire con hedor a huevo podrido y a sal de roca, que posteriormente se convertirá en sosa y bicarbonato en las instalaciones de Solvay. Extracciones que acumulan mano de obra, mineros ensamblados en bloques de viviendas con sus familias apretujadas en las camas. Para construir nuevas casas, desde Pomarance —mejor dicho, desde un arrabal de Pomarance, desde Micciano— el albañil Santi traslada a su

familia primero a Casale Marittimo y después a Rosignano Solvay, la nueva ciudad que se ha desarrollado alrededor de la planta industrial del magnate belga Ernest Solvay. Un hombre que sueña con una ciudad alrededor de su fábrica, una ciudad de empleados, un pueblo obrero al estilo inglés, con casas de ladrillo marrón todas iguales, con actividades recreativas y jardines, con un teatro y un campo de fútbol, de tal modo que los vínculos de dependencia entre la gran madre fábrica y los pequeños núcleos familiares de trabajadores se manifiesten también a través de la planificación urbanística. Ya ha quedado atrás el ímpetu de construir según el modelo de edificación de Mánchester, pero aún hacen falta manos que transformen la sal de roca en bicarbonato y se necesitan techos para esas manos. Para construir las casas de los obreros, Santi devora kilómetros y kilómetros en bicicleta. Llega a hacer treinta al día, que se suman a las muchas horas de cemento y paleta. Hasta que se cansa y decide irse a vivir también él a la costa, a un piso en un bloque de viviendas de hormigón armado: viviendas sociales en via Lungomare constantemente azotadas por el *libeccio*, el fuerte viento mediterráneo del suroeste. Estamos todavía a comienzos de la década de los sesenta.

Santi se lleva con él a toda la familia a Solvay. Renato es el mayor de cuatro hermanos y no tardará en terminar la escuela y ponerse a trabajar: socorrista, camarero, después en «la fábrica», la que dio nombre a la ciudad distorsionando el topónimo y el paisaje. En Solvay, Renato no se conforma con ejercer de obrero no cualificado, ese que se pasa ocho horas al día pegado a la producción en línea. Afina sus habilidades, se las arregla bien como soldador, lleva siempre las gafas de lentes ahumadas sobre la frente, incluso cuando no suelda. Se mueve, pregunta, busca nuevas tareas… Al final, se pasará la vida trabajando en factorías y en refinerías de casi toda Italia, saltando desde la industria petroquímica a la siderúrgica con la categoría de soldador tubero. Recorrerá la bota del mapa de Italia, rozará mil ciudades sin llegar nunca a conocerlas. Él y otros como él se montan en trenes nocturnos el domingo por la noche para llegar al tajo el lunes al amanecer, se mueven por la periferia y duermen en los pequeños hoteles para obreros que van surgiendo a poca distancia de los recintos de las fábricas. En Novara, Turín, Génova, La Spezia, Mestre, Terni, Taranto… Da igual donde sea, siempre en la periferia, sin ver nunca las catedrales ni las calles empedradas de los cascos antiguos de las ciudades. Respirará benceno, el plomo penetrará en sus huesos, el titanio taponará sus poros y una fibra de amianto se colará en sus pulmones. Pero esto será muchos años

después. Porque si hubiera ocurrido de inmediato Renato no habría podido conocer a Francesca en la sala de fiestas Gigliola, en Follonica, no se habrían casado y estas páginas no las habría escrito nadie, puesto que las estoy escribiendo yo, que soy el hijo de Renato.

En cambio, Renato conoce a Francesca, se hacen novios y se casan. La pareja se instala en Follonica, pero él no se queda a trabajar en Grosseto. Solo permanece allí unos meses. Primero en Scarlino, en lo que todos llaman, incluso ahora, Montecatini, el nombre de la sociedad minera italiana que inició las actividades de explotación del subsuelo justamente en Montecatini; no la que es célebre por sus termas y por los concursos de Miss Italia, sino la Montecatini áspera de las Colinas Metalíferas de Val di Cecina, en la Alta Maremma. Montecatini se convertirá en Edison, más tarde en Montedison, después será troceada en varias compañías, saldrán a la venta algunas de sus plantas y la de Scarlino pasará a ser propiedad de Solmine. Casone, en el municipio de Scarlino, acoge las instalaciones de Solmine; en otro tiempo fue una hacienda llena de vaqueros y caballos en un área pantanosa y luego, cuando cerraron las minas de Grosseto, con el consentimiento de los sindicatos y bajo la presión del chantaje de la creación de empleo, fue construida la planta para producir ácido sulfúrico a bajo coste, recurriendo a los desechos del procesamiento del petróleo en lugar de usar pirita de Maremma. Historias de minerales y fábricas que envenenaron la zona y que les arruinaron los pulmones con la silicosis a los abuelos de casi todos mis amigos, para después infestar con fango rojo el mar frente al archipiélago toscano y frente a Córcega, deshacerse de las cenizas de pirita en las minas excavadas décadas atrás e intoxicar con metales pesados el Merse, el río que desde las Colinas Metalíferas llega hasta la provincia de Siena para desembocar en el Ombrone y descender hacia el mar.

En cuanto a Renato, no es de los que permanecen demasiado tiempo en un sitio. En Scarlino se queda lo justo para liarla. En la planta química ponen bajo su supervisión a un muchacho de apenas dieciocho años procedente de la aldea minera de Boccheggiano. Por exceso de celo, considera que es su deber compaginar las lecciones de soldadura con las de galantería livornesa. «Mira, chaval, te voy a explicar cómo hay que hacer con las mujeres, hazme caso…», le empieza diciendo. Y debió de darle sus buenos consejos, porque después de tres meses a su cargo el chico dejó embarazada a su novia de dieciséis años.

En fin, mejor cambiar de aguas. Renato, que no es un tipo sedentario,

toma el camino del nomadismo industrial. Se convierte en *trasfertista*. Un obrero cualificado y desarraigado, siempre en itinerancia, de un tajo a otro. Instalación de nuevas plantas. Revisión de las viejas. Labores de mantenimiento a ritmo acelerado durante las paradas de producción en las plantas. Subido a escaleras, subido a grúas. Sujeto por un arnés. En el interior de los tanques, en los silos viscosos de hidrocarburos. Con la chispa del grupo de soldar a un paso del fuelóleo. Limpiando con soda cáustica un filtro insertado en una válvula de inmersión que succiona decenas de litros de hidrocarburo por segundo. Trabajos prolongados, otras veces cortos. Pasa un breve periodo de tiempo cerca de casa, en Piombino: otra ciudad-fábrica, pero esta es una ciudad de acero. También aquí se entrelazan las historias. La acería de Piombino ahora es propiedad de Lucchini —una filial rusa, en realidad—, si bien antes de la privatización pertenecía a Ilva-Italsider, que contaba asimismo con factorías en Génova, Taranto y Nápoles. Pero en Piombino las acerías no se desarrollaron hasta comienzos del siglo pasado; el nacimiento de la Ilva de Piombino data del año 1905. Anteriormente, las acerías —las ferrerías, más bien— estaban en Follonica, donde funcionaron durante siglos quemando el carbón extraído de los bosques de Maremma. Trasladaron sus armas y pertrechos a Piombino porque el puerto de Follonica tenía poco calado y los buques modernos no lograban atracar. La Ilva de Follonica siguió en activo como acería secundaria hasta 1960, pero hacía ya al menos medio siglo que no podía competir con Piombino. Entretanto, en ese mismo periodo, Ilva cambió su nombre para pasar a ser Italsider, que aún era un ente público. Después fue privatizada y se escindió, con pésimos resultados en materia de seguridad, pero también en productividad. Antes del éxodo de Piombino, los hornos de fundición por excelencia de Toscana eran los del Gran Ducado, situados en Follonica, donde yo me crie. En los años siguientes, Follonica pasará de ser una ciudad-fábrica a un dormitorio de obreros de la planta química de Scarlino y de la factoría siderúrgica de Piombino, para acabar adaptándose, con el final del empleo industrial masivo, al turismo costero de segunda residencia y de hormigón armado al borde del mar.

Hace ciento cincuenta años, en Follonica —topónimo que podría remontarse a las artes industriales, en referencia a una casa de tintes o a un taller genérico, según la voz latina *fullona*— únicamente había unos hornos

para la fundición de los metales extraídos de las Colinas Metalíferas (incluida la hematita de Elba) y un muelle que se extendía desde la playa para la descarga del mineral y la carga de las bandas de acero. Se trataba, en la práctica, de una fábrica amurallada con un portón monumental de hierro fundido, una iglesia también de hierro fundido para dar refugio espiritual a los obreros y una calle, via Roma, que conducía al muelle para la carga y descarga del material férrico. Fuera de la fábrica había un molino, unas cuantas cabañas de pescadores en Senzuno, la zona más pobre, donde habitaban quienes no tenían ni un céntimo (*senz’uno*, sin uno). Aparte, un par de casas señoriales de mampostería y el castillo de Valli. En esa zona siempre se fundieron metales, aunque en la época del Gran Ducado de Toscana la producción se interrumpía en verano porque los obreros morían de malaria.

Con anterioridad a la dominación de los grandes duques, en la costa del golfo de Follonica ya se fundían metales en la Edad Media, y antes aún lo habían hecho los etruscos, los cuales fundían la hematita de la isla de Elba, que en latín se llamaba precisamente Ilva.

De pequeño yo armaba mis tirachinas con *loppi*, escoria negra, restos de la actividad siderúrgica, tal vez de la era etrusca, con aspecto de trozos de carbón quemado y vitrificado, probablemente trabajados en los sencillos hornos de fundición que los arqueólogos hallaron en los campos que rodean la localidad. También echaba carreras con la bicicleta de *cross* en las colinas negras de *loppi*, justo detrás de mi casa, las únicas que sobrevivieron a la posterior refundición durante la segunda guerra mundial, cuando se necesitaba acero, incluso de baja calidad, para la guerra y las bombas. Sobre aquellos *loppi*, vitrificados y por tanto cortantes, y sobre aquella tierra parda de procedencia industrial —extremadamente nociva aun cuando fuera clasificada como inerte— las cubiertas de mi bicicleta blanquita y más tarde de mi nueva *bicicross* anaranjada acabaron rasgadas más de una vez. Y también acabaron heridas mis rodillas.

A partir de 1960 los edificios del Ilva de Follonica comenzaron a derruirse. Varios de ellos fueron ocupados por quienes no tenían un techo, muchos quedaron abandonados, alguno acabó albergando aulas docentes y la biblioteca municipal. Así pues, ¿dónde cursé la educación secundaria? En las instalaciones del antiguo Ilva. E iba a la biblioteca que estaba en el antiguo Ilva a estudiar minerales e historia, que en mi zona no se trataba de la historia de personajes ilustres sino del cobre y la pirita, del lignito y la

hematita. Y para llegar a ese instituto minero tenía que pasar frente a una iglesia construida en hierro fundido, y cuando no tenía ganas de estudiar iba a jugar al balón a una pista de fútbol que era la cancha del Ilva, con una superficie de asfalto que te desgarraba la piel cuando caías sobre ella.

Entretanto, mientras yo crecía en el antiguo Ilva, Renato trabajaba en el Ilva de verdad. Pero no siguió en él mucho tiempo. En busca de un salario mejor, se adentró en el triángulo industrial que formaban Génova, Milán y Turín, con epicentro en Novara, una ciudad que lo atrajo con sus sirenas de metal. En Novara estaba la empresa de Ettore Gargano, especializada en la instalación de plantas industriales, y empezó a trabajar para Gargano como *trasfertista*. La firma se había desarrollado en pleno *boom* económico italiano, en los años cincuenta, partiendo de un taller calderero de carpintería metálica que fabricaba aparatos para industrias químicas, petroleras o cementeras. En 1955 la estructura se amplió y la plantilla aumentó de manera considerable.

Se trata del enésimo capitalista filántropo: Ettore Gargano, de Novara, constructor de iglesias y de parvularios, fundador —según una nota hagiográfica local— de «un entorno exitoso, cordial y familiar enfocado a una producción de calidad, con honestidad y un alto sentido de responsabilidad civil y moral». Como empleado de su empresa, Renato se verá expuesto a unas fibras sutiles que son de todo menos filantrópicas. Gargano firmará contratos con Montecatini, Edison Chimica, Lombarda Petroli, Sarpom… Con un estilo que posteriormente retomará otro empresario bien conocido, Ettore Gargano «salta al campo», en expresión de Berlusconi, y durante varios años ostenta la presidencia del club de fútbol Novara, una entidad en la que también militan los aún jovencísimos Pulici y Zacarelli, internacionales de la selección *azzurra* en los años setenta. Gargano muere en 1974, pero la firma Costruzioni Ettore Gargano Spa le sobrevive. Es la empresa que contrata a Renato para mandarlo a instalaciones industriales dispersas por media Italia. Entre refinerías y acerías, entre petróleo y vapor, entre amianto y metal, en el refinado de hidrocarburos y en el ciclo integral de producción de hierro fundido y acero.

Cuando era niño, la maestra me preguntaba en qué trabajaba mi padre y yo aprendí pronto a decir «tubero», a pesar de que no sabía lo que significaba. Era el trabajo por el que volvía a casa solo un fin de semana de cada dos, con la funda verde y la ropa sucias. Después aprendí otro término: metalúrgico. Ese lo entendía mejor, porque se asemejaba a mecánico, pero

con un poco más de blindaje. Era un trabajo especial, o eso me parecía a mí, dado que se ejercía lejos de casa. No me sentía en modo alguno minusvalorado por ser hijo de un obrero, porque en el colegio, primero, y en el instituto, después, todos éramos hijos de obreros, al menos en mi sección (había tres secciones en el colegio: a una iban los hijos de los que tenían profesiones liberales, a la otra los hijos de los obreros y a la tercera iban los hijos de los campesinos y los repetidores de curso de la clase de los obreros). Pero los padres de mis compañeros de clase trabajaban en Piombino, en la acería, o en Casone de Scarlino, en Montecatini, como seguía llamándola todo el mundo a pesar de que se había convertido en Montedison. El trabajo allí era más fácil y aburrido, decía Renato. Él desmontaba y volvía a montar fábricas en un solo día, o al menos eso le contaba yo a mis compañeros, que tenían a sus padres trabajando por turnos en el alto horno. Era un privilegio, desde mi punto de vista. Y tal vez lo era realmente, pero tenía su lado negativo, porque se trataba de un trabajo aún más penoso, más nocivo, marcado por una mentalidad religiosamente estalinista: aristocracia obrera, trabajadores cualificados, satisfechos con sus buenos sueldos y menos rebeldes que los

obreros-masa

que emergen entre los años sesenta y setenta y que se muestran más proclives al absentismo, al sabotaje, a la crítica de la ideología del trabajo. Pero ese es un asunto intrincado y al abordarlo con Renato años más tarde, muchos años más tarde, él y yo no coincidíamos demasiado. En cualquier caso, no me sentía minusvalorado. Para mí, para nosotros, hijos de los talleres, los «pobrecitos» eran los hijos de los ricos. Los niños bien. Esos que no podían salir de casa para ir al parque porque no sabían jugar al fútbol y dejaban que les pegasen y los sometieran. Que debían salir de casa vestidos «como es debido» y volver limpios. Que no tenían tirachinas ni cerbatanas y que no se la jugaban haciendo *bicicross* en las colinas de escoria férrica. Que no formaban parte de ninguna banda de barrio, como la de los Eagles de *hockey* o los Bronx de Cassarello, o el CCC, el Círculo de Campesinos de Capannino. No iba a ser siempre así; con quince años nosotros tal vez seguiríamos en bicicleta o a pie, algunos ya trabajando, mientras que ellos empezarían teniendo un ciclomotor, después una moto y vacaciones en el extranjero. Pero entre los siete y los catorce años el control hegemónico del territorio en la

ciudad-fábrica

era nuestro. De los hijos de quienes estaban en Casone o en la acería de Ilva;

mejor dicho, de Italsider, como se decía. De los hijos de los «napolitanos», que eran los oriundos de la región de Campania que habían emigrado a Toscana para trabajar duro en empresas de la construcción, que cabalgaban a lomos del *boom* del ladrillo y del turismo de masas, y que vivían entre Senzuno y Cassarello. Y de los hijos de los *trasfertistas* de la industria, como en mi caso. De esos obreros que se iban moviendo por el circuito nacional de Ilva, saltando entre Piombino, Taranto y Génova, y que cada dos años regresaban a Follonica. Esos hijos divididos en bandas, acostumbrados a refugiarse en el barrio 167, con sus nuevas torres de viviendas sociales donde los chavales del lugar habían construido, en los olivos indultados por las excavadoras, unas chozas similares a palafitos, suspendidas sobre la bifurcación de las ramas. O, como era mi caso habitualmente, teníamos nuestra base en los hornos de fundición en ruinas de la antigua Ilva, la fábrica que estaba en torno a nuestro colegio y a la cancha de fútbol, donde nos atrincherábamos teniendo cuidado de no pisar las jeringuillas abandonadas por los toxicómanos y de no encontrarnos con Alvaro. Era un anciano extravagante, tal vez uno de los últimos obreros desmovilizados por el cierre de la Ilva de Follonica. Parecía que vivía en el horno siderúrgico de San Ferdinando y que guardaba bajo una barca volcada decenas de uniformes de todo tipo, con los que cada día asumía una identidad diferente: normalmente se vestía de garibaldino, con una primorosa camisa roja enmarcada por su espesa barba blanca. Aunque una vez se disfrazó de almirante, cogió el tren y se bajó en Livorno. En cuanto se cruzó con unos cadetes de la academia de la Armada les echó la bronca, empezó a gritar órdenes y los hizo desfilar como papanatas hasta el Mercatino Americano. Los novatos al final se dieron cuenta de que no se trataba de un almirante, sino de un viejo que chocheaba e hicieron que lo detuvieran. Para zanjar el asunto, el alcalde de Livorno llamó al de Follonica, que tuvo que ir a buscarlo. Era, en todo caso, un tipo extraño y guardábamos las distancias con él.

Un buen día desapareció y no volví a verlo nunca más. Puede ser que lo metieran en algún asilo. Pero la febril fantasía de un niño establece extrañas analogías. Para mí, había sido absorbido por una de aquellas máquinas abandonadas que aún estaban en los hornos en ruinas de la antigua Ilva. Maquinaria que podía ir a ver a la biblioteca del hierro, que es como llamábamos a la biblioteca municipal, instalada en un enorme horno industrial donde se exhibían máquinas de hierro fundido con una apariencia siniestra, junto a una colección de insectos, atravesados por

alfileres y conservados en vitrinas, y un carro fúnebre de madera, de aquellos que iban tirados por caballos. Se cerraba el círculo. Te machacaban con las máquinas, luego te clavaban como un lepidóptero y finalmente te organizaban un buen funeral con el carro. De hecho, soñé varias veces con el funeral de aquel viejo estrambótico, influido por algunas conversaciones que había escuchado.

Yo todavía era pequeño y ellos creían que no comprendía. Pero les escuchaba mientras hablaban. Hablaban de los que eran absorbidos por el engranaje y por el rodillo de un laminador, machacados por los cilindros que aplastaban las cintas de acero. De los que eran abrasados por una colada incandescente que se escurría de las vías de una planta de fundición. De los que acababan incrustados en una cinta transportadora con la calificación de «cuerpo extraño» señalada por un motor que seguía haciendo fuerza. De esos con el cráneo aplastado por una prensa o embestidos por una tubería que reventaba. De los quemados en la sala de bombas de una refinería mientras sometían a prueba las tuberías.

Eran historias que no me sorprendían. Recuerdo que estando en tercero de primaria ya vi desaparecer de un día para otro a Bruno, uno de mis compañeros de clase. Nos despedimos como siempre, diciéndonos adiós, convencidos de que nos veríamos a la mañana siguiente, con esa concepción del tiempo extensa que solo pueden tener los niños. Bruno no volvió al colegio porque su padre, obrero de la acería, murió en la fábrica, asesinado por la megamáquina que vomitaba acero fundido. Mis recuerdos son confusos; yo no fui al funeral, pero mi madre le hizo una visita a la suya y me llevó con ella. Aunque no me dejaron entrar en casa y nunca más volví a ver a Bruno. Tenía siete años y para mí aquel día no murió su padre; el que murió en la fábrica fue el propio Bruno.

No todos mis recuerdos de infancia son así de trágicos. Algunos son tragicómicos. Un domingo, tendría yo de aquella seis años, comí muchísimo; quizás era Pascua, no lo recuerdo bien y probablemente lo recuerdo tal y como me lo contaron más tarde. Lo que está claro es que me atiborré de entremeses toscanos con higaditos de pollo, *tortelloni* al estilo de Maremma con ragú de jabalí, cordero asado, cordero frito y gallina de Guinea, patatas al horno y tarta… Tanto fue que me puse malo. Renato había vuelto de la fábrica el lunes, en esa época estaba trabajando en Piombino, cerca de casa. Yo me puse malo, no era capaz ni siquiera de ir al baño y me entró un dolor de barriga tremendo… En resumen, acabé en el hospital, precisamente en Piombino, con una obstrucción intestinal. En

cuanto llegué me atendieron y me hicieron algunas preguntas. Mi madre estaba conmigo. Recuerdo que me pusieron una sonda intestinal para hacerme evacuar. Según sus cálculos, iba a ser cuestión de unos veinte minutos. Sin embargo, al cabo de apenas tres empecé a decir: «Mamá, mamá, tengo que hacer caca. La caca, mamá, se me va a escapar…». Y las enfermeras afirmaban: «No es posible, señora, es muy pronto aún». Yo lloraba y sufría. Llegados a ese punto, decidí que si los mayores no querían creerme no se merecían mis palabras. Ya no hablaría con la boca, hablaría con el culo y me cagaría encima.

Mi madre se ruborizó de la vergüenza y las enfermeras abrieron las ventanas porque la peste era insoportable, de modo que también yo me avergoncé un poco. Pero fue culpa de ellas, se lo había dicho.

Después me lavaron y vino a verme el médico. Mi madre no estaba, tal vez la hicieron salir. El cabrón empezó con el interrogatorio. Yo respondía con monosílabos.

«¿Te duele el estómago?».

Y yo: «No».

«¿Todavía tienes ganas de hacer popó?».

Y yo: «No».

«¿Tiras pedos?».

Eso no lo entendí. ¿Pedos? ¿Qué quería decir? Había usado un término toscano, cierto, *peti*, los tiraba incluso Dante, pero era un toscano áulico, un registro florentino noble. Yo no lo iba a estudiar hasta llegar al instituto. ¿Quién podía entender a aquel tipo vestido de blanco con gafas y un bolígrafo sobresaliendo de su bolsillo?

El doctor, nervioso, repitió: «¿Sigues tirando pedos?». En esos momentos me sentí acorralado, no lo entendía y no sabía qué contestar, de modo que me eché a llorar. Llegó a la carrera mi madre que, sin saber de qué iba la cosa, se puso del lado del médico y en contra del pobre paciente. Si hubiera estado en mi mano, los habría hecho desaparecer con una varita mágica.

De repente, se materializó mi padre, que en ese periodo estaba trabajando en las instalaciones de Magona, a pocos minutos del hospital, que se hallaba en la zona de Salivoli, y debió de avisarlo mi madre. Entró vestido con su mono verde de obrero metalúrgico, soltó un manotazo lleno de polvo de acero sobre la camisa blanca inmaculada del médico y, mirando con ojos abrasadores a aquel mindundi que me había hecho llorar, le dijo: «Doctor, nosotros a las ventosidades las llamamos *scuregge*».

¡Qué héroe! Sané rápidamente y comencé a comer de nuevo.

En casa comer era una ideología. No la comida en sí misma, sino más bien el hecho de no desperdiciar nunca nada. Y el estalinista san Pablo predicaba que para comer es preciso trabajar. Trabajar aprovechando la ola del reflujo del *boom* económico. Trabajar para vivir, con el riesgo de que el trabajo te quitase el hambre pero también la vida. Esa era la mentalidad en nuestra zona. Gente que no tiraba nada a la basura porque había conocido la verdadera hambre, la guerra y después la mina. Te contaban historias para amedrentarte, pero eran historias reales.

Me viene a la mente una de esas historias, una historia de la Resistencia. La de tres chicos de veinte años, en el monte, que se separaron de una columna de la Brigada Garibaldi. En los bosques más allá de Massa Marittima, sin nada que comer, en un invierno en el que incluso los campesinos tenían poco. Con el hambre de los veinte años, uno de ellos comenta: «He oído que allí abajo, detrás de aquella encina, en la cima de aquella colina, un aldeano ha enterrado una oveja». «¿Y por qué la ha enterrado?», pregunta otro. «Porque estaba enferma». «Si no se la ha comido ni siquiera el aldeano quiere decir que no se puede». «Ya». «Que no, que no se puede». «Ya». «¿Estás seguro?». Y seguían caminando en dirección a aquella encina. «Que no, no se puede, estaba enferma… Si no, se la hubiera comida el aldeano». Cuando llegaron junto a la encina vieron tierra que había sido removida recientemente: era el hoyo recubierto. Los tres jóvenes partisanos se miraron y a continuación uno de ellos se puso a cavar con las manos y los otros dos hicieron lo mismo. Desenterraron la oveja muerta, se la comieron y estuvieron cuatro días cagando líquido. El hambre y la mierda, esa es la materia prima de la humanidad en nuestra zona.

El incidente del estreñimiento en Piombino nos acerca a la década de los ochenta, unos años de mierda, tal y como yo los recuerdo. Los setenta, por el contrario, son años felices en los que no falta el trabajo y la vida sigue su propio curso. Años de salarios altos y de alta conflictividad, años muy bonitos que solo podría definir como «plomizos» alguien que nunca hubiera trabajado en una fábrica. Años en los que simples obreros como mi padre, afiliados al sindicato FIOM-CGIL, disfrutaban, con su protección salarial, de las ventajas derivadas del hecho de que el partido y el sindicato hacían de grifo para contener la hidra revolucionaria. Librando la guerra contra la autonomía y las organizaciones

extraparlamentarias, el partido que se hacía llamar comunista les garantizaba a los obreros válidos un buen sueldo, un puesto de trabajo estable y la posibilidad de comprarse una casa y de darles estudios a sus hijos e incluso poder enviarlos, algún día, a la universidad. Pero en el frente de la seguridad, de la salud laboral y de los daños ambientales, la situación era catastrófica. A cambio, la Democracia Cristiana y la patronal obtenían la paz social y la posibilidad de aislar y reprimir a las facciones revolucionarias de la sociedad italiana, que entonces eran consistentes. El *boom* económico de la posguerra en realidad se había detenido en 1973, justo cuando nací yo, pero Renato no se percató de ello de inmediato, salvo cuando le tocaba llenar el depósito de gasolina. Todavía había necesidad de refinerías, las cerrarían más tarde, a principios de la década de los ochenta, y los problemas de la producción industrial también se harían sentir para él más adelante, cuando la patronal pusiese en marcha la reconversión. Sin embargo, para acometer una reconversión —es decir, suprimir empleos, alargar las jornadas de trabajo y reducir los salarios— se requiere una clase obrera débil, y la italiana de los años setenta sigue siendo fuerte, muy fuerte. Lo primero que se necesita es la represión, que golpea a las organizaciones con la colaboración de los sindicatos. Pero la represión es un bumerán: sin la resistencia de clase es fácil reorganizar el tablero de ajedrez de las fuerzas en juego en el mundo del trabajo, golpeando asimismo a la aristocracia obrera protegida por los «engorrosos» derechos sindicales. Los problemas llegarán en la década de los ochenta, cuando los obreros estén políticamente debilitados y el papel histórico del Partido Comunista Italiano (consistente en «evitar» la revolución) ya se haya cumplido. Los problemas llegan con esas tres palabras complejas para los oídos de un niño, de las cuales percibo solo su poder maligno y que en casa las pronuncian de un tirón, con una mezcla de vergüenza y de horror: subsidio por desempleo. Pero con esto estamos ya en los años ochenta, justamente. En la década anterior Renato trabaja mucho, es joven, fuerte. Aquel larguirucho flaco, poco más que un adolescente, de la foto con Nada es ahora un hombre cubierto de músculos, sin un gramo de grasa, que viaja mucho por el trabajo y que cada dos semanas regresa a casa con sus monos sucios. Cuando hay fiesta comemos con los parientes de Livorno, vamos a ver jugar al Rosignano en el derbi contra el Cecina y luego nos metemos todos en un cine de Livorno para disfrutar de una comedia erótica italiana protagonizada por Edwige Fenech; también vamos mi primo y yo, que de forma precoz nos hacemos sensibles a ese género.

A Rosignano íbamos al menos una vez al mes, a ver a los abuelos. De mi abuelo paterno guardo pocos recuerdos, pero todos ellos son muy bonitos y silenciosos. Una vez que íbamos juntos por la calle, frente al local social de ARCI, la entidad sociocultural, me mostró una placa que había en un muro y me habló del escritor anarquista Pietro Gori, y luego me compró un helado. Permanecí en medio de los demás viejitos, albañiles como él que estaban de charla, sin aburrirme, sin cansarme, sin necesidad de correr o de jugar, porque en aquel momento el tiempo verdaderamente se había detenido. Esto fue cuando aún estaba bien. Porque después enfermó, algo que yo no entendí demasiado, era todavía un niño. El caso es que ya no salía de casa, ya no hablaba, comenzó a perder peso y estaba siempre en pijama. Se palpaba algo en el cuerpo, tal vez un catéter, tal vez una cicatriz de una operación, no lo recuerdo bien, y mi abuela le pegaba en la mano como si también él fuera un crío. A mí me daba pena. Un domingo de sobremesa, después de una comida familiar, mi madre me dijo que ellos, todos los adultos, tenían que ir a dar una vuelta. No querían llevarme y se les ocurrió que podía quedarme con el abuelo. ¿Me apetecía? Sí. Tan pronto como se marcharon todos (mis padres, mis tíos e incluso mis primos), el abuelo me sonrió, se puso en pie y señaló, sin hablar, porque ya no hablaba, un mueble del salón. Me acerqué al mueble. Asintió, sonrió de nuevo y apuntó con el dedo hacia arriba. Allí asomaba una caja negra, de cuero. Me subí a una silla y alcancé la caja. Él seguía asintiendo. Dentro de ella había unos viejos prismáticos. Los cogió. Me hizo una señal para que lo siguiera hasta la ventana. Me asomé. Estábamos en un quinto piso de un bloque de viviendas del barrio 167 de Rosignano Solvay. A nuestro alrededor había otros edificios de protección oficial; a un lado, el economato de la Coop y al otro, la carretera nacional Aurelia y la línea férrea; delante, el mar y más allá las inmensas chimeneas grises de la fábrica. Eran chimeneas realmente enormes y recuerdo que mi padre y yo, como dos idiotas, desconocedores de su veneno, competíamos a ver quién tenía la chimenea más grande; ganaba él, porque las de Rosignano eran mayores que las de Scarlino y Piombino. El abuelo apuntó con los prismáticos, luego los desplazó ligeramente. Sonrió. A continuación los bajó a la altura de mis ojos, volvió a enfocarlos y me hizo una señal para que mirara a través de ellos. Yo me sentía hechizado por la situación. ¿Qué secreto de piratas había descubierto? Posé mis ojos en los prismáticos y vi, en el bloque de viviendas de enfrente, a una señora con mandil que estaba lavando los platos en el fregadero. Aparté los ojos de las lentes. Miré al abuelo. Sonreía feliz.

Después se puso un dedo delante de la nariz. «Silencio. No se lo diremos a nadie», dijo. Yo asentí, sonriendo. Verdaderamente el tiempo se había detenido.

Cuando volvieron mis padres partimos hacia Maremma. Pero antes Renato debía pasar, como siempre, por el *dopolavoro* de Solvay, el centro social y recreativo de la empresa, donde había un panel con los resultados de los partidos de fútbol de primera categoría y de interregional, en la que jugaba el Rosignano. Un último ponche a la livornesa y después una hora de coche en la Aurelia siguiendo en la radio los resultados del campeonato que para nosotros tenía más valor que la Copa de Europa: el Guasticce vence al Tuttocalzatura, el Pomarance empata en su visita al Lardello, el Tuttocuoio golea al Calcinaia… Y el lunes a las dos de la madrugada, en plena noche, monta en el tren de la línea del Tirreno con destino a Génova, Sarzana o Savona, donde sea que haya tuberías que soldar, manguitos que unir o aislamientos que desmontar.

Y, desgraciadamente, amianto que respirar.

Algunos fines de semana mi madre nos sube en un tren a mi hermana y a mí. Nos reunimos con Renato en el norte para hacer excursiones en compañía de otros obreros; se trata, posiblemente, de las únicas vacaciones que nos permitimos (porque las de noviembre las necesitamos para la recolección de la aceituna). Son días leves en mi memoria. Esta sería una fotografía típica: excursión dominical de altura, con comida junto a un refugio de montaña. Están invitados todos los obreros, con sus familiares hasta el segundo grado, niños incluidos. ¿Dónde estábamos? Tengo ciertas dudas… Creo que por la zona piamontesa de Lanzo, un valle montañoso al que mi madre nos llevó en tren para reunirnos con Renato, que estaba trabajando en alguna fábrica del lugar. Recuerdo que había muchos bosques y un puente de piedra que me daba miedo porque lo llamaban el puente del diablo y en una ocasión mi hermana y yo nos quedamos bloqueados en él, frente a un perro negro que nos miraba fijamente. Pero es posible que esté mezclando episodios y lugares, también con alguna lectura posterior sobre puentes y perros satánicos. Sin embargo, según Francesca, estábamos en Abetone, en la provincia toscana de Pistoia, en un pícnic obrero dominical al que se sumaron amigos y familiares de Livorno. Tengo un recuerdo menos borroso de los demás: hay una gran mesa y un hombretón enorme, con camisa de cuadros, pantalones con peto y tirantes, cabellera y barba negras y largas. Un hombretón, compañero de mi padre, con risa contagiosa, que hace reír a todo el mundo cuando habla. Me cae bien, pero

quiero retarlo, como en los *spaghetti western* que vemos en el cine al aire libre, en el pinar, en verano. Llego al final de la comida sin haber dicho ni una palabra, clavo la mirada con actitud de duelo en ese hombretón y a continuación suelto el eructo del siglo, desencadenando un mecanismo de rebote fonético que atraviesa el valle. Escaneo de montaje: yo miro a mi padre y a mi madre, consciente de que me he pasado. Mesa de obreros muda. Hombretón de barba pasmado. Silencio. Plano detalle de mi madre armando el bofetón. El hombretón de barba me mira y a continuación, maravillado y con solícita admiración, dice: «Salud». Carcajada de mi padre. Carcajada de toda la mesa. Mi madre se relaja y baja el brazo. Llegados a ese punto, está claro que he salido bien parado.

También salí bien parado del asunto del vino, que ocurrió poco después. Renato descubrió que, en plena infancia, yo había comenzado a beber vino —debía de apestar como un tonel fermentado—, pero no se lo dijo a mi madre, que habría montado un escándalo de la virgen. Sí, empecé a beber con ocho años y todo fue por culpa de la severidad de los códigos legales. Trataré de explicarlo mejor… Mi abuela tenía, en el huerto de detrás de casa, unas cuantas gallinas; las habituales livornesas, generosas ponedoras blancas, con algunos pollos de raza Mugginese y un viejo gallo que cumplía su deber como fecundador. Y cuando las gallinas se acordaban de empollar los huevos se podían ver también pollitos jugando con el que suscribe, de aquella ya en edad escolar, que les suministraba maíz triturado en abundancia y piensos suculentos. Había incluso una pajarera, en la que mi tío había metido dos faisanes que le habían regalado. En una ocasión, mientras mi abuela estaba atendiendo a los faisanes, las aves cogieron la puerta y echaron a volar. Preocupada, acudió al vecino, que tenía otro huerto junto al suyo. Le preguntó: «Sandro, ¿por casualidad no habrás visto a dos faisanes?». Él estaba a punto de contestar que no cuando se oyeron dos disparos de escopeta.

«Ahí están», comentó mi abuela.

Debo aclarar que para acertar a dos faisanes al vuelo apostado en la ventana de una casa o de un edificio urbano hace falta ser un consumado cazador furtivo. Ahora esa casa, en la que vive mi madre, está en el centro de Follonica, pero en aquel tiempo era la última antes del campo; había sido construida a mano por mi abuelo con el albañil del cementerio en los ratos libres, como se solía decir, con un aprendiz para hacer el trabajo de fontanería. El abuelo excavó todos los cimientos (ochenta metros cuadrados) hundiendo la pala en el terreno, y la abuela lo ayudaba

preparando unos ladrillos que se obtenían apagando la cal con agua y luego amasándola con arena de mar y colocando la masa en un molde de hierro, tras lo cual se dejaba secar al sol. Frente a la casa se acababa el asfalto y comenzaban la gravilla, los huertos y las casetas construidas de forma ilegal, de modo que no resulta sorprendente que todos aquellos viejecitos que estaban en sus huertos jugando a las cartas y soltando juramentos anduvieran también acechando escopeta en mano.

El suceso corrió de boca en boca y se supo que entre las casas del centro disparaban a los faisanes huidos de la pajarera de mi abuela. Los nuevos vecinos, llegados hacía poco y de mejor posición económica, que vivían en los edificios de nueva construcción y que no apreciaban las costumbres de los habitantes históricos de la calle —trasnochar en verano jugando a las cartas y soltando juramentos a la puerta de casa o madrugar en invierno para chupar con un tubo de goma la gasolina del depósito de los coches de los nuevos residentes— recurrieron a los guardias urbanos. Podían pasar por alto los juramentos, las cartas, los hurtos de gasolina y los chiquillos como yo emprendiéndola a balonazos con todas las persianas metálicas que había en la calle y lanzando con cerbatana pelotillas de masilla contra sus primogénitos («Eh, niño, vete a tocarle el culo a esas crías en lugar de andar por ahí tirando con la cerbatana», me advirtió con apatía el dueño de la droguería o *mesticheria*, si se prefiere decirlo al estilo florentino, cuando volví para comprar medio kilo de masilla por tercera vez en tres días alegando que la necesitaba mi padre para las ventanas). En fin, podían pasar por alto todas estas cosas, pero andar a escopetazos en la vía pública era ya demasiado, incluso para Maremma la cerda. Los guardias recordaron entonces que había una ordenanza municipal que prohibía la posesión de aves de corral y conminaron a mi abuela a deshacerse de las gallinas. Dado que aquello ya no era el campo, no había que incitar a los furtivos; el desarrollo urbano prácticamente había cercado nuestra casa y el huerto trasero. Fue un trauma, porque la abuela se consideraba víctima del francotirador y esperaba de los guardias un despliegue de defensas antiaéreas y una indemnización por los faisanes. Y en cambio le dijeron que debía deshacerse de todo. Resistimos durante un tiempo, pero los guardias volvieron con papeles en la mano. Así que trasladamos las gallinas a una terraza y luego a la buhardilla, pero el hedor a mierda avícola era tremendo y hubo que convertirlas en caldo. Fue el final de una época y de aquellos pequeños huevos que tan buen servicio habían prestado para criarnos a mi hermana y a mí. Entonces hubo que comenzar a comprar huevos. Mi abuela

conocía a un calabrés, que era el vecino de enfrente de un huerto que mi abuelo —no contento con el trozo de terreno de detrás de casa ni con las tres hectáreas y media de tierra que había comprado en el campo justo después de la reforma agraria— había adquirido al lado de las vías del tren. Al morir mi abuelo, la parcela fue vendida, pero en el huerto de enfrente el calabrés seguía criando gallinas, porque aquello no era aún zona urbana, hoy en día sí lo es. De modo que una vez por semana me mandaban a su casa, a tres minutos en bicicleta, para comprar huevos. Me daban varios cientos de liras, dependiendo de la cantidad que hiciera falta, en función de los dulces, la pasta y las tortillas previstas.

Ir a casa del calabrés, visto en clave retrospectiva, significaba entrar en un tiempo surrealista, fuera de la historia, donde yo me volvía mayor por un hechizo injusto e inmerecido, el de ser varón. De hecho, el calabrés solo me recibía en su casa cuando estaba él. Su mujer y su hija se limitaban a abrir la puerta y dejarme entrar. La hija era de mi edad (ocho años, más o menos) y tenía el pelo largo, de color castaño. Era muy guapa, aunque nunca hablaba y agachaba la mirada cuando me entregaba los huevos. La negociación la llevaba a cabo con su padre, que primero hacía que me sentase, junto a la estufa; él y yo en la cabecera de la mesa y las mujeres de pie. Luego le decía a su hija que fuera a buscar los huevos que yo había pedido y le ordenaba a su mujer que nos sirviera vino. En ese momento, vaso en mano, empezaba a hacerme preguntas, normalmente acerca del trabajo de mi padre o de mi tío, o sobre la cantidad de aceite que habíamos producido el año anterior, o sobre si la abuela aún seguía vendiendo ciruelas y albaricoques de nuestras tierras. Se dirigía a mí en segunda persona del plural y las primeras veces yo me daba la vuelta para ver si había alguien más detrás de mí. Después llegué a la conclusión de que con el «vosotros» se refería a mi familia. En realidad, era una forma de cortesía. Al cabo de un rato yo apuraba mi vaso, dejaba las trescientas liras y volvía a casa en bicicleta. Me sentía como un hombre porque no me trataba como a un chiquillo, si bien algo me decía en mi interior que mi hermana no habría disfrutado demasiado en aquella casa, ni tampoco la calabresa de la que yo estaba secretamente enamorado y a la que nunca fui capaz de saludar siquiera. Jamás me habría atrevido; con el asunto del vino, del vosotros y de los apretones de manos, el calabrés había levantado un eficaz muro de contención para las mujeres de la casa.

Pero una vez Renato se dio cuenta de que yo olía a vino y le confesé que había estado bebiendo. Él me dijo que el alcohol era para los mayores y que a mí me hacía daño, aunque nunca me delató ante mi madre. Al cabo de un

tiempo, el calabrés, que estaba desempleado, encontró trabajo en otro pueblo, se mudaron y no volví a saber nada de él ni de su hija, a la que yo ya llamaba «la mudita». A partir de entonces fue mi madre la que se hizo cargo de la adquisición de huevos, con lo que evitó que yo me relacionara con otros avicultores. En definitiva, mantengo la convicción de que empecé a beber por culpa de la ley que nos había quitado las gallinas. Nada de gallinas, nada de corral, ni pajarera, ni jaulas soldadas. Las había soldado Renato, en el huerto de mi abuela, cuando se transformaba poniéndose una máscara negra. Era la pantalla de lentes ahumadas con la que un día me mostró un eclipse de sol. Aquellos electrodos que se encendían como bengalas de una fiesta de cumpleaños me fascinaban desde muy pequeño, cuando lo veía trabajar en el garaje. Hasta el extremo de que tenía que gritarme para que no mirase cuando el soplete estaba encendido, porque me iba a dañar los ojos. «Mira lo que hago yo: utilizo la máscara de soldador». Y ponía ante mis ojos una protección negra de cristal ahumado. Yo con eso me sentía como un robot. Me parecía que tenía los superpoderes de mis amados dibujos animados japoneses. Porque esa pantalla servía para cosas que no todos podían entender. Alguien que tuviera un padre arquitecto o banquero no hubiera podido ver los eclipses de sol como los veía yo. El resto utilizaban gafas de sol Persol. Y yo una máscara de soldador. Chúpate esa, uno a cero. Se trataba de superpoderes obreros que poseían solo los soldadores, esos *cowboys* del metal con gafas negras que podían desafiar a la luz del sol mirándola fijamente con una mirada fiera hasta hacer que se eclipsara en acero cuajado. Tal cual.

Pero de pequeño yo veía las cosas con demasiada ingenuidad. La realidad es más amarga. Como soldador, Renato expone sus pulmones a gases devastadores. Como carpintero de hierro, cada golpe de mazo resuena en sus tímpanos. Tiene los oídos dañados, ya no nos oye, deberá ponerse un audífono. Sus ojos, heridos por la llama de los electrodos, le piden lentes cada vez más potentes. Y se le van cayendo los dientes, uno tras otro, debilitados por los metales pesados a los que está expuesto constantemente. 1985, Renato tiene cuarenta años, los mismos que yo ahora. Aún está delgado y musculoso, aparentemente en excelente estado de forma. Pero ya necesita una serie de prótesis para conectarse con el mundo: gafas, dentadura postiza, audífono. Yo lo llamo, con malicia infantil, el padre biónico. Son los primeros daños infligidos por una actividad profesional aniquiladora por los cuales se le reconoce una mísera renta del INAIL, el Istituto Nazionale per contro gli Infortuni sul Lavoro l'Assicurazione, debido a su «invalidez laboral con reducción parcial de su capacidad de trabajo».

A los que trabajan con él no les va mejor. Había otro obrero contratado por Gargano. Tenía problemas de alcoholismo y me lo encontré hace años en la bolera de Follonica, en el pinar de Ponente, poco antes de que muriera, no tenía ni siquiera sesenta años. Su piel estaba completamente negra, como quemada. Era Mauro, compañero de trabajo de Renato durante años. Su otro compañero era Angelo, de Novara, que trabajó con mi padre desde 1972 a 1985. Trabajaron codo con codo como obreros itinerantes en numerosas factorías: la de Bitumoil en Gonzaga, la de Maura en Casale Monferrato, en Turín, la de Montecatini en Scarlino, y después en Castellanza, en Priolo y en muchos otros lugares. Angelo telefoneaba a menudo a casa y yo, que de pequeño me gustaba responder al teléfono antes que mi hermana, me ponía nervioso cuando me daba cuenta de que era él, porque hablaba con un acento norteño, yo no entendía nada y me limitaba a

pasárselo a Renato. Sin embargo, en persona me gustaba, porque era —o al menos a mí me lo parecía, con la mirada deformante de la infancia— grande, gordo, con un grueso bigote rubio. Lo recuerdo aún en la playa de Follonica, en vacaciones, igual que recuerdo que él y Renato siempre estaban riendo, y que entre ellos resonaban palabras como «Ramazzotti» o «grapa», un léxico desconocido que abría un mundo prohibido de risas de adultos. Pero las sonrisas no lograban ocultar los riesgos de un oficio peligroso. Porque el amianto y los gases que respiraban Renato y sus compañeros eran más graves que las historias que ellos contaban entre vaso y vaso. Anécdotas siempre coloristas, situaciones fuera de lo común que a veces parecían haber sido sacadas de alguna de las películas de Umberto Lenzi que veíamos en aquellos años, como *Nápoles violenta* o *Roma a mano armada*. En una ocasión, mientras está subido en un andamio alrededor de un tanque de petróleo, Renato ve entrar en la fábrica un coche, un Giulietta. Por una ventanilla asoma una metralleta que empieza a disparar al aire. El automóvil da media vuelta haciendo chirriar los neumáticos y desaparece por el portón. El capataz reúne inmediatamente a todos los obreros, llega también el ingeniero: la empresa seguirá pagando los salarios, pero la fábrica se cierra, y Renato y los demás deberán quedarse en el hotel. Al cabo de unos días, los propietarios ceden ante la corrupción y pagan a los extorsionadores. La actividad laboral puede reiniciarse. En otra ocasión vive un ambiente propio de *El padrino*. Renato está en una pizzería con otros obreros a la hora de la cena. Ha olvidado el audífono y no oye nada. De repente, todo el mundo desaparece bajo las mesas y él se pregunta: «¿Se han vuelto locos todos estos?». Después se da cuenta de que en la puerta hay un tipo con un casco de motorista en la cabeza y una pistola que está disparando hacia una mesa. Se trataba de un ajuste de cuentas en un suburbio de una gran ciudad del sur. Algo parecido le sucedió en Friul, pero esta vez el elemento desencadenante era natural. Le habían hecho comer con grapa casera y cuando se puso en pie para llamar a casa desde un teléfono público que había en el comedor del restaurante ya estaba abundantemente embriagado. Mientras metía las fichas en el teléfono empezó a darle vueltas la cabeza, pensó que estaba bien borracho, luego vio cómo se movía todo el bar mientras los clientes comenzaban a huir. Era el terremoto de 1976. La llamada telefónica a casa, mientras nosotros estábamos a salvo en el caparazón hogareño, parecía el momento preferido para la irrupción de la violencia en sus vivencias. Otra vez, en un bar, también mientras metía fichas en el teléfono gris de la compañía SIP, se

apoyó inadvertidamente en la silla de un cliente que estaba sentado en torno a una mesa en la que se jugaba apostando dinero. Al tipo no le hizo gracia que se tomara esa confianza y le puso la punta de una navaja en la espalda. Algo así le pasó en más ocasiones, en el transcurso de sus viajes nocturnos en tren hacia las fábricas, cuando parecía que viajaba en un carruaje del *far west* y todos los bandidos buscaban su cabellera, tal y como lo contaba él.

Puedo asegurar que tenía cierta propensión a las peleas por motivos fútiles. De uno de esos episodios fui testigo ocular. Una vez, cuando yo era aún un niño e iba a su lado en el coche, él y otro tipo empezaron a hacerse adelantamientos. Pasaron a los insultos —«¿Pero tú qué tienes en el cerebro, un gargajo?»— y acabaron aparcando en un área de descanso, cuando el otro nos hizo parar al modo norteamericano. Salieron a la par de sus vehículos para atizarse en los morros, aunque ninguno de los dos fue más allá de la pose de amenaza.

La realidad era más monótona, con menos aventuras pero con más peligros. Año tras año, Renato seguía moviéndose de una fábrica a otra, siempre por esos lugares donde sabemos que la mortalidad por amianto es superior a la del resto de Italia: Liguria, Friul-Venecia Julia, Piamonte y Lombardía. Pero también Siracusa, Terni y Taranto. Taranto le parecía la puerta del inframundo, y aun así iba, a la factoría de Ilva y a la refinería de ENI, deseando que llegase el viernes para comer *orechiette* con puntas de nabos, regadas con vino tinto Primitivo de Manduria. Además de aislar y soldar, debe rascar, esmerilar y cortar estructuras metálicas, cubiertas y tubos, a menudo en fibrocemento. Movimientos, fatiga y sudor. Eso se traduce en palabras con sustantivos asépticos: aislamiento y retirada del aislamiento, demolición, mantenimiento, reparación, revisión y pruebas de instalaciones. Pero en la práctica significan fatiga, cortes, quemaduras, martillazos, abrasión… Quiere decir escaleras, andamios, arneses… Y aún más: incendios, vapores disparados a una presión mortal, tornillos que salen lanzados como proyectiles… Aparte de la inhalación de venenos. Y monos manchados de polvo. Polvo rojo, de hierro oxidado. Polvo gris, de acero recortado. Polvo blanco, del amianto o del titanio. Ese titanio del que volvía completamente cubierto cuando trabajaba en Casone de Scarlino; él lo llamaba «el blanco» y decía que cuando se duchaba era como jabón.

Una noche Renato se presentó con cara seria, un compañero suyo había sido embestido por la explosión de una tubería que arrojó contra él una

presión de vapor letal. Había muerto. En otros casos sus historias hablaban de manos aplastadas o de gente atrapada por las garras de las máquinas. Y él volvía a casa los viernes con los tobillos, que a veces sobresalían de la funda, chamuscados por las chispas de los electrodos del grupo de soldar.

Aquella noche, en la cena, entre cucharada y cucharada de sopa, se le veía triste y hablaba con logorrea. En las acerías la situación era trágica. Los jóvenes contratados por las empresas auxiliares se llevaban la peor parte. Muchos de ellos hacían lo que se conocía como «estribillo» o «reenganche», una práctica que en teoría estaba prohibida pero que solía ser habitual: tenían un descanso de ocho horas entre un turno y otro, en lugar de las dieciséis horas que establece la ley, con lo que acababan el segundo turno a las diez de la noche y se reincorporaban al primero, a las seis de la mañana del día siguiente. Extenuante. Por suerte, todavía había algo de solidaridad en las cuadrillas y alguien se sacaba de la manga alguna argucia para que el pobre hombre de turno pudiera disfrutar de unas horas más de sueño. Se decía que para quienes trabajaban en cadena los turnos eran terribles, cuando se acumulaban los raíles en las placas anteriores, cuando los jefecillos querían superar el récord de producción o cuando instalaban temporizadores para determinar la velocidad de corte y de enderezamiento. El resultado era una cadena frenética, y eso implicaba ritmos forzados. Llegaba el raíl ya acabado y debían testarlo, rematarlo y supervisarlo, interviniendo ante cualquier posible defecto o imperfección, echando mano a la muela, a la fresadora, al cincel y a las vírgenes; todo debía ser clasificado y ordenado antes de que los raíles fueran embragados por las grúas y cargados en los vagones.

En cuanto a la seguridad… en fin, las acerías italianas tenían en el interior de sus naves muchas áreas semiderruidas: para llegar desde los vestuarios hasta la plataforma de trabajo había que caminar al menos un kilómetro, por una zona pavimentada y por otra de gravilla llena de barro y charcos. Para desplazarse, algunos robaban los coches que había en las instalaciones, coches viejos de los *carabinieri* o de la policía «donados» a la planta para los desplazamientos entre los distintos sectores. Estaban destinados a jefes y jefecillos, y eran dignos de la peor versión de *Mad Max*. Se podían ver cuadrillas de obreros colándose en los coches, que partían alocadamente rascando con las ruedas la gravilla, metiéndose en los charcos, esquivando planchas abandonadas devoradas por el óxido. El principal riesgo era el paso de las locomotoras y a menudo había que confiar en el oído, ¡porque las señales luminosas o de otra clase brillaban

por su ausencia! Una vez hecho el trayecto a cielo abierto quedaba aún un trecho dentro de las naves; era eso o dar un rodeo largo y tortuoso, y no por ello más seguro. Un día cayó un aguacero muy fuerte, todo estaba completamente inundado, había cables eléctricos por el suelo, algunos de ellos al descubierto. Se había formado una buena charca de agua y uno de los cables comenzó a serpentear de forma convulsiva; se había convertido en una trampa eléctrica. Si no querías tomar el camino más largo tenías un atajo, podías atajar entre diversas plataformas de trabajo atravesando el tren de raíles, por donde salen los lingotes en bruto todavía incandescentes que al final del ciclo se convertirán en futuros raíles. Aún a medio trabajar, son depositados en una placa para que enfríen antes de ser sometidos al enderezamiento, el corte, los ultrasonidos y finalmente la plataforma para testarlos.

Era frecuente que los obreros tomaran el atajo, con lo que debían atravesar un tramo conocido como «el salto del tocho», en un pequeño canal por el que discurrían los tochos de metal todavía incandescentes. Había quien saltaba por encima del acero del color de la lava como si se tratara de un riachuelo. Circulaba una leyenda en las acerías, se contaba que en uno de aquellos conductos provenientes de la colada continua se había derretido un técnico de mantenimiento. Parece ser que un día, durante las labores de conservación, el pobre hombre estaba a la altura del conducto. Normalmente, cuando se llevan a cabo labores de mantenimiento, el tren está parado y los raíles no llegan a la plataforma antes del mediodía. Sin embargo, ese obrero tuvo la desgracia de verse alcanzado repentinamente por uno, que le derritió la cabeza.

A propósito, ¡ojo con accidentarse! Un accidente de rodilla implicaba abrir una investigación, querían saber si el calzado de seguridad cumplía las normas, pero era habitual que antes de darte otro nuevo tuvieras que andar por ahí descalzo. Te preguntaban si llevabas puesto el casco y en estos casos se acababa responsabilizando al jefe de turno, que no tenía demasiados escrúpulos a la hora de dar el nombre de algún obrero. Las infamias (sobre horarios, retrasos, conatos de peleas…) siempre las hubo, a veces solo se trataba de una cuadrilla contra otra, de un líder contra otro, de probadores contra gruistas.

Pero era casi imposible no accidentarse, con aquellos pasajes manchados de grasa, el pavimento reticular lleno de agujeros, el techo cayéndose a pedazos, los vagones infernales que pasaban a tu lado cargados de chatarra ardiendo lista para ser fundida nuevamente. Por no hablar del comedor, que

estaba enfrente del horno de coque. ¡Comías y de paso te llevabas a los pulmones una buena bocanada de carbón de coque! En los vestuarios gastabas diez pañuelos para limpiarte la materia negra que tenías en la nariz. Y cuántas vueltas para conseguir una lima nueva o un par de guantes, porque el supervisor desconfiaba y como primera reacción pensaba que querías engañarlo, de modo que te tocaba trabajar en condiciones indignas, con guantes deshechos, limas gastadas y muelas con los discos roídos.

Encima en invierno, una vez que te ponías el abrigo oficial, estaba prohibida cualquier otra chaqueta «de civil». El abrigo reglamentario no era otra cosa que una chaquetilla de color marrón mierda que no calentaba en absoluto, y únicamente los «líderes», los «veteranos», los «legionarios», como los llamaban los jefecillos, tenían derecho a chaquetones de verdad, acolchados. El resto debían entrar en calor encendiendo fuegos en bidones, como los sin techo.

Estamos en 1982. Algunas empresas, entre las cuales está ENI, lanzan un nuevo proyecto: construir invernaderos para floricultura utilizando el calor natural de la geotermia en el territorio rico en bórax de Piancastagnaio, en Monte Amiata, entre las provincias de Grosseto y Siena. Hay grandes nombres del panorama industrial italiano vinculados a esta obra. El contrato para la construcción del sistema linfático de tuberías y depósitos se lo lleva la empresa Gargano y mandan allí como montador tubero también a Renato, que participará en la construcción de los invernaderos geotérmicos más grandes de Europa. Por una vez trabajará cerca de casa, en la provincia de Grosseto. Renato le propone a mi madre que vayamos a pasar el verano con él en Monte Amiata en cuanto mi hermana y yo acabemos el curso. A mediados de junio alquila un piso en Piancastagnaio, a pocos kilómetros de la obra. Para mí es tiempo de jugar al balón en un pueblo con muros de piedra. Un verano bajo el frescor de los castaños, en casas antiguas y oscuras de tejados sostenidos por vigas ennegrecidas. Se dan situaciones paradójicas. Una vez Renato fue a comprarle un pollo a un aldeano para prepararlo a la parrilla al día siguiente, en la habitual barbacoa obrera. El aldeano le dio el pollo aún vivo. Él lo guardó en una caja y lo metió en el maletero del coche. Después fue a recoger a un compañero para ir con él al banco, probablemente a cobrar la paga. Decidieron llevarme también a mí, y al pollo para evitar que acabara defecando en el automóvil. Es cierto que aquello era el Monte Amiata de los

años ochenta, pero que alguien entre en una sucursal del banco Monte dei Paschi con un pollo vivo en la mano no deja de ser un espectáculo. Además, la cosa no acabó ahí. Según parece, había un arco detector de metales a la entrada y la malvada máquina no dejaba entrar al compañero de Renato. Sonaba cada vez que pasaba y él fue soltando llaves, monedas y juramentos en el cajetín, hasta que quedó claro que el problema no eran las llaves, ni las monedas, ni los juramentos, sino más bien el calzado de seguridad con punta de acero. Así es que se lo quitó y entraron triunfalmente; mi padre, con un pollo bajo el brazo y él, descalzo, con unos calcetines agujereados que apestaban el aire más que un géiser de bórax. «Problema vuestro», dijeron.

En la obra de Monte Amiata formaba equipo con sus mejores amigos: Angelo, de Novara, y Mauro, de Follonica. De día en la obra y de noche en el bar, siempre estaban juntos. Volvían a casa bebidos —Renato decía «engasolinados», pura jerga de refinería, y puntualizaba que si iba a vaciar vasos de vino tinto con ellos era únicamente por sentido de responsabilidad corporativa, para asegurarse de que llegaban a la cama por su propio pie—, y una noche montaron tal escándalo bajo mi ventana que mi madre se puso a tirarles cubos de agua. Cenas en casa o en el restaurante, y después veladas bajo los castaños al aire libre; yo, con nueve años, era un incondicional de Alberto Camerini, de su rocanrol robótico, que escuchaba continuamente metiendo las cien liras en la gramola. Luego empieza el Mundial de España. Todo el personal de la obra va al restaurante a ver los partidos, unos encima de otros. Renato vuelve del trabajo a la carrera, camino con él por las calles vacías y silenciosas, en las que solo resuena la voz del comentarista de la radio, replicada desde cada ventana que bordeamos a lo largo de la acera. Una situación surrealista, vibrante. Quién sabe por qué, él empieza a hablarme de las revueltas populares de Livorno, las de 1960, cuando los paracaidistas de la brigada Folgore ofendieron a una chica y la plebe se echó a las calles masivamente y se pasó cinco días zurrando a los paracaidistas, mientras el ejército, que se apresuró a desplegarse con ropa de camuflaje para defenderse de los matones, era atacado desde el otro lado de las improvisadas barricadas, protegidas en las alturas por las mujeres apostadas en los balcones, que lanzaban colchones ardiendo. Era un desafío: no permitir que los militares salieran a la calle y, si asomaban la cabeza, a golpes y a leñazos con ellos. El primer día eran una decena de livorneses, al siguiente ya había varios centenares, el tercer día eran millares. A los paracaidistas ni se les ocurría salir del acuartelamiento y los *carabinieri* los

protegían alienados en la entrada. Pero un zoquete que volvía de permiso apareció vestido de uniforme en la estación de Livorno, desconocedor de todo lo que estaba pasando. Cuando salió a la plaza, la gente al principio pensó que estaba loco, después la emprendieron a golpes con él, lo aporrearon como si fuera un tambor. ¡Ah, menuda paliza! ¡Vaya cómo le atizaron!

Los enfrentamientos continuaron durante cinco días, con heridos y denunciados a centenares, con furiosas peleas a puñetazo limpio y el levantamiento de barricadas en las calles de Livorno. Renato me hablaba a continuación de lugares exóticos, como Corea o Shanghái, desde donde llegaban chicos en tropel para zurrar a los militares, y me llevó algo de tiempo comprender que no debía buscar esos lugares en un extremo del mapamundi, sino dentro de Livorno, en los barrios obreros, en esa Shanghái desde la que, como dice la canción de Bobo Rondelli, «entre las casas de obreros se veía Hawái». Una historia apasionante, interrumpida por un estruendo. Paolo Rossi acaba de marcar, Italia se pone por delante en el marcador y nosotros seguimos en la calle hablando de Shanghái y de Corea. Terribles juramentos y gritos de alegría. También durante los demás partidos. Contra Argentina, Brasil y Polonia. Rossi, toscano, sigue marcando goles, la grapa y el vino inundan las celebraciones nocturnas de los trabajadores de la obra, mientras yo me conformo con la *espuma rubia*. Los cocineros golpean las ollas con los cucharones. Para celebrar la victoria, Renato suelda unos trozos de chapa y fabrica una barbacoa artesanal. Unos obreros sardos se encargan de asar el cerdo, encargado por otro de Maremma. Los vénetos y los lombardos llevan la grapa. Será un festín tremendo, culminado con unos callos muy picantes, memorables, pero nos pilla una tormenta de verano y toca salir corriendo. Yo me quedo llorando bajo la lluvia porque no me ha tocado postre, se lo ha llevado mi madre de peso.

Ese año, 1982, será para los de mi generación, que entonces éramos niños, un año increíble. Me pasé todo el verano persiguiendo un balón, literalmente. Era mi único juguete, aparte de un par de cochecitos, dos robots y una bolsa llena de vaqueros, indios y soldaditos. Fue para tanto la cosa que a Renato se le metió en la cabeza que si me convertía en futbolista él podría dejar de trabajar.

Empecé a darle patadas al balón para no caer sobre el asfalto de un terreno de juego obrero. Aun cuando era solo un niño, debía mantenerme en pie necesariamente en aquel campo sin hierba. Tropezar significaba

hacerse daño. Yo logré no caerme más que una vez, aunque con esa caída me gané una fractura del metacarpo de una mano que tardó noventa días en curar, con escayola y un vendaje apretado. Añado únicamente que el cabrón que me hizo la entrada no era un rival, sino un compañero de equipo, porque no le había pasado el balón. Hoy sigue siendo uno de mis mejores amigos. Esa cancha de asfalto, que generaba víctimas a diario, estaba precisamente en el interior de una fábrica abandonada, la fundición de la antigua Ilva. Jugar en una acería tal vez era un modo de acostumbrarnos desde pequeños a los accidentes laborales. En aquel campo peligroso pasábamos tardes enteras jugando. Fuera de aquel rectángulo candente, más allá del perímetro de hierbajos y cardos silvestres que crecían hasta el muro liminar de la planta industrial, tenían lugar trifulcas y escenas brutales. Muchachos con una diferencia de edad de seis o siete años se alternaban en el juego y en los castigos físicos. Para evitar que te pegaran tenías que saber jugar al balón. Solo así podías permanecer en el rectángulo de juego, donde nos golpeábamos, pero al menos no llegábamos a darnos puñetazos en la cara. Cada hora se volvían a hacer equipos. Los mayores te ponían en hilera, los capitanes escogían a los mejores. Los demás se quedaban al borde del campo deseando que hubiera algún lesionado para poder saltar a la cancha, con la esperanza de no ser golpeados por las bicicletas que de vez en cuando eran lanzadas desde fuera de la línea blanca sobre las cabezas de quienes se disputaban el balón Tango desinflado. Las melés eran furibundas. De cuando en cuando la masacre se detenía, cuando llegaban las revistas porno. Entonces todos dejaban de perseguir el balón, los jugadores se dispersaban por la vegetación circundante, hojeando en soledad las fotonovelas de Gabriel Pontello mientras rozaban con la punta de los pies el muro de la fábrica, dando la espalda al terreno de juego.

Tenía que jugar bien al balón, no había otra opción.

Además, había empezado a jugar en las categorías inferiores del Follonica y mi padre me acompañaba al campo cuando no trabajaba. Si no, iba yo solo en bicicleta. Antes de eso vino el fútbol callejero, con la pelota Super Tele rebotando en el portón del garaje, para cabreo de los vecinos. El balón acababa en los huertos, por lo que teníamos que trepar el cercado evitando que nos viera la hortelana, que cuando nos pillaba nos perseguía tirándonos granadas. Luego vino el fútbol de recreación, con una bola de papel roto y enrollado o con la cáscara de plástico amarilla del pequeño huevo de chocolate. Ahora, con ocho años, me veía en un contexto juvenil organizado: se había acabado la era de la espontaneidad. El nombre del

equipo olía a vanguardia obrera. Unas siglas impronunciables, NAGC, simplificadas como Nagghe, y el nombre debía ser enunciado con el puño cerrado: *Núcleo Addestramento Giovani Calciatori*, Núcleo de Entrenamiento de Jóvenes Futbolistas. Tres entrenamientos por semana, más el partido del sábado por la tarde del campeonato provincial. Disciplina férrea. Ni la menor vacilación ideológica. Las tardes en que no tenía fútbol con el club polideportivo volvía a jugar en el campo de la antigua Ilva al estilo Snake Plissken. Eso sí que me gustaba, porque era más adrenalínico y estaba libre de toda regla.

En las categorías inferiores del club teníamos entrenadores simpáticos: algún que otro trabajador de la acería de Piombino y un viejito que había jugado en Primera División —es una pena que se tratara de un emigrante retornado y que la Primera División fuera la de Australia—. Los entrenadores usaban una molesta terminología de cuartel estalinista y tenían poca idea de fútbol. Yo era alto y delgado, tenía «físico», me decían, pero era lento. De modo que tenía que jugar de defensa, de lateral derecho primero, después de central. Finalmente de líbero, porque tenía una patada potente. La táctica consistía en que, en primer lugar, debía despejar el balón tratando de mandarlo fuera del campo, a ser posible golpeando de paso al padre de algún niño del equipo rival; en segundo lugar, debía hacerle daño a mi contrincante. En los saques de esquina tenía que clavarle los tacos de las botas en el pie para evitar que rematase de cabeza. Cuando el árbitro estaba de espaldas debía fingir que le escupía encima al jugador al que estaba marcando e insultar a su madre, para que, si reaccionaba dándome un golpe, lo expulsaran. Marco Materazzi debió de tener el mismo entrenador que yo. Por lo que se refiere a los padres que estaban en la grada, actuaban más o menos del mismo modo, con lo cual nos servían de ejemplo.

Para los desplazamientos, nos subíamos en unas furgonetas Volkswagen e íbamos cantando una versión porno-obscena de *Bandiera rossa*, y acabábamos jugando en los pueblos donde vivían nuestros abuelos, los pueblos mineros del interior de Maremma. El problema era que allá arriba, en las colinas, había más rivalidad. En cuanto llegábamos la emprendían a escupitajos con nosotros, y nuestros padres se enzarzaban con los padres de los críos del equipo contrario, con los que estaban emparentados. Mi madre no se explicaba por qué mi padre llevaba siempre paraguas, aunque hiciese sol, para ir a los partidos.

Los entrenadores eran unos zafios sexistas. El mensaje clásico de

motivación antes de los encuentros era: «Chavales, el que la tenga más grande se la tira». Una admisión de la inutilidad de cualquier tipo de preparación técnica. Si te lesionabas y pedías el cambio, el míster te decía: «Hazte una paja y se te pasa». El viejito «australiano» era el único agradable y humano, y se escudaba en su edad y en la arterioesclerosis cuando lo sorprendían haciendo pequeñas trampas, como meter en el terreno de juego un duodécimo jugador, pequeño, que sacaba del banquillo cuando el árbitro estaba de espaldas.

Cada campo tenía su conserje, que era el que nos daba los balones y el que nos preparaba té después del partido. El té estaba tan bueno que era motivo suficiente para ir a los entrenamientos. La otra razón eran las revistas porno que el conserje guardaba en su local, bajo los ejemplares de *Guerin Sportivo*, pero cuando empezamos a dar muestras de estar desfondados y perdimos tres encuentros seguidos se las quitaron. Tengo la impresión de que el conserje estaba al tanto del hurto de las revistas e informaba a los padres de los respectivos jugadores para confortarles acerca de la normalidad de las pulsiones que tenían sus hijos.

En cuanto a los vestuarios, eran cloacas inmundas que siempre apestaban a orina. Había unos lavabos en los que tragábamos litros de agua como caballos en un abrevadero y unos retretes a la turca constantemente sucios. Los bancos de madera no alcanzaban para todos, mientras que en las duchas siempre había algún imbécil que te meaba encima. No faltaban los actos de exhibicionismo; había un chaval tan orgulloso de su vello púbico, algo de lo que carecían sus coetáneos, que no dejó de exhibirse hasta que un alma caritativa le dio a entender que los pelos hacían que no se le viera el pito.

Pero vayamos a mis tres goles. Dos de ellos los marqué en un solo partido. Un doblete contra el Venturina. Yo era espigado y tenía un míster progresista que me dejaba subir al área contraria para los saques de esquina. El lanzamiento del córner vino a parar a mí, levanté un pie y golpeé el balón, que se coló en la portería con un efecto extraño. Diez minutos más tarde, en otro saque de esquina, salté, cerré los ojos, noté que el balón me «hacía la masa», como se dice en Livorno (es decir, me peinaba el cuero cabelludo), y vi que todos a mi alrededor levantaban los brazos. Dos goles absurdos en los que yo no había tenido responsabilidad alguna. Mi padre estaba trabajando y lamentó mucho no haber podido estar en la grada, aunque el fin de semana siguiente, en el bar deportivo, las malas lenguas describieron mis goles en términos despectivos, con el consiguiente conato

de pelea para defender el orgullo filial. Logré otros goles en encuentros menos importantes, en partidos amistosos. Una vez fue de falta; otra, de penalti. Renato me tranquilizó, antes de lanzarlo, diciéndome a gritos desde la grada que si lo fallaba entraría él en el campo para darme de patadas. Lo metí, no hace falta decirlo.

El tercer gol importante lo marqué años después, siendo ya adolescente, en un torneo veraniego de fútbol sala, el más seguido en aquellos tiempos —a mediados de los años ochenta— en la Alta Maremma: el torneo de Gavorrano, donde se encuentra la mina de pirita más grande de Europa (motivo de gloria y alarde local, aunque ya ha dejado de ser explotada). Era el torneo de las fábricas; la acería de Piombino, Tioxide y Solmine de Scarlino, además de las últimas minas que permanecían abiertas y algunas canteras y talleres menores, organizaban este torneo con los hijos de los obreros. Los entrenadores eran desempleados que ganaban un dinerillo como técnicos de fútbol. Había un torneo de categoría infantil, de diez a catorce años, donde jugaba yo, y el de categoría absoluta, donde jugaban los obreros jóvenes. Yo formaba parte del equipo de Tioxide. Éramos la flor y nata del fútbol de categorías inferiores del Follonica y machacamos a todos los rivales. En futbito me dejaban jugar en una posición más adelantada. Y a pesar de que era menor que los demás jugadores, presionaba. Ganamos todos los partidos sin apuros, salvo la final, que acabó con el resultado de cero a cero. Hubo prórroga y llegamos a la tanda de penaltis, que no era fácil, porque había que lanzarlos a puerta vacía pero en una portería pequeña, de *hockey*, desde el centro del campo. Fueron fallándolos uno tras otro, tanto mis compañeros como los rivales. El último penalti debía tirarlo yo. Mi madre, que estaba al borde de la cancha con Renato, me asegura que él había apostado a que la metería entre los tres palos. Lancé un pelotazo sin ni siquiera mirar a la portería. El balón fue directo como una flecha al fondo de la red. Me alzaron en hombros, la copa de las fábricas estaba en mis manos. Inmediatamente después de la ducha nos emparejamos con las muchachas de Bagno di Gavorrano. A mí las otras chicas me emparejaron con una tipa delgada con la que había cruzado unas palabras comiendo juntos, ella un helado y yo un bocadillo de chorizo asado. La llamaban *Bombilla* porque era la hija del electricista. Desde el mismo momento en que nos emparejaron nos evitamos cuidadosamente.

Volví a jugar al fútbol en el campo de asfalto, donde ya tenía una reputación y nadie me acosaba. Iba con mi padre a ver los partidos del campeonato livornés de primera categoría y actuaba como recogepelotas

cuando el Follonica jugaba en casa. Me gustaba escuchar lo que se decía en el banquillo. El entrenador del Follonica a menudo se quedaba dormido. Luego, de repente, despertaba, soltaba un juramento triunfal y hacía algún comentario, únicamente para que lo oyese el público que estaba siguiendo el encuentro. La tenía tomada con un jugador calvo. Era el único que marcaba goles, el mítico Dea, una de mis leyendas juveniles junto al argentino Ganem, el histórico diez maradoniano del Follonica. Dea era uno de los que se rompía el culo trabajando en la fábrica y jugaba con garra, a pesar de lo cual el míster siempre le decía: «¡Eres un zote!». El entrenador era otro personaje duro de roer que Renato idolatraba porque era paisano suyo, no ya de Livorno, sino del mismo Solvay, y en la década de los setenta había jugado en Primera División con el Verona, y mi tío aún guardaba en un cajón su cromo del álbum de Panini. En una ocasión, tras quedarse dormido en el banquillo, se despertó de golpe y para hacer creer que estaba siguiendo el partido empezó a maldecir. «¡Me cago en la hostia, calvo, eres un zote!», exclamó. El calvo estaba en el banquillo, junto a él. Respondió: «Míster, pero si hoy no estoy jugando». «Me da igual, eres un zote de todas formas. Hazte una paja», replicó el entrenador antes de volver a dormirse mansamente.

Pasan los años y naufragan los propósitos vocacionales de mi padre: nunca llegaré a ser futbolista profesional y no voy a poder mantenerlo económicamente. Habrá de seguir rompiéndose el culo en el tajo. A lo sumo, yo podría jugar en categoría de aficionados en mi tiempo libre entre turno y turno de trabajo en la fábrica. Pero mi madre tenía otros planes para mí y logró desviarme del instituto técnico minero o del Ipsia, la formación profesional para la industria, y mandarme a un instituto de bachillerato. Allí nadie te pegaba, pero los bachilleres jugaban al balón para entretenerse, no para sobrevivir. Obviamente no había mucho nivel de juego. Yo era mejor que la mayor parte de los chicos, incluso mejor que los que eran mayores. En poco tiempo me convertí en goleador, pero los goles del instituto eran goles fáciles, sin asfalto, sin pirita, sin escupitajos ni padres con paraguas. Se jugaba contra cualquiera, o contra gente que los deportes que practicaba eran la vela, el esquí o la equitación. Goles que no valían, en comparación con los verdaderos, los del fútbol de las Colinas Metalíferas y de la antigua Ilva. En el torneo escolar marcaba de cualquier modo, cogía el balón y lo mandaba a la red. Pero no era feliz, sabía que jugaba únicamente para causar buena impresión a los demás.

A decir verdad, ya estaba hasta las narices del fútbol. Me hallaba en

plena adolescencia, leía libros, tenía ideas y no soportaba el ambiente de cuartel estalinista que imperaba en las categorías inferiores. Me saltaba los entrenamientos para salir con mis amigas. Al final dejaron de convocarme. Más tarde probé a jugar un par de veces en la Unione Italiana Sport per Tutti, la UISP, donde había gente mayor que yo, con menos aguante pero rematadamente bastos. Allí se jugaba en serio. Era el fútbol de los campesinos, que en Maremma formaban una fuerza hegemónica sindicalizada en la Coldiretti. De nuevo en las Colinas Metalíferas, con un público de cazadores furtivos que los domingos por la tarde, de regreso de la caza del jabalí, aparcan sus motocarros y sus todoterrenos detrás de la puerta para disfrutar del partido. Acostumbrado al juego limpio del futbito del instituto, me lo tomé muy mal al ver cómo un compañero de equipo se disponía a tirar un penalti mientras un grupo de cazadores con ropa mimetizada, seguidores del equipo local que estaban apostados tras la red, le apuntaban con las escopetas cargadas. Lógicamente lanzó el balón fuera.

Esa fue la última vez que me lo pasé bien con una pelota. Al final me acabé cansando de todo: leía un libro detrás de otro mientras piraba clase sistemáticamente, y ya no pensaba en el fútbol. Hasta que se mató Guido. Guido era uno de los llamados «dirigentes» del club polideportivo. Eran voluntarios que echaban una mano y lo único que «dirigían» en realidad eran las furgonetas que nos llevaban en los desplazamientos por los pueblos del interior de Maremma. Hacían que funcionase la estructura futbolística, picaban las entradas en los partidos, sostenían el banderín de juez de línea en los encuentros de categorías inferiores y a veces, cuando se acordaban, incluso lo levantaban. Todos conocían a Guido en el mundillo del fútbol en Follonica, y mi padre lo consideraba también un buen amigo, aparte de un técnico muy competente de SIP, la antigua compañía telefónica. Decían que Guido era un *buco*, un homosexual. Yo no entendía bien a qué se referían. Guido siempre estaba en los vestuarios, hablaba única y exclusivamente de sexo —como todos—. Nos gastaba bromas estúpidas, como echarnos en el pito el espray que se usaba para las lesiones. Bromas de cuartel y de vestuario que se daban en todas partes. Jamás molestó a un niño. Además, ¿qué carajo significaba eso de «pedófilo»? Guido era un amigo cordial, no se había casado, o tal vez estaba divorciado, y los domingos por la tarde, si no había partido, lo encontrábamos en el cine; picaba las entradas también allí, aunque a nosotros nos dejaba entrar gratis. Comparado con los adultos con los que nos relacionábamos de niños, Guido era menos maleducado que los entrenadores que nos decían «Hazte una paja» o «El que la tenga más

grande se la tira».

Un día, muchos años más tarde, cuando yo ya iba a la universidad y había dejado de pensar por completo en el fútbol de Follonica, abrí el periódico y descubrí que un niño de las categorías inferiores decía que Guido lo había acosado. El caso había sido denunciado unas semanas antes, pero cuando saltó a la prensa Guido no pudo soportarlo y se tiró por la ventana, muriendo en el acto. Hablé con Renato; no tenía palabras, él tampoco se lo creía. Solía hacer los habituales chistes zafios sobre homosexuales, típicos de los obreros de su generación, aunque siempre había pensado, como adulto criado en los libertarios años setenta, que cada cual puede hacer con su culo lo que le parezca. Pero ejercer violencia sobre un niño no era algo de este planeta. Se limitó a decir, mientras negaba con la cabeza: «Qué mierda de mundo». Ahora, después de tanto tiempo, todos dicen que Guido no había hecho nada. Que los niños pueden actuar con maldad y que a menudo se impresionan con todas esas historias sobre monstruos y sobre pedófilos que ven en televisión. Que aquel niño que lo denunció no era víctima de Guido, sino de las burlas de otros niños, porque como él vivía lejos y era el último al que acompañaba a casa, sus amigos le decían que Guido lo estaba intentando con él. Y entonces, para poner fin a las burlas, pensó en informar a sus padres sobre esos rumores. Ya es demasiado tarde para Guido, al que todos conocíamos por el apodo de Pepe (Pimienta). Cuando el míster zafio del primer equipo quería que sus chicos corrieran más les gritaba: «¡Me cago en la hostia, como no corráis os pongo pimienta en el culo!». Quedan lejos los días en los que íbamos a jugar cantando *Bandiera rossa* en una furgoneta, ya no vivimos en tiempos en los que una persona podía hablar tranquilamente de sexo con los niños sin que acarreara una denuncia. Ahora, si no eres licenciado en Ciencias de la Educación y te atreves a dirigirle la palabra a un niño que no es tu hijo, te arriesgas a que te detengan. Así pues, pensando en todas estas cosas, mis tres goles en aquellas canchas frente a las canteras y sobre las minas se los dedico justamente a Guido, y que se joda el mundo.

El fútbol ha hecho que me fuera demasiado lejos en el relato. Nuestra historia se detiene en el año clave del Mundial de España 1982. Pasa la resaca deportiva y continúa el trabajo de Renato en Monte Amiata. Pero incluso ese proyecto, aparentemente ecológico —flores, geotermia y sol—, en realidad está marcado por la sombra de la nocividad industrial; el nivel de mercurio en la zona circundante de los invernaderos construidos por Renato es significativamente más alto que en el pasado. Las prospecciones

mineras y los nuevos géiseres de bórax abiertos para el desarrollo del proyecto han liberado no solo el calor de la tierra, sino también mercurio, radio y arsénico. De nuevo nocividad, de nuevo enfermedades y tumores, emisiones que afectan a los pulmones y a la atmósfera, agravando el efecto invernadero. La correlación entre mercurio y sulfuro de hidrógeno —responsable de la mala calidad del aire en algunas áreas de Toscana, al que confiere ese olor característico a huevo podrido, como en la zona de Monterotondo, Marittimo, Pomarance, Larderello y Travale, en las Colinas Metalíferas y en algunas zonas geotérmicas de Amiata— genera riesgo de mortalidad elevada por cáncer de pulmón.

Pero esto Renato no lo sabe. Una vez concluida la obra de Amiata, nosotros bajamos al valle y él vuelve al norte para trabajar. Solo que ahora la crisis ya se hace sentir. O, si no es la crisis, es la reestructuración del capital. El trabajo comienza a escasear. Tiene una experiencia en carpintería de hierro fuera del ámbito industrial, en un proyecto civil: la cubrición en metal de la estación de autobuses y del aparcamiento de varias plantas en Voghera. Luego Gargano lo envía a reparar los silos de una gran empresa productora de pastillas de caldo. Una intervención diferente, esta vez en unas instalaciones de producción de un alimento industrial. Tras aquel trabajo desaparecieron del frigorífico de casa las pastillas de caldo; le bastaba con ver la publicidad de la marca para que le entraran náuseas por toda la mierda que había encontrado en el fondo de los silos.

No le entraban náuseas, en cambio, al volver a Follonica los viernes de noche. Nuestra casa estaba cerca de la línea férrea. Pasaba el tren y mi madre echaba en la olla tal cantidad de pasta que para revolverla hacía falta una hormigonera. Al cabo de un rato llegaba él, hambriento como un lobo. Mi hermana y yo corríamos a su encuentro. Siempre traía algo: un regalo, un *souvenir*, un queso o embutido. Y aparte alguna herramienta que había comprado para el trabajo. Una noche vino a cenar con una escofina. Una escofina de herrero, con dientes gruesos. La sacó de la bolsa y la puso sobre la mesa, mientras mi solícita madre le volcaba en el plato la pasta. La he conservado como una reliquia. Al margen de su función en el arte del hierro, fue usada únicamente para limar las pezuñas de una yegua, hace ya muchos años. Es una escofina estupenda; el mango de madera es liso y los dientes del acero en el que fue templada no conocen aún el óxido. Su tamaño hace que se asemeje a una espada, o a una daga. Pero qué tristeza verla aparcada en el taller, sin que sus dientes rasquen la corteza de metal. Para la escofina de mi padre valen las palabras de Borges: *A veces me da*

lástima. Tanta dureza, tanta fe, tan impasible o inocente soberbia, y los años pasan, inútiles. Allí está, hoy, en el silencio del taller. Lo he reorganizado, el taller de Renato. No todo, porque muchas cosas siguen en el desván, en sus cajas. Pero a la ferretería no tengo que ir casi nunca: había enormes reservas de tuercas y tornillos, pernos, tornillos abombados, galvanizados, dorados, tacos mariposa, de ala, de roseta… Y además compases y escuadras para encontrar los ángulos justos. Tenía una morsa que me llamó la atención desde niño. Mi juego favorito era hacer girar la manivela, llevarla hasta el último giro para luego invertir la rotación y apretar sus mandíbulas sobre un trozo de madera hasta el punto de hacer que se quedara derecho. Hacía que fuera adelante y atrás hasta que apartaron la morsa de mi vista por miedo a que me pillara un dedo. Después, un buen día, al cabo de muchos años, mi padre la atornilló en el banco de trabajo del pequeño taller que había montado en el cobertizo que teníamos en el campo. La morsa empezó a prestar servicio para toda una serie de cosas: Renato con una varilla nos hizo un gancho, como los garfios de pirata, para recoger los fardos de alfalfa. A decir verdad, en mi opinión Renato era de los que golpeaba sin contemplaciones y no tenía la finura del manitas que monta la máquina combinada de carpintería en el garaje para quitar el barnizado y pulir las maseras. Era un carpintero industrial, golpeaba fuerte y las cosas no se movían nunca una vez que las había encajado. Y luego no sé, él a viva voz me contaba cosas de ciencia ficción, decía incluso que los ingenieros testaban sus soldaduras con rayos X y que eran perfectas, resistían siempre. Yo puedo evaluar su labor por los trabajillos que hacía en casa, pero aquí habría que tener en consideración algo: en el *ethos* del obrero de aquellos años, especialmente en ciertas subculturas de Livorno y Maremma, resultaba problemático que un hombre se prestara a hacer trabajillos en casa, sobre todo si era su mujer la que lo inducía a hacerlos. El simple hecho de cambiar una bombilla podía causar espantosas calamidades, incluso futbolísticas. Renato acumuló material durante años pero, aparte de su bolsa mínima de herramientas, antes de jubilarse no tenía un taller digno de tal nombre, porque el taller era para los demás, para los que hacían cosillas en su tiempo libre, para un tipo que trabajaba en un banco o que vendía seguros y quería demostrarse a sí mismo que aún era bueno en algo, por lo que terminaba comprando en el quiosco los fascículos semanales de bricolaje, y cuando instalaba una lámpara de techo quedaba bien con su mujer, que lo veía como un manitas. Renato nada, no había forma de conseguir que hiciera nada. Ante cualquier

cosa, ante cualquier problema de mantenimiento él, desganado, le decía a mi madre: «Habla con Dario» (electricidad), «Habla con Ilo» (fontanería) o «Habla con Azelio» (albañilería). En definitiva, había que dirigirse a los del ramo específico que trabajaban por dinero o a los que se dedicaban a hacer un poco de todo en sus ratos libres, los amigos de la calle, a los que no teníamos que pagar, aunque a cambio les dábamos aceite y vino que producíamos en nuestras tierras. Pero nunca recurrir a profesionales o a los que, como él, trabajaban en instalaciones industriales y el domingo querían descansar, merecidamente, montando escándalo frente al bar deportivo o bajo las cuatro encinas donde se reunían los aficionados del fútbol y del *hockey* local. También porque entonces la actitud masculina básica llevaba la impronta de un soberano pasotismo, algo a mitad de camino entre el «todo bueno» de Maremma y el «de todas formas, no me importa un carajo» de Livorno. Lo gracioso es que si los trabajillos había que hacerlos fuera de casa entonces la cosa cambiaba. Mi padre se convirtió en un ducho fontanero cuando mi tío de Livorno se compró una casa de veraneo. Sin embargo, aquella casa era como la tela de Penélope y lo que hacían de día lo deshacían de noche, entre pescado asado y vino rosado. Luego, el domingo de tarde, tocaba el regreso a la sobriedad con la radio del coche a tope para seguir los partidos, mientras mi madre preparaba la bolsa con los monos limpios y las mudas. Afeitado, loción Denim Musk y el tren nocturno con destino al norte, para volver a presentarse el lunes en el tajo.

Ahora, sin embargo, Gargano está enviando cada vez más trabajadores al paro. Le ocurre a él también, primero son periodos breves, después periodos más largos. En casa se respira un ambiente pesado. 1984: primero doce semanas en paro, después seis, luego otras trece. Un récord para alguien que había empezado a dar señales de vida en el Istituto Nazionale Previdenza Sociale en 1959; nació en 1945, tenía apenas catorce años cuando comenzó a trabajar. Con los cuatro cuartos del subsidio de desempleo es difícil llegar a final de mes. Ese año por Navidad ni siquiera encuentro regalo bajo el árbol.

No es que para él tuvieran importancia las fiestas religiosas. Renato no podía ver a los curas. No los soportaba. En mi adolescencia solo se cabreó conmigo cuando me vio entrar una vez en misa. Creo que no los soportaba desde la infancia, cosa por otro lado muy común en Toscana, donde hay un fuerte anticlericalismo. Sus padres llegaron a proponerle, con trece años, que entrara en el seminario, que en aquellos tiempos no era un modo de pasar a formar parte del clero, sino de estudiar y sacar el título de

bachillerato. Te daban los libros y un plato de sopa. Él aguantó tres días, durante los cuales, entre otras cosas, volcó en el carro del cura, que estando borracho lanzó el caballo al galope en una curva («el curilla» se ponía a cantar en misa y tenía un aliento que parecía haber chupado una cagada). Decidió olvidarse de ello y pronto dejó de estudiar. Y sin embargo tenía en la familia un cura, hacia el cual albergaba sentimientos encontrados. Era un primo suyo lejano, párroco en un pequeño pueblo de las Colinas Metalíferas. Maremma para un cura es un castigo, lo mismo que para un militar ser destinado a Cerdeña: estás bien jodido. A la iglesia no va nadie, solo algunas raras mujeres piadosas y los turistas en verano. Ese cura llegó a la conclusión de que si el Evangelio no tenía tirón lo tendría la Juventus. Fundó un club de la Juventus, después se hizo cargo del bar del pueblo y lo empapeló con pósteres. En clase de religión, en el colegio, en lugar de imágenes de santos regalaba cromos, pero solamente de jugadores de la Juve. En lugar del padrenuestro, pedía que recitaran de memoria la alineación del equipo turinés (Zoff, Gentile, Cabrini, Furino, Brio, Scirea…) y además organizaba peregrinaciones, como cuando en 1983 se llevó a unas cuantas personas en autocar hasta Atenas para ver perder a la Juventus por uno a cero contra el Hamburgo en la final de la Copa de Europa. Mi padre agradecía que hablara de fútbol en lugar de hablar de religión, pero no tanto que fuera de la Juventus, dado que él era un acérrimo milanista.

Más extremo que ese tío cura era el párroco de Follonica, el histórico, que se estableció en la parroquia en la posguerra y permaneció hasta los años de mi infancia. Era un energúmeno con un vigor hercúleo. Solo fui una vez a escucharlo decir misa, el primer día de colegio en primero de primaria, obligado por la maestra. Aparte de mi clase, había solo dos viejas y una señora con un niño que no dejaba de llorar. En cierto momento, el cura, viejo pero de buena apariencia, interrumpió la misa (de todas formas no se le entendía un carajo, mascullaba apresuradamente) y se dirigió a la madre diciéndole: «Señora, si el niño llora métale un calcetín en la boca». Luego siguió otros cinco minutos con su ininteligible runruneo, intercalando algún que otro amén antes de despacharnos con un sonoro y liberador «Podéis ir en paz» que tenía toda la pinta de un «Idos a tomar por culo». Sin embargo, en los buenos tiempos, cuando era joven, solía terminar la función diciendo: «La misa se ha acabado… Podéis ir a comer los *tortelli* que vuestras madres os han preparado. Yo aún estoy libre, no tengo ningún compromiso, por si alguien quisiera invitarme… Mirad a ver». Mi abuela me contaba que cuando pasaba por las casas para bendecirlas había que

esconder todo lo que tuviera alcohol, porque hacía saqueo. Los curas y los pollos nunca se sacian, ya se sabe. Yo lo veía desde lejos, imponente y negro, con hombros de peón caminero, con los monaguillos cargando con su botín de huevos (y cuidado con que no se les rompiera ni uno, porque si eso ocurría los tumbaba a castañazos), mientras iba calle arriba reclamando el soborno a cambio de un poco de agua bendita. Por cierto, en esa calle vivía una atractiva viuda, y en ese caso al parecer se le ablandaba el corazón y les daba una lira a los monaguillos para que fueran a la tienda a comprar caramelos, para librarse de ellos. Luego, finalmente, llegaba a nuestra casa, cogía el vino y los huevos, y bendecía. Reaparecía por Navidad, cuando entregaba el premio al mejor belén. Lo sorprendente es que proclamaba ganador al albañil estalinista que vivía en la esquina. Mi abuela se preguntaba: «¿Pero cómo es que gana siempre el albañil, que es comunista?». Ella se llevaba bien con el albañil, de modo que acabó preguntándoselo a él directamente. Este le contestó: «Ni belén de Egipto ni nada… El cura viene a mi casa a beberse mi vino, Maremma burra, porque por lo visto es el mejor del vecindario. Le importa un carajo el belén». El cura ni siquiera debía de ser mala persona, teniendo en cuenta que colaboró con los partisanos. Ni los nazis lograron echarlo, y eso que lo intentaron. Los fascistas, de hecho, lo querían muerto (algunos rumoreaban que por asuntos relacionados con mujeres), pero un teutón que debía matarlo cambió de opinión y lo liberó, con lo cual pudo seguir comiendo *tortelli*, exigiendo vino y huevos y asustando a las mujeres, hasta que el Altísimo lo llamó con él, para alivio de los maridos cornudos. En resumidas cuentas, en Maremma en aquellos tiempos había curas así, que se veían obligados a sobrevivir en territorio enemigo. Pero a ojos de Renato seguían siendo gente que no trabajaba, lo cual, para su mentalidad, era poco menos que un crimen.

Esa era otra razón por la que no le gustaba vivir del subsidio de desempleo. En un momento dado pensó en aceptar un trabajo en el extranjero. Se pagaba muy bien ir a trabajar seis meses a una plataforma petrolífera, aunque corrías el riesgo de volverte loco por el aburrimiento y la soledad en el mar del Norte. Sonaba más intrigante, a decir de otros obreros que ya habían estado allí, la posibilidad de trabajar en la construcción de un gaseoducto en la Unión Soviética. Un compañero suyo contaba, emocionado, un suceso del que le había informado otro obrero: en una ocasión volcó en la estepa un camión cargado de alcohol etílico y el olor atrajo a los campesinos borrachines en un radio de varios kilómetros de

distancia. ¡Una historia conmovedora! Con eso y con las anécdotas sobre las rubias compañeras ucranianas se zanjó cualquier posible discusión: tenían que ir allí. Renato se apresuró a ir a una librería, un hecho más bien inusual, para comprarse un pequeño diccionario de bolsillo
italiano-ruso,
que al ser descubierto por mi madre dio lugar a un incidente diplomático intrafamiliar que hizo que se esfumaran las posibilidades de una estancia en la tierra de los sóviets. Unos años más tarde Renato conseguirá pasar al otro lado del Telón de Acero para viajar a Hungría acompañando a mi hermana en un hermanamiento de coros promovido por los ayuntamientos de Follonica y Pécs. Lo que más le sorprendió fue la capacidad que tenían las mujeres del lugar para beber una gran cantidad de grapa (o tal vez vodka) entre baile y baile.

Para salir de la bruma del paro técnico y del eventual despido al que aspira Gargano (declarándose en quiebra o tal vez en proceso de reestructuración mediante un cambio de razón social), Renato acepta una opción profesional que acabará convirtiéndose en un modelo en los años sucesivos: trabajar por su cuenta, hacerse autónomo para seguir ejerciendo en realidad el mismo trabajo, en las mismas fábricas. Se acoge a eso por un periodo de varios años, desde 1985 a 1990. Nominalmente, en bruto, gana más, pero el pago de impuestos y cotizaciones le come una parte de los ingresos. Al final el único que sale ganando es el patrón que, probablemente, tras haber liquidado la vieja empresa, habrá contratado obreros con contratos flexibles; es decir, precarios, o con una protección sindical reducida. De hecho, Renato conoce, por un periodo de pocos años —por suerte—, el azote que posteriormente golpeará a toda una generación, la mía: el sistema de los falsos autónomos para enmascarar un contrato de trabajo subordinado. El libro de facturas del artesano Renato Prunetti (para ser preciso, de la *Sociedad Prunetti Renato, construcción e instalación de plantas industriales*, con sede en mi casa, en Follonica) se estrena con la empresa con la que estaba trabajando antes de irse al paro, Gargano, y se cierra con trabajos en la factoría en la que posteriormente volverá a trabajar como contratado, cuando decida darse de baja como autónomo. Las primeras facturas corresponden a la planta Radici Chimica, de Novara, por cuenta de Gargano. Pasa después a trabajar para Sitiom en Abbiategrasso (en Nuovo Pignone, de Massa Carrara), de nuevo con Gargano para una instalación en la planta Fa Petroli, y de nuevo para Gargano puliendo e instalando tuberías y el revestimiento de un búnker. Luego un trabajo para

Termat, en la acería Magona de Piombino (construcción de sistemas oleodinámicos y neumáticos a bordo de máquina), seguidamente para Tecnimont, de Bibbiena, en la planta de Busalla, lugar en el que se queda trabajando finalmente para Crosa (en la refinería IPLOM), de nuevo como experimentado tubero, aunque esta vez contratado como trabajador asalariado.

Trabajar como autónomo no fue un buen negocio, a pesar del gratificante título de «artesano». Para Renato supuso un ensayo general de precariado: seguir trabajando como subordinado sin los beneficios de estar contratado, asumiendo él el pago de las cotizaciones, bajas por enfermedad, indemnizaciones, con mayor riesgo —estadísticamente— de verse expuesto a accidentes. Al echar cuentas, Renato se da cuenta de que sale perdiendo y de que aún está a tiempo de encontrar un empleo como soldador tubero a tiempo completo.

Crosa es una compañía que se dedica al montaje, mantenimiento y construcción de instalaciones industriales. Genera infraestructuras para las industrias químicas, petroquímicas, siderúrgicas, de energía… De manera más general, opera en el campo de la carpintería metálica. Monta instalaciones industriales y navales, se encarga de la colocación de tuberías y se dedica además al mantenimiento de refinerías y centrales térmicas. En los años noventa, Crosa obtiene un contrato en la refinería IPLOM de Busalla y precisamente a esa planta es transferido Renato con categoría de «empleado de soldadura, montaje y mantenimiento de instalaciones industriales». Trabajará en Busalla del 2 de julio de 1990 al 30 de setiembre de 1997.

Busalla es un pequeño pueblo en un valle de los Apeninos de Liguria. Una corona de casitas rodeadas por el verde de los bosques, cortados por la autopista que sube desde Génova a Milán. Viven en él aproximadamente seis mil quinientas personas. Pero no parece un pueblo, sobre todo si pasas por allí en tren o por la autopista Milán-Génova de noche, cuando decenas de millares de tubos de neón crean una inquietante alucinación: un dragón hecho de tubos y accesorios que resopla, una maraña de tanques, chimeneas y torretas, kilómetros de tuberías que sumergen Busalla y ocupan el angosto valle de Scrivia. La refinería está dentro del valle, dentro de la ciudad, y la población vive prisionera del dragón. A pocas decenas de metros de las viviendas de la gente de Busalla se procesa gasóleo, betún y aceites combustibles, y se lleva a cabo químicamente la desulfuración del hidrógeno.

Si encima una chispa alcanza un tanque de gasóleo y la planta se incendia, parece que se derrite hasta el asfalto de las calles de Busalla. Pero ellos, los habitantes, se ven obligados a vivir con el dragón, como los de Taranto, como los de Piombino; están apresados por el mordisco de la fábrica, ya sea física o psicológicamente, porque la planta chantajea con el pan y reclama el derecho a contaminar. Los sindicatos del lugar no se caracterizan por ser particularmente combativos —Renato le dejó sus nóminas durante un año a un delegado sindical de Busalla para poner en marcha el procedimiento previsto por el INPS de reconocimiento de los llamados «beneficios» para los trabajadores expuestos al amianto; fue a recuperarlas al cabo de un año sin que aquel tipo ni siquiera las hubiera sacado del cajón— mientras los propietarios paguen salarios un poco más altos y hagan alguna que otra inversión en materia educativa para mejorar la imagen de la empresa. Una empresa que, tras facturar millones de euros al año —a repartir entre Finoil, la suiza Energy Management y otras sociedades estadounidenses que reenvían el dinero a la francesa Société Générale—, a la gente de la zona les deja algo para sobrevivir y mucha contaminación y enfermedades, como denuncian las asociaciones locales que reclaman el traslado de la fábrica. La planta de refinado es, de hecho, notoriamente peligrosa, hasta el punto de haber sido clasificada «en riesgo de accidente relevante» por el Decreto del Presidente de la República 175/88: «Transforma y procesa, entre otras, sustancias químicas identificadas con la marca R45, que indica un elevado potencial cancerígeno sobre el hombre».

Una Taranto del norte, si acaso menos mastodóntica, con casas a doscientos metros de los muros perimetrales de depósitos llenos de crudo y un río de régimen torrencial que roza por un lado la planta. Mi madre recuerda que Renato le dijo que una noche recibió un extraño encargo: montar guardia ante el torrente por si las aguas se desbordaban y acababan invadiendo IPLOM. Una planta que de vez en cuando libera una nube negra o derrama hidrocarburos en las aguas circundantes. Una refinería que es considerada una bomba de relojería lista para explotar. Y que de vez en cuando explota. Ocurrió en 2008. Y antes aun, en 2005. Y también en 1991. Desde los años ochenta se vienen sucediendo casos de heridas y quemaduras de trabajadores, fugas oleosas, derrames de hidrocarburos en el río Scrivia, nubes gaseosas… El primero de los tres incendios más relevantes guarda relación con esta misma historia. Aquella noche de finales de agosto de 1991, cuando con una llamarada el fuego alcanzó una altura de

veinte metros, en el corazón del dragón estaba también Renato. Terror, calor, miedo a que las llamas alcanzaran el petróleo. A que todo saltase por los aires. Las sirenas que suenan, heridos… Una nube acre, posiblemente tóxica, que envuelve el valle. La gente enloquecida, fuera de la planta, que busca refugio en los bosques. Los obreros en fuga, atropellados y embestidos por los equipos de socorro, como le ocurre a un compañero de Renato, como estuvo a punto de ocurrirle a él. Darse la vuelta, esquivar un furgón desbocado. Ambulancias. Bomberos. El alcalde amenaza. Los propietarios prometen una investigación. Lavar la imagen de la empresa (instituir un par de becas de estudios para hijos de obreros). ¿Y los sindicalistas? «Les recordamos a los compañeros que criticar a la fábrica es como escupir en el plato del que comemos». («¿Y qué es este fuego? Bomberos, bomberos…», cantaba Piero Ciampi).

Y se empieza de nuevo, mientras en Busalla se vive y se enferma bajo las zarpas del dragón.

LLUVIA DE VERANO

Una serie de accidentes y la molesta actividad de contrainformación desarrollada por un comité ciudadano obligan a IPLOM a elaborar un plan de comunicación para limpiar la imagen de la planta.

La estrategia es bastante sencilla y se articula en tres pasos. Para empezar, una visita turística a la refinería IPLOM de un grupo de estudiantes de una escuela de comercio de Génova. Como guías de excepción, un consejero de relaciones externas y el responsable de seguridad.

Regreso a clase y elaboración —cito al periódico genovés *Il Secolo XIX* del 30 de abril del 2002— de «una imaginativa campaña de *marketing* y comunicación basada en eslóganes y cómics que protagoniza una joven y simpática gota de petróleo, para potenciar la imagen de la refinería IPLOM de Busalla en el territorio». A continuación, quizás en clave autorreferente, presentación del plan al presidente y al consejero delegado de la empresa, con dotación de premios. «Imaginativa» campaña de *marketing*, bien dicho, porque quienes trabajaban allí a principios de los años noventa contaban otras cosas. Claro que la historia de la «simpática» gota de petróleo, explicada a los estudiantes por los dirigentes de la empresa, hubiera sido acogida de forma muy diferente por los miembros del comité ciudadano de Busalla, que llevan años pidiendo el cierre de la refinería, o por las víctimas de las fibras de amianto. O por el propio Renato, que en su cuaderno de apuntes se queja de las pésimas condiciones de seguridad de la planta de Busalla. Porque de las observaciones de Renato se deduce que la factoría no estaba en buenas condiciones.

Y lo cuentan estas hojas que encontré dentro de una caja: varias libretas de notas y una serie de páginas sueltas, con la marca de la caligrafía de Renato. En una hoja se queja de la arrogancia del capataz, reclama más limpieza en las duchas y en los vestuarios, y al final añade: «Pedir la relación de trabajos penosos». Se queja de los problemas de seguridad en la planta. «Revisar las mangueras de incendios». Y más aún: «Todas las grúas sin

parada de final de recorrido. La
14 T,
freno de estacionamiento fuera de servicio, con el filtro roto». Denuncia además la poca utilidad del botiquín de primeros auxilios y el estado de los baños («En las duchas falta agua»), también la falta de calzado y de monos invernales. Aparte de ello, el taller está a oscuras y dentro de él llueve; Renato cita el convenio colectivo del sector del metal, según el cual la empresa debe ofrecer un lugar de trabajo seco, donde no llueva o nieve.

Hay más apuntes en la caja. Sigo ojeándolos. Notas, actas de reuniones sindicales, normas de seguridad en las plantas. Legislación en materia de protección en ambientes de trabajo penosos. Un folleto de la FIOM de Génova: «Beneficios de la Seguridad Social para los trabajadores expuestos al amianto (artículo 13 de la Ley 257/92 modificado por la Ley 271/93)». Renato ya se daba cuenta de en qué condiciones estaba trabajando. Hay también un formulario: «Se declara que las labores desarrolladas por el trabajador indicado anteriormente pudieron haber comportado/han comportado la exposición a polvo de amianto procedente de la retirada/demolición de aislamientos y del corte de juntas de amianto». Era consciente de que trabajaba en un entorno laboral peligroso, penoso, infestado de amianto, donde las normas de seguridad resultaban insuficientes o no se aplicaban en su totalidad.

El incendio de IPLOM también contribuyó a concienciar a Renato en lo relativo a la seguridad en la planta. Ya era uno de los obreros más antiguos, no tenía lejos la jubilación, en cierto modo podía exponerse más que los jóvenes recién llegados, sometidos a contratos flexibles. Se comprometió como delegado sindical. Entre sus papeles encuentro el texto de la plataforma para la renovación del convenio colectivo marco nacional de 1994. Hay un pasaje subrayado:

> «—Modalidad y plazos de sustitución de las sustancias nocivas utilizadas en la producción.
> —Impacto ambiental del asentamiento industrial.
> —Evaluación de riesgos para la salud y los accidentes, en relación con su frecuencia, gravedad y duración, para aplicar medidas adecuadas de prevención».

La nocividad del entorno laboral era un problema que estaba viviendo en su propia piel. Eso sale a relucir también en sus anotaciones, donde resumía las reuniones sindicales o preparaba los puntos que había que incluir en el

orden del día. He aquí un extracto:

> «Asamblea del 20 de febrero de 1996.
> Demandas:
> —Comportamiento del capataz.
> —El problema de la bicicleta.
> —Botas de seguridad y chubasqueros.
> —Traslados y accidentes».

Después, algunos apuntes en materia de seguridad:

> «—Comprobar todas las instalaciones de acetileno y los manómetros.
> —¿Las bicicletas son compatibles con las nuevas normas de seguridad?
> —La equipación para los soldadores.
> —¿Operar sin ayudante en las instalaciones?
> —¿En caso de lluvia?».

En un encuentro sindical anterior, llevado a cabo en Savona el 2 de diciembre de 1993, había planteado una serie de problemas que evidenciaban el deterioro de las condiciones de trabajo en los años que siguieron al retroceso de los movimientos sociales, a partir de la segunda mitad de la década de los ochenta. Escribe Renato:

1. Abusos de poder: imposición en el tema de las bicicletas, varias amenazas que han provocado trastornos psicológicos en la fábrica. Trabajar los sábados es ya una obligación. Los servicios higiénicos están en estado ruinoso. Han quitado a la persona que los limpiaba una vez por semana.
2. Traslados: yo llevo cerca de treinta y dos años trabajando como *trasfertista*, pero lo que he visto en la planta de Busalla me deja perplejo. Se ordenan traslados de la noche a la mañana. Sé que hay una regla precisa al respecto.
3. ¿Qué represalias por parte de la empresa pueden sufrir los representantes de los trabajadores y de qué forma los va a proteger el sindicato? ¿Están sujetos a posibles traslados?
4. Llevamos cuatro años pidiendo monos de invierno. Y aparte hay algunos chicos contratados con categoría de primer nivel. ¿Eso no es irregular?

5. ¿No es irregular que en una asamblea intervengan el capataz o el contable de la planta?».

Me llama la atención esa referencia a la bicicleta. Renato necesitaba una bicicleta para poder desplazarse con rapidez en el interior de la planta. La estuvo pidiendo desde 1992 a 1996, sin llegar a conseguirla. Parece ser que la bicicleta no cumplía con las normas de seguridad. Qué curioso, la bicicleta no era segura, la refinería en el corazón de una población, sí. Al final tuvo que comprársela él mismo. Este detalle de la bicicleta da pie a pensar en una especie de represalia. Santi, el padre de Renato —mi abuelo paterno, al que de niño yo confundía con Gino Bartali—, en los años cincuenta iba a trabajar en bicicleta, haciendo diez kilómetros de ida al amanecer y otros diez de vuelta, después de ocho horas de trabajo en la obra, cuesta arriba hasta Casale Marittimo. Un domingo por la mañana, aprovechando que Santi no trabajaba, Renato se apropió de la bici y se lanzó con ella cuesta abajo. Casale Marittimo tiene un casco urbano medieval, lleno de subidas y bajadas. No consiguió frenar y se estrelló contra un muro, con lo que dobló la horquilla de la bicicleta y también se hizo daño. Cuando Santi descubrió que iba a tener que hacer a pie una veintena de kilómetros diarios para ir y volver del trabajo cogió un cabreo monumental y fue a por el chiquillo, pero Renato echó a correr por las callejuelas, perseguido por su padre, cada vez más enfurecido. Finalmente, Renato se coló en una casa, pero Santi lo siguió persiguiendo incluso allí. Dentro estaban los miembros de una familia, sentados a la mesa para comer; los vieron entrar a los dos como balas, y el padre maldecía a su propia descendencia mientras añadía al dolor causado por la caída de la bicicleta el clásico «pago» en golpes. ¿Pudo haber sido por eso, por el recuerdo de la bicicleta de Santi, por lo que Renato estuvo insistiendo durante años para poder tener una bicicleta en el interior de la refinería de Busalla?

Nunca lo sabremos. Lo único cierto es que en esta historia hemos llegado ya a la década de los noventa y el capital comienza a utilizar el sistema de subcontratas y de cajas chinas para disponer de mano de obra más flexible, menos sindicalizada y, por tanto, más fácil de chantajear. Los trabajadores externos trabajan más y se les paga menos, son una mercancía que se explota con mayor facilidad, que acepta las horas extraordinarias sin rechistar. En una de sus hojas, Renato escribe: «El mismo horario para todos en la planta». Y en los muros de la IPLOM de Busalla aparece un pasquín, escrito a mano, que dice: «Los trabajadores de las empresas auxiliares están obligados a respetar el horario acordado en la asamblea

celebrada el 23 de mayo, en la cual se decidió suspender las horas extraordinarias y convocar una huelga de cuatro horas entre las 13 y las 17 horas del 24 de mayo. El delegado sindical de la planta, Renato Prunetti».

Mientras Renato participaba en la representación sindical de base, yo me preparaba para abandonar el instituto. En la víspera del examen de madurez, la previa al ingreso en la universidad, me dije a mí mismo, a modo de estímulo: «Ahora te van a tomar una muestra», casi como si fueras una sandía de la que hay que valorar si está madura. Tuve bastante potra y saqué la puntuación máxima. Aquel año, en todo el instituto hubo solo tres casos con una calificación de sesenta sobre sesenta. Hay que decir que las otras dos notas máximas fueron merecidas, pero mi sesenta fue un acto de rapiña de pirata, fruto de una tremenda carambola y de una desenfrenada veleidad cultural; impresioné al tribunal y funcionó. Lo comento únicamente porque la cosa guarda relación con el rol de la fábrica en el entorno en el que me crie. La planta industrial de Tioxide ponía a disposición de los alumnos prometedores unas becas de estudio. Aquel año, una vez revisados los expedientes, establecieron para los estudiantes que habían conseguido la puntuación máxima dos becas de un millón y medio de liras y una de solo quinientas mil. Para dejar claro en qué medida la fábrica era parte integral de la vida del lugar, de las tres notas máximas de sesenta una la logró la hija de un dirigente de la factoría (creo que era un ingeniero) y otra fue para la hija de otro directivo relevante (tal vez de administración, ahora no lo recuerdo). Luego estaba yo, el hijo de un obrero que en aquella planta había amasado el titanio con su sudor. Obviamente, la beca más pequeña, la de quinientas mil liras, me la dieron a mí. No me quejé, a caballo regalado no se le mira el diente; aunque esperaba más gratitud por parte de una industria a la que había hecho ganar unos años antes el torneo de fútbol sala de Gavorrano con un lanzamiento de penalti impecable. Me di cuenta de que, desde ese día, iba a ser siempre «el primero de los excluidos entre los idóneos», una fórmula con la que me he topado cada vez que he intentado buscar un trabajo menos precario. La buena noticia es que por lo menos con aquella nota máxima tenía derecho a la exención del pago de la matrícula universitaria. Para que conste, podría haber hecho un viaje en Interraíl y descubrir algún lugar más allá de las provincias de Grosseto y Livorno, de las que nunca había salido en mis años de adolescencia, con la excepción de alguna que otra excursión escolar. Sin embargo, todo el dinero de la beca de Tioxide lo fundí en cervezas, evidenciando así lo que Cesare Lombroso definió como «el pernicioso atavismo de las clases populares». ¿No

entiendes que si la patronal nos quita el dinero lo hace por nuestro bien, para evitar que nos destrocemos el hígado bebiendo cerveza?

Comienzos de la década de los noventa. Renato tiene un hijo en la universidad. Ya casi está hecho, piensa. Estudiar será una manera de no acabar en una fábrica. En los años ochenta, los hijos de los obreros pueden acceder a la universidad, que aún tiene un sistema de becas: por el baremo de ingresos familiares, yo no pago matrícula universitaria, tengo comedor gratis y la estancia en una residencia de estudiantes. Quienes, provenientes de las clases populares, se hayan licenciado en los años setenta pueden todavía tomar el camino de la enseñanza o de las profesiones liberales. Pero a partir de la década de los noventa la sociedad se enroca, las oportunidades se reducen, los ricos acceden a los puestos clave de la sociedad a través de carísimos másteres universitarios que se imparten en el extranjero. Los hijos de los obreros, por el contrario, deben sacar la carrera universitaria deprisa y corriendo, evitando suspender curso, sin participar en los costosos programas de intercambio con otras universidades europeas. La sociedad abierta sencillamente no existe y los trabajos del sector cultural serán los primeros en verse sometidos a la precariedad y al recorte de las garantías sindicales. «¿Por qué no me habré hecho fontanero?» es el mantra que he repetido, preguntándomelo a mí mismo, en numerosas ocasiones.

Ir a la universidad: un rito de iniciación que puedo ilustrar con una anécdota estrambótica. A Renato le provocaba embarazo estar fuera de su ambiente. Antes del comienzo de las clases universitarias me acompañó a Siena para buscar una habitación de alquiler. Siena para nosotros era una ciudad lujosa y allí nos sentíamos incómodos. Entrábamos en las agencias inmobiliarias y él, entre el aire acondicionado, las vigas a la vista y las oficinistas vestidas elegantemente, poco menos que empezaba a tartamudear. Una vez empezó una conversación: «Buscamos una habitación para este…», y me dio un manotazo en el hombro, «para este…», otro manotazo en el hombro, «para este…», mientras miraba desconcertado la falda de la agente inmobiliaria, «¡para este chico!». Y soltó de golpe un «Maremma asquerosa» junto con el mazo de hierro que se abatió sobre mi hombro, ya dislocado. Convencidos de que la ciudad era nuestra enemiga, regresamos a Maremma y volvimos a respirar solo después de parar en el bar de Frosini, donde el tiempo y los precios seguían siendo los de la posguerra. Dos enormes rebanadas de pan con *buristo* bastaron para consolarnos tras los insulsos emparedados sieneses y nos dio tiempo a escuchar una conversación paradójica. Un grupo de florentinos se acercó a

la caja para pagar cuatro bocadillos, ocho vasos de vino y cuatro chupitos de grapa. *Papero*, el viejo a cargo del bar, les dijo: «Cinco mil liras». «¿Cómo que cinco mil liras?», replicaron los florentinos, asombrados por un precio tan bajo. «¡Maremma perra, si les parece demasiado lo dejamos en tres mil y no se hable más!», respondió el viejo, que no cedía ante las reglas de la economía. En definitiva, la ciudad ya quedaba lejos.

No me quedé mucho tiempo en la provincia. En octubre acabé «encallado» en Siena, con la ansiedad de ahorrar en costes de la estancia universitaria y con la necesidad de ganar algo de dinero para mis gastos. De modo que me inventé un pequeño negocio en el que involucré a Renato sin que él lo supiera. Entre clase y clase empecé a dejarme caer por la sección de Arqueología de la biblioteca de la Facultad de Letras y no tardé en descubrir que los aspirantes a arqueólogos se gastaban un dineral, algo así como cincuenta mil o sesenta mil de las antiguas liras, en comprarse una herramienta que no era otra cosa que una paleta de albañil muy pequeña, que encargaban a Alemania y que llamaban *trawl*. Los arqueólogos sentían un amor fetichista por ese utensilio de lujo y, a pesar de que no excavaban casi nunca, se lo llevaban a la biblioteca, dejando que sobresaliera de sus pantalones vaqueros de forma insinuante para simular que participaban en quién sabe qué campaña de excavaciones en la antigua Numidia. En teoría, yo también tendría que comprarlo, y se lo dejé caer a mi padre. Le enseñé una foto y él me dijo: «Blandengue, eso te lo hago yo en dos minutos, en un pis pas». A continuación se dirigió al garaje, cogió la amoladora, recortó con el disco una paleta siguiendo el modelo del manual universitario de arqueología, la perfiló inclinando la radial cuarenta y cinco grados, lo remató todo y me entregó el utensilio. «Ahí está», dijo.

La herramienta era una *trawl* perfecta. Dos días después la llevé a Siena y los arqueólogos se congratularon de la adquisición que había hecho el neófito converso, sin saber que no era más que una paleta de ferretería con el borde perfilado y que las historias de la tierra —que era como llamaban ellos a las actividades de excavación— me las habían contado mis amigos profanadores de tumbas antiguas, que perforan el terreno en los bosques con grandes varillas. ¡Menudos arqueólogos! ¡Como tengan que distinguir una fosa etrusca de una falsa estos hacen un pan como unas hostias! No paraban de llegarme felicitaciones por la *trawl* y en un momento dado vi la ocasión de hacer negocio. A la enésima chica que se congratuló por mi *trawl* le dije, con aire de consumado traficante: «Si quieres, te la puedo pedir a través de un amigo que vive en Alemania. Son treinta mil liras, un

cincuenta por ciento de descuento». Empecé a asumir algunos pedidos, solo que a mi padre pronto se le hincharon las pelotas de tener que recortarme paletas, sobre todo porque yo lo había dejado al margen del negocio (ideado para costearme los gastos de bar) y él no se explicaba qué hacía para que se me rompiera una tras otra. «¿Qué cojones os hacen excavar en la universidad, granito?», se quejaba. «Para eso te hubiera mandado a hacer formación profesional». ¡Ojalá! El IPSIA de Follonica, el instituto de formación profesional de industria y artesanado, era mi sueño prohibido, el mundo que se me había escapado porque me habían mandado a hacer bachillerato. En formación profesional, cuando hacían huelga, desmontaban las ruedas de los coches de los profesores. A la profesora de religión le metían entre las listas estampas recortadas de revistas eróticas como *Le ore liete, Blitz, Lando* o *Gin Fizz*. Y aparte aquello estaba lleno de *heavies*. «Yo escucho *heavy metal*», declaraban en los interrogatorios los adolescentes de formación profesional antes de declararse prisioneros políticos, y a sus padres obreros no les preocupaba que llevaran el pelo largo y grasiento y camisetas con esqueletos, por la convicción de que la vocación metalúrgica estaba madurando en sus hijos. Era un buen sitio, a diferencia de mi instituto, donde intenté movilizar a la gente con la consigna *Siembra bandoni* y suscité con ello reacciones de asombro (los *bandoni* eran las chapas semiacabadas de la acería de Piombino, que quería utilizar para golpear el corazón del autoritarismo educativo). En el centro de formación profesional la revuelta del metal ya estaba en marcha: un amigo mío —ante la advertencia de un profesor que quería meterle un parte— corrió al aula, cogió el listado, se lo llevó al taller, lo puso bajo el taladro de columna, le hizo un agujero, le colocó un perno, una arandela y una tuerca, lo ajustó todo y para asegurarse le aplicó un punto de soldadura. Seguidamente fue a buscar al profesor y, entregándole en mano el listado, le dijo: «Ahí tienes, ya puedes meterme un parte». ¡Siembra chapas!

Los años pasan y Renato sigue trabajando de un extremo a otro de Italia. Los contactos no le faltan, aunque para el sector ya es un viejo. Encuentra trabajo por un breve periodo en un sitio muy duro, una cantera de piedra en la isla de Elba, donde se encargará del mantenimiento de las instalaciones. Lo llevo yo en coche hasta el muelle de Piombino, desde el que debe coger un ferri. Paramos a tomar un café en el bar del cruce de la Fiorentina, luego continuamos y vemos la acería más cerca, en el borde mismo de la carretera. Renato tiene la mirada triste. Ya no se entusiasma al ver fábricas. Mientras observa el cielo pesado sobre Piombino le viene a la mente que no hay acero

sin amianto, aunque eso es algo que nadie te cuenta. Y ya no competimos, como cuando yo era pequeño, para ver quién tiene las chimeneas más altas. Sabemos ya que los lugares en los que crecimos, él en Rosignano y yo entre Follonica, Scarlino y Piombino, tienen unas tasas anómalas de morbilidad por altos niveles de arsénico, plomo, cadmio, mercurio, cromo y sustancias químicas como los hidrocarburos aromáticos policíclicos; sabemos que quienes viven en las cercanías de la planta de coque, donde se libera un polvo fino, están expuestos a un riesgo mayor de mortalidad por cáncer de pulmón. Guardamos silencio contemplando las instalaciones. Lo mismo ocurre cuando voy a recogerlo a la estación de Campiglia. Cuando regresa en tren desde Piamonte, Liguria o Lombardía normalmente debe hacer trasbordo en Campiglia Marittima, a pocos kilómetros de Follonica. Para evitar la larga espera del cambio de tren, desde que tengo carné de conducir lo espero yo en esa pequeña estación, a él y a esa bolsa llena de fundas azules y verdes, peligrosas, sucias y nocivas, como descubriremos más adelante. Recordamos las poleas de las canteras de piedra que en otro tiempo atravesaban la carretera Aurelia, observamos las chimeneas de la central eléctrica de Tor del Sale, en lontananza, hacia las dunas de Mortelliccio, y llegamos a tiempo para cenar y ver juntos uno de esos *spaghetti western* de los que somos seguidores incondicionales: la trilogía del dólar de Sergio Leone y las dos entregas de *Trinidad* con Bud Spencer y Terence Hill, donde anticipamos de memoria los diálogos, pero también el ciclo *de Harry el Sucio* con Clint Eastwood y —a mi pesar, porque ese género no me va— las películas de artes marciales de Bruce Lee. Para acompañar las películas del Oeste, mi madre sabe que la tortilla con cebolla y los *fagioli all'uccelletta* son de obligada presencia en invierno. En verano es de rigor lo que él llama la *fricassea*, que es una mezcla de tomates frescos de nuestro huerto y huevos revueltos con un sofrito de cebolla, muy aceitoso.

Esta vez vuelve de la cantera después de dos semanas. Dice que allí está contento; comparte habitación con un obrero de Livorno. En realidad, está algo deprimido, porque solo le darán trabajo para otros quince días. La megamaquinaria que lo ha destruido ya no lo quiere. Le fallan las fuerzas, sus pulmones no funcionan bien, aunque él todavía no se da cuenta de ello. Sin embargo, la cosa no pasa inadvertida para el capataz, que quiere obreros

jóvenes, todavía no estropeados por una vida de dolencias profesionales. Por suerte, la meta de la jubilación no está lejos. A pesar de ello, se queja: ha trabajado siempre en entornos dañinos, su cuerpo está mucho más gastado que el de otros muchos trabajadores, ha envejecido rápidamente con un sinfín de achaques y le han reconocido incluso un grado de invalidez para el trabajo. Además, la nueva normativa sobre el amianto, que entró en vigor en 1992, parece que se ajusta a su caso. No obstante, deberá seguir trabajando hasta alcanzar los treinta y cinco años de cotización, aun cuando tenga derecho a una jubilación anticipada.

Esa no es la única estafa. Renato habrá de desembolsar un montón de dinero, treinta y seis millones de las antiguas liras, para que el INPS unifique sus cotizaciones del periodo en el que trabajó por cuenta propia como artesano con las de los años en las que lo hizo como empleado. Una «soldadura» costosa, pero es el único modo de obtener una pensión decente. Finalmente, lo logra. El 1 de enero de 1998 Renato recibe por fin la notificación del INPS: está jubilado. Con su última tarjeta piensa en todas las entradas por las que ha pasado para acceder a una fábrica. En Scarlino, bordeando una hilera de sauces llorones que ocultan a la vista Il Panettone, que es como se conoce la colina de residuos de cenizas tóxicas de pirita. En Terni, tras superar la vía del tren y pasar junto al quiosco que hay al lado de la cantina obrera. En Taranto, apoyándose en las barandillas de hierro abrasador debido al sol: tubos de hierro ardiente para separar a los obreros y canalizarlos hacia la verja del control de seguridad. Tarjetas de trabajo que se van sucediendo, siempre con su nombre, con una empresa cada vez diferente y esa cara que nunca es la misma, que envejece escandalosamente años tras año, factoría tras factoría. Y ahora que se jubila, con él está desapareciendo también la fábrica como lugar central de generación de riqueza y de fuerza del trabajo.

Poco antes de timbrar la última tarjeta, Renato les pide en vano a los supervivientes de la sociedad Gargano una declaración que atestigüe que sus funciones laborales hicieron que estuviera en contacto con el amianto y que durante las labores de soldadura e inserción de tubos que llevó a cabo debía usar, por protección, lonas de amianto para reducir el riesgo de eventuales incendios. Sin embargo, Gargano ha cambiado de razón social, los empleados que lo conocen ya no están y quien está no se acuerda o no quiere acordarse. Aunque esto de la razón social es una rápida transformación: en la sede de corso Trieste 93, en Novara, allí donde estaba Costruzioni Ettore Gargano ahora está Gargano Industrie, SRL (Sociedad

de Responsabilidad Limitada); lo que se ha limitado ha sido la responsabilidad, literalmente.

La jubilación es un momento crítico para los trabajadores que nunca han disfrutado de una vida desligada del reloj de arena de los horarios de la fábrica. He visto a muchos, entre los padres de mis amigos, perdiendo peso y consumiéndose rápidamente tras sellar la última tarjeta. Lo importante, como dicen los viejos, es no quedarse nunca con los huevos pegados. No quedarse sentado, en definitiva. Renato sabe que debe inventarse algo. Se mete de lleno en las labores del campo, se toma en serio el mantenimiento del viejo tractor Fiat 455C de 1974, cuida de mi pastor de Maremma mestizo (yo me he ido a trabajar a Inglaterra durante un año y medio), sale con Francesca a buscar champiñones por los bosques de la costa de Scarlino o acepta el reto de quién tiene el mejor huerto. Gana él, porque riega el suyo con una manguera antiincendios conectada a un motor monofásico que bombea agua de lluvia almacenada en una cisterna: poderío del hortelano-tubero.

Obviamente no para, aunque el soplete y el grupo de soldar los reserva para sus trabajillos armónicos en la Fourier. Debe fabricarle a un campesino una verja de hierro con la que devolverle el favor por los numerosos consejos agrarios que le ha dado. Se pone a bruñir el hierro con el soplete para hacer un trabajo fino; él, que solo miraba por la funcionalidad industrial de las instalaciones. Conoce a un herrero que aún trabaja los metales forjándolos con carbón en un taller surrealista en el que las gallinas escarban entre restos de varillas y paja de hierro, y piensa en aprender los secretos ancestrales de esa actividad que él ha ejercido a escala industrial. Juntos transformarán un trozo de vía férrea en un arado.

Repara también algún que otro grifo en casas de conocidos. Planea explotar sus conocimientos profesionales a un nivel más personal. Sigue ayudando a mi tío Marcello, que trabaja como electricista en el hospital de Livorno, en la remodelación infinita y plurianual de una casa de veraneo; organizan una cuadrilla de «chapucillas» y desaparecen durante días con la excusa de que tienen que hacer trabajos que nunca acaban. Comienza a equipar su taller. Trajina con otros jubilados, sobre todo con Dario, un electricista capaz de coger una cámara fotográfica réflex, desmontar todas las piezas para llenar con ellas una mesa y volver a montarlas. Empieza a recoger electrodomésticos viejos, los desmonta y los adapta. En resumen, no es capaz de estar quieto.

Un día encuentra un frigorífico viejo al lado de un contenedor de

basura. Lo desmonta y le quita el compresor, que si no entendí mal sirve para generar aire frío y debe estar cargado de gas. El pequeño compresor se parece a algo así como una cucaracha oscura. Renato lo conectó a un cable con los tres hilos eléctricos habituales, sin ponerle ningún interruptor, y en la otra parte, por donde sale el aire (en el momento en que se enchufa a la corriente), añadió con una abrazadera para gas un tubo de goma flexible con un manguito en la parte superior. Con ese compresor puedo hinchar las ruedas de la bicicleta y puedo «arreglar» el pulmón del autoclave de mi madre cada vez que se avería. Bueno, no es que el pulmón se averíe, sino que tiene ya tiempo y de vez en cuando se encharca. Además, fue modificado artesanalmente por Renato, que al margen de la habitual pileta azul incorporó una tina de vino para ampliar la disponibilidad de agua. Cuando al pulmón le cuesta funcionar monta un escándalo del demonio y bombea agua en la casa de forma intermitente. Es entonces cuando hay que intervenir con el pequeño compresor de producción propia; basta con desconectar la bomba de la red eléctrica, retirar el agua y soltar el aire del compresor dentro del pulmón. El aire del frigorífico empuja el agua hacia fuera del pulmón y todo arreglado sin necesidad de llamar al fontanero. Por cierto, esa tina la desconecté del depósito azul del autoclave porque en casa ya solo queda mi madre y no hace falta tanta reserva de agua. Por otro lado, la tina me vale para fermentar el mosto en septiembre, cuando hago la vendimia. Además, el tubo de conexión entre la tina y el depósito ya se había oxidado y podía afectar a la calidad del agua. Lo más impresionante era la serie de hilos y contrahílos, de espitas y empalmes invirtiendo macho y hembra con los que Renato había conectado los dos depósitos de agua: apología del material de fontanería de desecho y un sumo esfuerzo por mi parte, llave inglesa y llave del treinta en mano, para retirar la conexión de tres cuartos de pulgada y poner un tapón forrado con cáñamo y masilla siguiendo el sentido del hilado. ¿Qué te apuestas a que cuando se publiquen estas páginas yo también tendré futuro como fontanero?

Corazón cansado

En Maremma se encuentran los últimos especímenes de un tipo humano en peligro de extinción: el hombre que hace de todo. Una figura que alcanzó notoriedad durante la reforma agraria de mediados de la década de los cincuenta, cuando muchos campesinos, en algún caso con experiencia como mineros, pasaron a ser propietarios de un pedazo de tierra de doce hectáreas, con la posibilidad de construir una vivienda con un anexo para fines agrícolas, y dijeron adiós al trabajo como jornaleros. El tipo humano en cuestión era, por tanto, un campesino experto también en mecánica, porque no podía permitirse desperdiciar tiempo y dinero recurriendo a un especialista cada vez que el tractor lo dejaba plantado en el campo. Y la casa, claro está, se la construía él mismo, en periodos en que podía dejar el trabajo de la tierra o la tala del bosque. De modo que se ocupaba, con conocimientos avanzados, de la albañilería, la mecánica, la fontanería y las instalaciones eléctricas, por no hablar de la carpintería, a lo mejor de una forma más tosca, y lógicamente de la agricultura, la horticultura y la cría de animales, incluida la apicultura y la transformación de la leche en sus derivados. Era un tipo humano común en una época ya casi desaparecida. A decir verdad, Renato no pertenecía a esa generación. Esos hombres que hacían de todo fueron los pioneros del *Far West* de Maremma, los colonos que en la posguerra, tras la reforma agraria, se convirtieron en dueños de un campo vacío y se endeudaron para plantar olivos y vides, desmenuzando la tierra dura con un rastrillado colosal y roturando los terrones con una poderosa aradura estalinista que acabó con el latifundismo del ganado salvaje de los grandes propietarios ausentes. Gente que podía desayunar unas alubias cocidas, un pedazo de queso y un vaso de vino para meterse en faena hasta la tarde; mejor eso que la silicosis de la mina. Mi padre, sin embargo, pertenecía a la siguiente generación, y no es que no fuera duro de roer, pero no provenía del medio rural. Mi abuelo era un albañil, así es que en principio construía tapias, casas y ciudades, aparte de que no era de Grosseto, sino de Livorno, por lo que

tenía su propia metafísica, según la cual los *gosti*, los aldeanos, eran los de Pisa y los de Grosseto, mientras que los livorneses eran todos gente portuaria, rubios, buenos y marineros, con el viento del sudoeste soplando en su corazón. Si uno de Maremma no distingue entre tiempo libre y tiempo de trabajo, y preferiblemente viste ropa de camuflaje para hacer ver que la caza está siempre abierta para él (incluso cuando su mujer lo obliga a ir al supermercado a hacer la compra), uno de Livorno se arregla «como es debido» tras quitarse el mono azul. Además Renato empezó a trabajar casi al final del *boom* económico, lo cual suponía mejores salarios, más oportunidades, sin apenas desempleo, cobertura por enfermedad, vacaciones, la posibilidad de comprarse una casa, etcétera. Como contrapartida, ninguna garantía en materia de nocividad y exposición a las enfermedades laborales, como descubrirá en su propia piel. En aquellos años, trabajar en la industria podía significar dos cosas: trabajar en la cadena productiva o en entornos no especializados, con salarios más bajos y habilidades básicas en mecánica, o trabajar en ambientes especializados, como hacía Renato, con habilidades técnicas más elevadas, pero también más sectoriales. Es decir, sabías hacer muy bien algunas cosas y te las arreglabas de la mejor forma posible al hacer otras pero sin destacar. De modo que de vez en cuando te tocaba llevar el coche al mecánico, cosa que a un campesino no le pasaba nunca, porque el automóvil lo reparaba él mismo y las piezas de recambio a menudo se las torneaba algún herrero de la zona, en un taller lleno de pollos. En definitiva, hubo un tránsito generacional desde el hombre que hacía de todo de la posguerra e inicios del *boom* al obrero, en masa o especializado, de ese neocapitalismo que ya en 1973 se mostraba en crisis y ponía en marcha una serie de reconversiones que al cabo de diez años iban a desmantelar y destruir el sueño de hegemonía de la clase obrera. En otras palabras, que la crisis no sirvió para mejorar la productividad, sino para destruir la alternativa de contrapoder y de autogestión obrera en las relaciones entre capital y trabajo. Pero en estas páginas no quiero aflojar las abrazaderas de la narración que aprietan como mandíbulas la pulpa leñosa de esta historia, que es la historia de un obrero tubero de esos años. Por tanto, quedémonos en el meollo de nuestro asunto. En Renato, que ya solo se pone el mono azul para trabajar en el olivar familiar. Lo de los jubilados con mono azul es otra de las peculiaridades del proletariado de Maremma. Muchos de ellos siguen usando los mismos monos verdes o azules que cuando estaban en las fábricas de Lucchini, Tioxide o Metal Maremma. Era algo que me chocaba y

que yo no veía como un servil recurso identitario, sino como un acto de liberación, una forma de burlarse de la empresa. Por cierto, el secreto para que durasen tanto los monos era no lavarlos nunca. Para no deteriorar la relación con su esposa o con los vecinos, que protestan por los restos de polvo de metal inerte que deja al pasar por las escaleras, el pensionista reconoce la necesidad de una limpieza en seco; o sea, la ducha de aire comprimido que lleva a cabo en el garaje aplicando velozmente el chorro del compresor sobre el mono y el calzado de seguridad. Rápido y eficaz, un lavado con chorro de aire comprimido se realiza en cinco segundos con presión media-alta, garantizando así el buen estado de la funda para al menos dos décadas de jubilación; de hecho, generalmente el mono sobrevive a su portador, como ocurrió con Renato.

Ahí está, precisamente, nuestro protagonista: Renato, envejeciendo muy deprisa. Demasiado deprisa. Respira con dificultad, tiene poco aliento, demasiado poco, y se está volviendo lento, también en los reflejos, cuando conduce o cuando usa la desbrozadora.

Un día, en el verano del 2002, se cae de un albaricoquero de la huerta mientras trata de recoger los frutos. Sus reflejos están mermados. El día siguiente de los Difuntos, el 2 de noviembre, es la fecha que tradicionalmente señala el inicio de la recolección de la aceituna. En otro tiempo, Renato cogía vacaciones para hacer aceite. Pero esta vez no tiene ganas. Está pegado a la chimenea, encerrado en casa. Un comportamiento inexplicable, porque en las labores agrícolas era una locomotora. Su estado de ánimo es extraño, de día no come, de noche no duerme. Está empeorando. Francesca lo lleva al centro de salud, le duele una pierna; para la doctora se trata solo de una ciática. Enero del 2003. Ya se encuentra muy mal, aunque él se niega a que lo vea la médica. Francesca lo convence, al cabo de mucha resistencia, para ir a urgencias. Cojo las llaves del coche y lo llevo al hospital de Massa Marittima. A la carrera, porque me esperan en Punta Ala, donde trabajo como mozo de establos y peón en un club hípico. Los médicos del hospital dicen que sería mejor ir a Grosseto para que lo vea un neurólogo, pero no nos ofrecen una ambulancia. Lo llevo yo directamente a Grosseto, con una ansiedad creciente. De camino sufre vértigo y un ataque de vómitos. Lo dejo en urgencias y voy al club hípico a trabajar. No tengo teléfono móvil. Debo esperar hasta que acabo de limpiar todos los boxes de los caballos para poder volver a casa y telefonear. Renato

ha sido trasladado a Siena, a la unidad de neurología. El resultado del tac es un puñetazo en la cara: lesiones cerebrales, una mancha en una placa transparente. Un tumor que ha subido desde los pulmones a través de las terminaciones nerviosas y que ha cubierto con una metástasis una parte de su cerebro.

Renato queda ingresado en el hospital Le Scotte de Siena el 25 de enero del 2003, a las 18.50 horas, en la unidad de neurocirugía, en la quinta planta. Tiene cincuenta y siete años. En el estado de confusión mental en el que se halla, debido a una cantidad espantosa de líquido producido por las células cancerígenas que le está comprimiendo el cerebro, su *hibris* livornesa no se resiente. Maldice y dice: «Me ha tocado acabar en el octavo».

El octavo, o mejor dicho el octavo pabellón del hospital de Livorno, es «el de los locos», como se dice en el argot popular livornés. Y la verdad es que en esa habitación del hospital de Siena también yo me vuelvo loco.

De la historia clínica: «La sintomatología que manifiesta se viene caracterizando desde hace tiempo por propensión al cansancio, alteraciones del estado de ánimo, en ocasiones desorientación espacio-temporal y trastornos en la memoria. Durante la hospitalización el cuadro se ha agravado: trastornos en el equilibrio e inseguridad en posición erguida. Se procede, por tanto, a una intervención quirúrgica de biopsia intracerebral, con aspiración del componente líquido. El examen histológico de la biopsia evidencia la metástasis de un carcinoma, un carcinoma anaplástico de pequeñas células. Con más precisión, el diagnóstico es este: metástasis intracerebral múltiple en paciente con neoformación de pequeñas células a nivel de la región mediastínica».

Esa es la jerga técnica de la medicina. Aunque las palabras con las que Renato describe su enfermedad son mucho más estrambóticas. Porque la hospitalización de Renato es realmente una locura, pero una locura a la livornesa. Se convierte en el peor paciente de la historia de la unidad; alguien a quien se le ha ido la cabeza y que debe gastar todas las reservas de indisciplina que le quedan. Fuma tranquilamente en el pasillo. Llama «abadesa» a la enfermera jefa y manda a tomar por culo a un cura. Asegura que una monja le iba a administrar un enema. Desde la silla de ruedas, a la que se ve momentáneamente sometido por la dificultad para andar que deriva de la repentina pérdida de peso, ve un partido del Milan de Liga de

Campeones en una sala de otra unidad del hospital, donde nadie lo conoce. De pronto, un golpe de genialidad, la broma al estilo *Habitación para cuatro*: tras haber sido declarado discapacitado de las piernas simula un milagro delante de los demás pacientes de la sala, se pone en pie y comienza a explicar cómo se debe lanzar un penalti. Cuando ya puede caminar mejor, lleva a las mujeres de otros enfermos a tomar café a la cafetería o trata de convencerlas para que vayan con él a fumar al baño de los hombres. Se muestra arrebatado ante la hermosa esposa de otro paciente, recién operado de un tumor, que él ha rebautizado como Vacuno por su aspecto taurino. Un día decide transformarse en Vacuno, que entretanto ha ido a hacer una sesión de rehabilitación. Renato abre el armario de Vacuno, se viste con su ropa, se pone sus zapatos. Cuando llega la mujer de Vacuno y lo observa pasmada él le dice: «Venga, guapa, nos vamos a casa».

En poco tiempo llega a la conclusión de que médicos y enfermeras se han acostumbrado a ciertas burlas y decide que es el momento de subir el nivel de confrontación, de modo que pasa a lo escatológico. Una noche se levanta y se pone a mear en una de las paredes de la habitación. Otro día coge una chocolatina derretida con el calor del radiador, se la pasa por la cabeza rapada y toca el timbre para llamar a las enfermeras. Cuando llegan y lo ven, temen que se trate de mierda.

Renato regresa a casa después de tres meses de hospital, con el consiguiente alivio para el personal médico y auxiliar. Al principio mejora, recupera peso, logra incluso salir a dar una vuelta por el paseo en varias ocasiones, caminando solo para fumarse en paz un cigarrillo a orillas del mar. Sí, exactamente, un cigarrillo: es más fácil para el sistema sanitario señalar como cancerígeno un cigarrillo elegido individualmente que un proceso productivo impuesto y sufrido. Después de eso, su estado se agrava rápidamente. Radioterapia, varios ciclos de quimioterapia, anticoagulantes, antidepresivos, antiepilépticos, corticoides… Fármacos y terapias le envenenan el cuerpo tanto como el cáncer, tanto como el amianto.

Recuerdos. Cuando aún podía caminar un poco, yo lo llevaba a dar una vuelta. A las playas blancas de Rosignano, para sentir en invierno las ráfagas del *libeccio* poco antes del atardecer, cuando las grises chimeneas de Solvay que hay detrás se elevan hacia el cielo despejado sobre sus residuos de bicarbonato industrial simulando un estéril trópico a la livornesa. El ponche en el Civili, cerca de la estación de Livorno. Una cerveza suave en el bar de la gasolinera, parada obligatoria del camionero, con un huevo cocido para asentar el estómago. Una caldereta de marisco cerca del monumento de los

Cuatro Moros, en el puerto. El navío *Venus* encallado en Caletta, en Castiglioncello, cerca del viejo Cardellino, el local en el que él había trabajado hacía muchos años como camarero y donde había visto cantar a Nada, cuando los inmortalizó el *flash* de *Nick Vampata*. El cementerio de Rosignano Marittimo, donde están enterrados mis abuelos paternos y Pietro Gori, el caballero errante del anarquismo, con el monumento que «la Apuania obrera le dedicó», incluido el recorrido turístico entre las tumbas de los viejos estalinistas livorneses que, en lugar de la cruz, en las «urnas de los fuertes», como decía el poema de Ugo Foscolo, tienen, engarzados en el mármol pulido, la hoz y el martillo.

Recuerdos. El olor a hierro cortado con la radial para el establo de mi yegua. Cada vez que veo una amoladora cortando una varilla de acero pienso que ese era su olor, el olor del dios Vulcano. Esos kilos de hormigón liviano —ese cemento lleno de arena gruesa y gravilla— que amasamos, la pequeña cancela de hierro, los trabajillos que hicimos juntos, el esmerilado de las barandillas de los balcones y de la persiana del garaje, el aguarrás para lavarse las manos manchadas de anticorrosivo, los cientos de metros cúbicos de leña cortados con la motosierra para calentar la casa… Y los días de comienzos del verano, yo preparando los exámenes finales de junio mientras él veía en televisión el Giro de Italia (su pasión por el ciclismo superaba incluso a la que sentía por el fútbol), el Tour de Francia y la Vuelta a España, y también el tenis, los grandes premios, el motor… Le gustaban todos los deportes, todos aparte del que me hacía vibrar a mí: el *hockey* patines.

Más recuerdos aún. «Ahora os voy a llevar a ver las tumbas etruscas», decía en casa, y recorríamos los montículos en busca de tesoros misteriosos, porque él sabía que en las colinas de Populonia se cogía la señal de la radio para poder seguir los partidos dominicales de primera categoría de la provincia de Livorno. «¿Jugamos a Monzón?», le preguntaba yo, en tributo al boxeador argentino, mi mito de aquella época junto al luchador japonés Antonio Inoki. Era nuestro combate del sábado por la noche, después de la cena, cuando tenía que esquivar sus golpes, ponerme en guardia y tratar de darle un cabezazo en la cara, aunque me llevaba tal zurra que todavía siento las orejas calientes, el zumbido de oídos y el fuego en las mejillas, y a mi madre diciendo: «Basta ya, que vas a embrutecer a este crío». O cuando yo le preguntaba: «¿Me cuentas lo de aquella vez que ataste a uno a la farola?». Y entonces me contaba que «en mis tiempos» el sábado por la noche no nos drogábamos («como los jóvenes de hoy en día»), pero bebíamos vino y

luego nos liábamos a puñetazos («que es una cosa sana»), y «una vez le aticé a uno y lo dejé atado a una farola» (para descubrir después, dolorosamente, que logró desatarse y que era el más pequeño de cuatro hermanos a los que había cabreado). Tienes que ser un *working class hero* livornés de los años sesenta para entender estas cosas, hubiera dicho John Lennon si fuera de Livorno. Pero entonces no se llamaría John Lennon, todos lo conocerían con el mote de Meaditas o Torito, ese que entró en una cervecería y, soltando un manotazo en la barra, avisó a las chicas que había en las mesas: «Nenas, si os gusta flácido os volveré locas». Y su fama no habría superado las paredes de un local de ARCI o del bar deportivo.

Más recuerdos aún. Recuerdo que durante el bachillerato de ciencias, donde era un pésimo estudiante de matemáticas, aprendí a resolver un coseno y me di cuenta de que las matemáticas podían valer para algo. Cuando no estaba el ingeniero en la fábrica, para diseñar la estructura de las tuberías, Renato se veía obligado a resolver ecuaciones de manera empírica, trazando con tiza círculos tan grandes como campos de fútbol y midiendo bisectrices y diagonales con la rueda métrica. Algo que yo podía hacer en un minuto con una función y una calculadora, de modo que de vez en cuando me telefoneaba para hacerme una consulta informal. «Ya ves que hice bien mandándote a estudiar», comentaba.

Una vez, en Livorno Calambrone, nos quedamos mirando los silos y los tanques, con las grúas del puerto al fondo. Maquinaria, instalaciones, turbinas, circuitos de refrigeración: la fábrica era su mundo y no puede hacer otra cosa que responder al canto de esas sirenas cancerígenas que se habían comido sus pulmones. Un último ponche en el Civili, luego a Rosignano, al *dopolavoro* de Solvay para ver los resultados de los partidos de fútbol de aficionados. Lentamente lo llevo de vuelta al viejo Audi, después proseguimos hacia el sur, hacia casa.

La carretera Aurelia está vacía a la altura de La California. Por aquí, el mar y los pinos; por allí, el monte bajo mediterráneo. Luego los cipreses moribundos de Castagneto Carducci. Humo de cigarrillo en el coche. Silencio. Una canción de Piero Ciampi, *Livorno*:

> Triste, triste,
> demasiado triste es esta tarde,
> esta tarde, tarde larga.
> Me he encontrado
> con un barco que zarpaba

y he preguntado dónde iba.
Al puerto de las ilusiones,
me ha dicho aquel capitán.
Tierra, tierra,
tal vez busco una quimera,
esta tarde, tarde eterna.

La fase terminal de la enfermedad de Renato fue terrible, la situación desesperada se desborda e invade la vida de las personas que viven alrededor del enfermo. Tengo recuerdos muy duros de las últimas noches, me cuesta ponerlos por escrito. Se había vuelto obeso a causa de la inmovilidad y la cortisona, y a veces se caía de la cama. Yo era el único que lograba levantarlo: me doblaba sobre las rodillas, él debía abrazarme poniendo sus manos alrededor de mi cuello, entonces me levantaba empujando contra el suelo y lo metía de nuevo en la cama. Yo tenía siempre dolor de cuello. Y él, dificultades respiratorias, y una noche sufrió incluso un exceso de vómito fecal. La entrada en coma es casi una panacea para un organismo roído por la enfermedad y deformado por el tratamiento con cortisona, los estabilizadores del estado de ánimo, los antidepresivos destinados a evitar crisis epilépticas en un cerebro deteriorado; todo ello, terapias tan invasivas y destructivas como el cáncer. Recuerdo también las dificultades para encontrar morfina. No demasiadas, afortunadamente, en comparación con otras partes de Italia donde los médicos son en su gran mayoría católicos. No obstante, no logro olvidar un día dramático. Sus dolores en las piernas se habían vuelto lancinantes, me dijo: «Alberto, tu padre está en las últimas». Y creo que lo vi llorar por primera vez en mi vida, a causa del dolor, un dolor que además era inducido por estímulos cerebrales disparatados. Los parches con ligeras dosis de morfina que nos habían prescrito no servían para nada. Había que pasar a los opiáceos en dosis mucho más fuertes. Recuerdo que era julio, hacía un calor aplastante, Renato se quejaba y mi madre estaba fuera de sí. Así que fui a la médica de familia, que no quiso hacerme la receta y me remitió a otro médico. Entré pidiendo, casi con lágrimas en los ojos, que me dejaran pasar delante de todos, porque se trataba de una urgencia y sería solo un momento. Recuerdo que estuve a punto de llegar a las manos con un paciente. Al final cogí aquella hoja de papel, corrí a una farmacia, la más cercana, donde me dijeron que no estaban preparados para tener ese tipo de medicamentos, pero que lo podía conseguir en otro lugar que me indicaron. Llegué a esa otra farmacia. Era julio, hacía calor, estaba exhausto; el muro de los médicos

católicos casi me había transformado en una bestia. No me extraña que me miraran mal. Llegué sudoroso y alterado. La farmacia estaba llena de turistas pidiendo consejos sobre cómo aplicar la mejor crema reafirmante para las nalgas o para combatir los excesos del sol. Empecé a empujar, a colarme, a decir que se trataba de un caso desesperado y que necesitaba morfina. Los turistas se apartaron de golpe, miraron a ese tipo mal vestido, alto, con barba larga, con la camisa por fuera de unos pantalones empapados de sudor, que exigía morfina apartando a empujones a los demás clientes. Pensaron que era un toxicómano que iba a cometer un atraco, y no iban muy desencaminados, porque aquel día habría conseguido la morfina aunque fuera a la fuerza, aun a costa de atracar la farmacia.

Sin embargo, la morfina no hizo falta. Cuando volví a casa no estaban ni mi madre ni mi padre. Los dolores se habían vuelto insoportables y Francesca había pedido una ambulancia. Subí de nuevo al coche y me dirigí al hospital. Lo encontré en una habitación, le habían colocado una pequeña bomba de morfina, conectada directamente a los centros neurales a través de la espina dorsal. Los dolores habían desaparecido, si bien su lucidez había disminuido. Luego lo enviaron de vuelta a casa. Dijeron que no podía sentir dolor y que le quedaban pocos días.

Mientras él estaba en casa, pegado a una cama que la Azienda Sanitaria Locale nos facilitó, sin poder levantarse ya, con las úlceras de la posición decúbito que se extendían por la espalda, me di cuenta de que pronto ya no estaría. Me vino el pensamiento de hacerle una fotografía. Soy fotógrafo, fotografiar es uno de los oficios que practico. Entonces yo era poco más que un principiante. Sentí el impulso de hacerle una foto en la cama, pero luego pensé que no me gustaría recordarlo así. Finalmente asumí un compromiso. De aquella tenía tres cámaras, todas analógicas; usaba sobre todo la réflex Nikon 301, con la que aprendí la técnica, y después la Nikon F90X, que es la cámara que más he querido. No sé por qué, cogí la que menos utilizaba, una 6×7 de fabricación soviética con un visor de espejo que conservaba únicamente como reliquia. Coloqué en su compartimento un rollo de película de solo doce disparos, calculé la exposición a ojo, manteniendo el diafragma en una apertura media. En cuanto se abrió el obturador me arrepentí y decidí que iba a dejar el negativo en la cámara, sin revelarlo. Desde aquel momento la película sigue allí con su imagen invertida y nunca revelada, en el compartimento del carrete, como un sudario obrero que no sufrirá nunca el ultraje de la última agresión química. Renato me había montado una cámara oscura en el garaje. Con cuatro tablones de abeto, un

puñado de clavos y otro de tacos habíamos preparado el estudio, después hicimos la habitual instalación eléctrica casera con abundante cantidad de cinta aislante negra para recubrir los cables hasta el portalámparas, sobre el que atornillamos una luz infrarroja, con un despertador para marcar los tiempos de la magia fotográfica, tres cubetas y ácidos químicos, revelador, fijador y productos de lavado. Luego el tanque de revelado de la película… He perdido la práctica, pero entonces me defendía bien con el tanque y el papel Ilford. Hubiera sido un juego de niños positivar esa foto 6×7, ni siquiera habría tenido que llevar un negativo tan íntimo a un estudio fotográfico; bastaba con bajar las escaleras, ir al garaje que en un tiempo fue bodega, en otro taller, en otro laboratorio de revelado y positivado, o de soldadura, o de cualquier otra chorrada que se nos pasaba por la cabeza a mi padre o a mí, y ya estaba. Pero no, ni una sola exposición más a agentes químicos, ni siquiera para la imagen de Renato. El misterio de aquella foto se quedará en la oscuridad en la que sigue envuelto ese condenado carrete.

La cabeza me daba vueltas en aquellos tres días, en aquellas setenta y dos horas de agonía de un cuerpo anestesiado que parecía roncar profundamente en la entrada de casa sobre una cama con una pegatina que la inventariaba como propiedad de la ASL. Nos poníamos a hablar con mi madre —justo delante de él, quién sabe si pudo escucharnos— de todos los lugares en los que había trabajado. ¿Y si no se hubiera movido de la acería de Magona en Piombino? ¿Y si hubiera trabajado en Casone, en Montecatini? Todos nuestros vecinos de calle son obreros jubilados que cada noche sacan al setter de caza a mear al parque. Trabajaron en la industria, pero lograron llegar a viejos. «¿Por qué se marchó al norte de Italia? Tenía trabajo aquí, en Maremma, en 1972. ¿Por qué aceptó ir a Casale Monferrato, a aquel sitio de mala muerte?», se lamenta Francesca. Y yo le pregunto: «¿Pero también trabajó en Eternit?». «No, en Eternit no. Pero al lado sí, en una refinería cercana. Yo también fui a Casale, hace muchos años, hacía poco que nos habíamos casado». Eso no me lo había contado.

Ella comienza a contar, sin detenerse. «Y precisamente en Casale Monferrato fue donde empezó todo», dice. Porque Renato entró a trabajar para Gargano en el peor lugar de Italia, tal vez de Europa, en cuanto a exposición al amianto. No en la tristemente famosa Eternit, es cierto, sino en una refinería, Maura, en Coniolo, una localidad de la comarca de Monferrato a siete kilómetros de Casale. Cuando Renato trabajaba en Coniolo le pidió a Francesca que fuera con él al piso de Casale Monferrato que había alquilado. Desde allí iba cada día a la refinería Maura, una planta

ahora ya cerrada que en aquellos años dio que hablar en los medios de comunicación con graves noticias relativas a venenos, contaminación y saneamiento.

«¿Pero estás segura?», le pregunto. «¿Cómo podría equivocarme?», considera ella. «Renato se fue a Casale Monferrato después de nuestra boda y antes de que tú nacieras. Nos casamos en abril de 1972. Tú naciste el 16 de julio de 1973, el mismo día del año que Renato, que nació el 16 de julio de 1945. Renato había trabajado antes en Scarlino, en Casone, y todo iba bien. Luego encontró trabajo con esa empresa, Gargano, como *trasfertista*. Y el primer sitio al que lo mandaron fue precisamente a la refinería Maura. Yo eso no podría olvidarlo, porque fue entre la boda y el primer hijo. Se daba el caso de que algunas veces lo acompañábamos en los desplazamientos, cuando tú aún no ibas al colegio. Estuvimos con él incluso en Friul. ¿Te acuerdas cuando fuimos a Aquilea? Creo que fue en 1977. Y un domingo fuimos a ver una iglesia y tú, frente a un Cristo en la cruz, dijiste: "¡Papá!". Tenías razón, ahí está, como un Cristo en la cruz. Estuvimos con él en Amiata, y luego en Piamonte, en Lanzo, y de nuevo en La Spezia. Al menos una vez al año, antes de que tú y Chiara empezaseis a ir al colegio, íbamos con él. En aquella ocasión decidí quedarme unos meses; a fin de cuentas, nos habíamos casado hacía poco, y tú y Chiara todavía no habíais nacido. Era la primera vez que él iba a una fábrica enviado por Gargano».

Casale Monferrato, todo comenzó allí. De todos los lugares posibles, tuvo que empezar a trabajar en el lugar emblemático de los crímenes blancos. Pero la cosa no acaba aquí. «¿Estás segura, mamá?». «Te lo repito, no podría equivocarme en una cosa así, porque fue antes de que tú nacieras. De hecho, yo me había ido con él. Pero luego preferí regresar a Toscana. También porque…», se para un instante para coger aliento, «estaba embarazada». «¿Cómo que estabas embarazada?». «Pues sí, estando en Casale Monferrato me enteré de que estaba embarazada. Por eso no puedo estar equivocada. Nos casamos en abril de 1972, en septiembre papá empezó a trabajar para Gargano, que lo mandó a Monferrato, y luego pasé con él varios meses antes de volver a casa. Papá se quedó allí, aunque se mudó a un hostal de San Salvatore Monferrato. Le llevaba unos veinte minutos desplazarse al trabajo por la mañana en una furgoneta Volkswagen. O algo menos, desde Casale Monferrato no se tardaba ni cinco minutos. Yo tuve que volver a Follonica porque el piso allí era un poco incómodo y no me encontraba bien los primeros meses de embarazo…».

Esta segunda noticia me deja sin palabras. Renato está ante nosotros,

físicamente casi irreconocible, conectado a una bombona de oxígeno. Y yo justo ahora descubro que fui concebido en el lugar que se está convirtiendo en símbolo del genocidio de trabajadores. En Casale Monferrato. Hasta ahora podría haber dicho que nunca estuve allí, pero no es así. En cierto modo, también estaba yo. Protegido por la placenta. Sin necesidad de tener que respirar.

«¿Y no podías habérmelo dicho antes?», le comento. Quiero decir, es una señal del destino, no sé cómo tomármelo. Vine al mundo en Piombino, la ciudad industrial del hierro, y fui concebido en Casale Monferrato, la capital del luto y del amianto. Sí, todo comenzó allí: una célula fecundada, una esquirla de amianto que anida en los pulmones. Vida y muerte amasadas en una única amalgama fibrosa. Nací bajo el signo del amianto, vine a la vida en el lugar en el que se va a la muerte, en un lugar emblemático de esa nocividad que minó a mi padre. Y yo estaba allí, a salvo, mientras Renato respiraba fibras nocivas. Es una paradoja que no me deja dormir. Casi me dan ganas de reír cuando pienso en quienes nacieron en lugares bucólicos, en los trópicos, en las islas… Nací entre el amianto de Casale y el acero de Piombino, entre el polvo asesino y las coladas de los altos hornos. Venir al mundo fue como nacer bajo la lona de amianto, crecer significaba dar el «salto del tocho». Porque crecí en la costa del fango rojo, jugando a la pelota en el campo asfaltado de la antigua Ilva, donde fui al colegio. Durante años acudí al trabajo bordeando una fábrica de titanio y de ácido sulfúrico, y el camino que me llevaba a la universidad seguía el curso del Merse (mejor dicho, la Merse, en femenino, como dicen en Siena), que es un pequeño río lleno de arsénico y de otros metales pesados liberados en las minas inundadas, en las que se han almacenado toneladas de cenizas de pirita. Bajo el signo del amianto y de la nocividad. Soy acero, ascendente amianto.

Supe que Renato había muerto por las miradas compasivas que me lanzaron las auxiliares de enfermería que, a bordo de un pequeño Fiat Panda, hacían la ruta para ayudar a asear a los enfermos terminales por cuenta de la ASL. Se trataba de dos mujeres muy competentes y para una situación difícil eran más valiosas que todos los médicos con los que me crucé en este asunto. Cuando entré en casa y me percaté de lo que había pasado, instintivamente solté una blasfemia. Pero luego, pensándolo bien, me di cuenta de que, más que contra el Padre Eterno, debía cargar contra los humanos que han transformado esta tierra en un infierno. No obstante, las sotanas en esa situación eran algo que me crispaba los nervios. Sabía que el

cura no tardaría en venir a confortarnos. Renato no quería una ceremonia religiosa, no le preocupaba lo más mínimo, pero al final mi madre decidió que pasara por la iglesia para recibir una bendición. Ante la muerte, la gente suele amoldarse a las tradiciones, a menos que uno deje sus últimas voluntades por escrito, de modo que aprovecho para dejar claro, a quien corresponda, que en mi caso no quiero funeral religioso; como mucho, una ceremonia laica en la que se trasiegue vino tinto y se ice la Jolly Roger, el estandarte de los piratas, para recordar a alguien que intentó tomar la vida al abordaje y derrocar el orden establecido. Vida breve y dichosa, y ron también sobre la caja del muerto, así debe ser y que así sea. El hecho es que cuando estaba saliendo de casa para ir a ver al tipo de la funeraria me crucé con el cura, que iba completamente vestido de negro, y pasé a su lado sin devolverle el saludo. Al día siguiente, durante la ceremonia, no entré en la iglesia, me quedé solo fuera, a la puerta, viendo en el interior al Altísimo muy cabreado, siempre con la Jolly Roger plantada en mi corazón y con una bandera imaginaria, del color amaranto del Livorno y de la Rebelión, abierta a los vientos: ese era mi funeral. Recuerdo que no paraba de repetir: «Quince hombres, quince hombres sobre el cofre del muerto». Era mi modo de celebrar para él un funeral pirata.

Nunca fui al cementerio tras el entierro. Para mí una persona vive en las obras, los cementerios no me dicen nada. Hay muchas formas de alimentar la memoria. Si quiero recordar a Renato puedo lijar una verja que fabricó él soldando unas varillas de hierro, para que la herrumbre no la corroa con su óxido destructivo; puedo mantener con vida sus herramientas eléctricas, para que la humedad no se apodere de ellas; puedo ordenar su taller, asegurándome de que el banco construido con tablones de abeto siga estable y que las llaves inglesas vuelvan de vez en cuando con los clavos que él dispuso en una escala decreciente. Por último, puedo escribir este libro. Sonará raro, pero yo no le doy importancia al cementerio a pesar de que provengo de una familia de floristas por parte materna, gente que practicaba un culto floral de las urnas y de los cipreses casi pagano. La memoria para mí es algo vivo que se preserva pasando la lijadora sobre el óxido del tiempo. Con el cepillo más duro, lo recomiendo. Así le habría gustado al carpintero del hierro protagonista de esta historia. Nada de flores, con una mano de pintura antioxidante. «Y luego lávate las manos con aguarrás… o menuda la que nos va a montar tu madre».

Así es el final de un trabajador que muere con cincuenta y nueve años como una máquina inservible mientras la morfina bombea inconsciencia en

un corazón cansado, como cantaba Nada. Muere —según el certificado médico— por un paro cardiaco en julio del 2004, dejándome un Audi 80 de 1990 (que aún me lleva por media Italia), los tres volúmenes de la *Storia del Partito Comunista* de Paolo Spriano, cuatro discos de Fausto Papetti con imágenes en las carátulas subidas de tono, el diccionario italiano-ruso de bolsillo editado por Vallardi, un ensayo sobre el contrato de trabajo (aplicado a los obreros metalúrgicos) de 1979, un curso de la editorial Hoepli sobre dibujo técnico, el *Manuale pratico del tracciatore-tubista industriale*, un taladro eléctrico, una radial, un grupo de soldar, una morsa, un taller con banco y dos pipas. Por último, el número 13, de diciembre de 1995, de *La Bussola*, periódico de la FIOM de Génova, y una pila de álbumes de Tex Willer.

Del *Manuale pratico del tracciatore-tubista industriale* hay que decir que ese era su libro de fórmulas mágicas. Para mí es realmente ininteligible, con sus dibujos de tubos en cruz y en horquilla, tolvas, tubos curvados en caliente y demás metafísica propia del tubero trazador: las cumbres nouménicas del idealismo de la soldadura.

En cuanto a las dos pipas, merecen una breve referencia semiótica: fueron selladas con el timbre comercial de Real Briar Oxford y de Araldica Real Briar, lo cual quiere decir que son de auténtica raíz de brezo. Según mi madre, fueron un regalo de mi tío y salieron de los talleres de Ghirlanda, en Massa Marittima, que ya no existen pero que durante muchos lustros se especializaron en la fabricación de pipas a partir de las abundantes raíces de brezo arbóreo de los bosques mediterráneos de la zona. Las pipas son semiindustriales, una es del modelo Pot, la otra es húngara, de un corte difícil esta última. No muestran una manufactura excelsa, sobre todo la húngara, puesto que no es perfecto ni siquiera el orificio para inspirar el humo, que está ligeramente desviado del eje, con el resultado de que la pipa no quema todo el tabaco; imagino los juramentos de mi padre al verse obligado a inspirar incesantemente. De hecho, el hornillo tiene señales de combustión solo en la parte alta, lo que demuestra que al poco tiempo de encenderla la pipa se apagaba y él tiraba la picadura. La boquilla es de ebonita negra y tiene las marcas de los dientes de Renato.

Esta es su historia, la historia obrera de un tipo cualquiera, una historia como tantas, de los que se criaron en la posguerra, obraron un pedazo del *boom* económico italiano con su propia piel, vivieron la crisis del petróleo de 1973 en sus bolsillos y murieron a comienzos del nuevo siglo, enfermos

tras dejar de trabajar. Aniquilados por un asesino en serie implacable que actuaba en Casale Monferrato, en Taranto, en Piombino y en decenas de lugares más. Esta es la historia de un hombre que empezó a ganarse el pan con catorce años, que entró en la fábrica y que nunca llegó a salir de ella en realidad, porque las instalaciones industriales hicieron anidar en sus células su propia carga negativa. Alguien que se vio forzado por motivos profesionales a exponer su cuerpo a todo tipo de metales pesados. Un trabajador que vio cómo las condiciones de seguridad en las factorías se iban deteriorando cada vez más. Un padre que hizo estudiar a sus hijos con la engañosa creencia de que mandarlos a la universidad era una forma de evitarles la subordinación de clase. Alguien que se enfundaba guantes de amianto y monos de amianto, y que se metía él mismo bajo una lona de amianto, porque derretía electrodos que liberaban chispas de fuego a pocos pasos de gigantescos tanques repletos de petróleo y que bajo aquella lona respiraba zinc y plomo, para acabar tatuándose en los pulmones una buena parte de la tabla de elementos de Mendeléyev. Hasta que una fibra de ese amianto que lo rodeaba como una jaula dio con el camino que llevaba a su pecho y permaneció allí durante años. Y luego, una vez cerrada su cartilla de trabajo, esa fibra comenzó a teñir de negro sus células, corroyendo la materia neural de la espina dorsal hasta llegar al cerebro. Un óxido que no podía lijar. Lesiones cerebrales que no podía soldar. Juntas que empezaron a tener fugas, en el estado de ánimo, en la memoria, en la locomoción, en la orientación…

Me he preguntado muchas veces si sufrió. Si tendríamos que haberle dado más morfina. Esa droga —a él, que hablaba mal de los «drogadictos» entre vaso y vaso de vino Tavernello— debió de regalarle los últimos momentos felices. Algo más que una anestesia. Finalmente era libre para olvidar ese mono que se había subido a su espalda. Soñaba feliz: cabalgaba por las celestes praderas, como los héroes de nuestros cómics del Oeste. Sus últimas horas fueron duras para nosotros, pero él ni siquiera se dio cuenta: estaba con el Capitán Miki y con Blek el Gigante, con el Comandante Mark, con Búho Triste y con Míster Bluff, con Chico y con Tiger Jack y con Kit Carson, galopando juntos por las celestes praderas y por los bosques de Darkwood, libre ya del lastre de acero y óxido que lo tenía atrapado en la tierra.

En un palacio de justicia

Al morir Renato ni siquiera se nos pasó por la cabeza reclamar «daños» planteando una causa penal. Pero un día contactó con nosotros el patronato sindical y nos informó de que iba a vencer el plazo para solicitar la prestación de la Seguridad Social por exposición al amianto, una solicitud que Renato había presentado cuando aún vivía. Como herederos, teníamos derecho a volver a plantear la demanda. Decidimos seguir adelante, no por motivos económicos —a mi madre, en caso de victoria, le mejoraría ligeramente el cómputo para la pensión de viudedad—, sino por ver reconocido el principio de que Renato estuvo expuesto al amianto y de que el amianto guardaba relación con el cáncer de pulmón que lo asesinó. Había que seguir adelante —aunque fuera ante esa diosa con los ojos vendados y la balanza en la mano de la que recelábamos, porque con demasiada frecuencia la habíamos visto ponerse del lado de los poderosos—, confiando en que la movilización de los familiares de las víctimas del trabajo diera un margen de maniobra para la verdad, que no se asoma muy a menudo a las salas de los tribunales. Había que seguir adelante por quienes nos habían dicho que no se podía seguir adelante, que haría falta exhumar el cuerpo. Había que seguir adelante porque cuando mi madre acudió al patronato, a pesar de que los empleados no sabían qué camino se debía tomar, los viejos obreros amigos de Renato la animaron a continuar la lucha contra el INPS y el INAIL. Había que seguir adelante contra los médicos que no querían arriesgarse a declarar negro sobre blanco que Renato había enfermado por culpa de la nocividad que respiraba en las fábricas, médicos que apelaban a «la objetividad científica», que pretendían curar un tumor sin tener que enfrentarse a las causas sociales y profesionales que lo habían provocado. Había que seguir adelante por los dirigentes de las compañías en las que había trabajado, que miraron a otro lado cuando buscábamos algún testimonio contra la empresa. Había que seguir adelante, en definitiva.

Lo primero que se debía hacer, conforme a la legislación, era reconstruir el currículum laboral de la persona expuesta al amianto, a poder ser con

una declaración de la empresa relativa a la presencia de amianto en sus instalaciones. Cosa que no era fácil, porque Renato había trabajado en un sinfín de lugares. Las empresas no emitían de buena gana certificados que atestiguaran su nocividad para la salud de los trabajadores, y el INPS y el INAIL no te respondían fácilmente. Mi madre tuvo que escribir y volver a escribir. Y cuando le contestaban, las respuestas eran negativas. Un funcionario del INAIL, sabiendo lo doloroso que es reabrir el luto, incluso le dijo a mi madre que el único modo de seguir adelante con el procedimiento era exhumar el cadáver y hacerle una autopsia (lo cual era absolutamente falso).

He aquí un ejemplo de respuesta del INAIL:

> «INAIL de Génova
> A Renato Prunetti
> Notificación de denegación.
> En respuesta a su solicitud presentada el 02/12/1996 [Nota del autor: en realidad era el 2006], con base en las comprobaciones realizadas por esta institución, y tomando en consideración las indicaciones contenidas en el currículum laboral facilitado por el empleador […], se declara que en la compañía Crosa, instalaciones de Busalla, el empleado señor Renato Prunetti no se vio expuesto al amianto en las medidas previstas en la ley».

Se trata de una obra maestra de humor negro: a una carta de mi madre, en la que se presentaba como viuda de Renato, responden confundiendo la fecha, atrasándola diez años y sin ni siquiera darse por enterados de que mi padre había muerto, expuesto a niveles que van mucho más allá de las medidas «previstas en la ley». En cuanto al hecho de que en las instalaciones de Busalla hubiera amianto, es algo que posteriormente se vieron obligados a admitir.

Tras errar el INPS y el INAIL en su primera jugada —es decir, negar a todos los efectos que Renato hubiera trabajado en contacto con el amianto —, la segunda consistió en reconocer que sí, que Renato se había visto expuesto al amianto, pero durante un periodo inferior a los diez años «previstos en la ley» y a intervalos, por lo que no era posible estimar un promedio. En realidad, se mantuvo en contacto con el amianto durante un periodo que superó sobradamente los diez años, aunque al no haber trabajado siempre en la misma fábrica, y dado que no se pudo seguir el

rastro de los dirigentes de la antigua Gargano, era imposible estimar de forma precisa los lugares y los periodos de trabajo. Así las cosas, a mediados del 2011 el camino hacia el juicio parece que se pone cuesta arriba, lo cual no beneficia a mi madre; las diligencias judiciales mantienen abierta la herida, el litigio se eterniza, el luto se prolonga en el tiempo y la tentación de tirar la toalla es fuerte.

En cierto momento parece que gana crédito la tesis de que Renato no se había visto expuesto al amianto en los años setenta y ochenta porque su empresa tenía la sede en corso Trieste, en Novara, en un lugar donde no había contaminación ambiental de amianto. Pero en corso Trieste de Novara estaban únicamente la sede central y la razón social de la empresa de mantenimiento de estructuras industriales para la que Renato trabajaba. Renato trabajó siempre como *trasfertista*, aparte de algún que otro paso por Novara. Como evidencia de esta verdad, le entrego al abogado un fajo de nóminas y las fotocopias de un par de hojas de la vieja agenda telefónica familiar de las décadas de los setenta y ochenta. Son las páginas correspondientes a la letra R y, de hecho, salvo contadas excepciones, todas las casillas remiten al nombre de Renato y a sus mil y un desplazamientos. Son páginas de la agenda de la mujer de un *trasfertista*. Hay un sinfín de números de hoteles, unas veces indicando el nombre del mismo, otras veces únicamente con el teléfono asociado al nombre de Renato. En otros casos figura el restaurante o la tasca donde cenaban él y sus compañeros de trabajo. Solía llamar a casa o hacer que lo llamásemos a la hora de la cena, o justo después. Y lo cierto es que también en esto los datos presentados tienen fallos, porque faltan numerosos hoteles del sur. De Taranto, cuando trabajó en la acería más grande y contaminada de Europa, y después en las refinerías y en el complejo químico de Siracusa, por ejemplo. Solo con comprobar los prefijos se ve que abarcan todo el noroeste. Son restaurantes y hoteles en los que tenía su base, a tiro de piedra de las factorías a las que lo enviaban a soldar tuberías. He aquí una muestra, para nada exhaustiva:

0321 Novara, Il Gabbiano (provincia de Novara)
050 Hotel Roma Tirrenia (provincia de Pisa)
Renato 0321 (provincia de Novara)
Restaurante San Martino di Trecate (Novara)
0321 (provincia de Novara)
Renato Marina C. 0585 (provincia de Carrara)
Il Tabarro 0382 (provincia de Pavía)

Renato, Empoli da Gina 0571 (Empoli)
Renato, Cartiera ma 051 (provincia de Bolonia)
Hotel Villa Rosa 070 (provincia de Cagliari)
Renato, Arcola 0187 (provincia de La Spezia, Arcola)
Renato, Colleferro 06 (provincia de Roma, Colleferro)
S. Salvatore (AL) 0131 (San Salvatore Monferrato, Alessandria)
Mantua 0376 (provincia de Mantua)
Novara Galliate, hotel S. Carlo 0321 (provincia de Novara)
Villa Gina Gonzaga 0376 (Gonzaga, provincia de Mantua)
Hotel Italia San Nazzaro 0382 (San Nazzaro dei Burgundi, provincia de Pavía)
Hotel Il Pappagallo 0376 (provincia de Mantua)
Trattoria Stella, Cremona 0372 (provincia de Cremona)
La Brianza 0523 (provincia de Piacenza)
Hotel Mistral, Cerdeña 0781 (provincia de Cagliari)
Pian de Grilli 010 (provincia de Génova)
Pensión I Due Mori, Carbonaro Po 0386 (provincia de Mantua)
Restaurante Ines Colleferro 06 (Colleferro, provincia de Roma)

Otra cosa que encontramos en un cajón es un fajo de nóminas de Gargano a nombre de Renato. Prueban que trabajaba casi siempre en itinerancia; a saber, en instalaciones donde resulta verosímil garantizar (aunque solo sea por las tareas desarrolladas por un soldador tubero) que el contacto con el amianto era evidente.

Las nóminas halladas demuestran un promedio (*grosso modo*) de más de 220 días al año en itinerancia documentada en el periodo que va de 1980 a 1983. A estos datos hay que añadir otro documento hallado entre los papeles de Renato: un certificado de sus ingresos por nómina del año 1976. Sobre un sueldo bruto de 4 907 535 liras, la retribución de Renato asciende a 3 212 193 liras. Hay numerosos conceptos, lo cual complica la interpretación de la nómina, pero es evidente que la itinerancia laboral tiene su importancia también ese año, y asciende a 1 010 700 liras. Al menos un tercio del salario real, quizás aún más teniendo en cuenta que en la retribución figuran después otros conceptos, como horas extraordinarias, primas, plus por familia, etcétera. Por cierto, se incluye también el concepto

«penosidad de la obra». Equivale a 11 000 liras en 1976. Entre los compañeros de Renato se rumorea que esa expresión era una forma de compensar a los obreros, de manera simple, por la presencia de materiales peligrosos y nocivos en las fábricas. Cuando el amianto comienza a ser identificado como un peligro real para la salud humana, ese concepto lo reemplazarán las corporaciones industriales por una expresión más aséptica, limpia de toda carga de responsabilidad empresarial: «prima». Una buena prima, ciertamente.

Tribunal de apelación de Florencia, sala de lo Social. 29 de septiembre del 2011. Un día muy caluroso de un septiembre atípico. Treinta grados húmedos y muchos mosquitos, además del tráfico en las avenidas de Florencia, el aparcamiento con riesgo de que se lleve el coche la grúa y una carrera ansiosa desde la estación hasta via Cavour, rozando librerías históricas en estado comatoso. Busco el número 57, supero piazza San Marco, echo una mirada fugaz a las barandillas de la Accademia, instaladas para privar de un lugar de refugio a los estudiantes y a los marginados, y llego finalmente al edificio del tribunal de apelación. Me esperaba un control de seguridad minucioso, pero se conforman con darme un pase a cambio de un documento de identidad. Entro, sigo las indicaciones, subo a la segunda planta. Diviso un corrillo de personas, accedo a una estancia sobria. Sin pompa judicial. Solo hay la habitual leyenda que dice que la ley es igual para todos, y un grupo de abogados a la espera ojeando una lista colgada con una chincheta en el tablón de anuncios. Es la relación de causas. Son treinta y cinco, la que lleva mi nombre es la vigesimoquinta. Me digo a mí mismo: «Esto va para largo». El tribunal se constituye con cinco minutos de adelanto. Tres jueces, más la secretaria. Los abogados entran en estado de agitación.

Comienza, pero lo que yo creía que iba a ser un maratón resulta que es una carrera de cien metros lisos. ¡El tribunal aplaza, pospone, no consta que el expediente haya sido enviado, remite a, silencio, por favor! Se discute, en su ausencia, sobre trabajadores portuarios y estibadores de Livorno que no han visto reconocida la prestación por enfermedad, sobre un recolector de aceitunas de Grosseto que demandó a la empresa, sobre un obrero de una empresa láctea de Sorano y sobre varios albañiles en conflicto con el ingeniero municipal. Ojalá se hallaran aquí conmigo, al menos estaría en buena compañía. Sin embargo, no hay ninguno de los demandantes. Estoy rodeado de abogados pulcros, aseados, perfumados, con americana y corbata o con traje. Pero hace un calor insoportable y, como de costumbre,

yo soy el único que está sudado, aunque soy el más alto y el que tiene los hombros más anchos. Me viene a la mente *Figli dell'officine (Hijos de los talleres)* y poco menos que me pongo a cantarla. El número veintitrés, el número veinticuatro… Cuando pronuncian mi nombre se presentan ante los jueces dos abogados: la mía, que en realidad es una suplente del abogado del patronato de Grosseto, y otro de la parte contraria, con pinta de tener mucha escuela. El juez dice solo una palabra: «¿Sentencia?». Mi abogada asiente, el de la parte contraria también. El juez sigue adelante con la lista: el número veintiséis es… Yo me quedo sin palabras. Han pasado únicamente seis segundos de una audiencia que, a mis ojos, con su tristeza, pone en el plato de la balanza el peso de la muerte de mi padre. Seis segundos, el tiempo justo para decir «¿Sentencia?», que hace que resuene en mí una armónica y que venga a mi mente Lee Van Cleef en una película de Sergio Leone que Renato y yo vimos cuarenta y cinco veces. Me quedo aún más estupefacto cuando miro el reloj. Son las

10.25,

casi treinta causas han sido examinadas a un ritmo de una por minuto. Va a toda prisa la justicia con la balanza en su mano. Unos pocos minutos más y podré hablar con mi abogada. Tengo que saberlo. ¿Por qué ha aceptado el visto para sentencia? El informe del perito designado aún no había sido registrado a pocos días de la audiencia. Yo llegué a temer incluso que hubiera un enésimo aplazamiento. Si el peritaje nos era favorable, ¿por qué el abogado de la parte contraria no trató de obstaculizarlo? ¿A lo mejor porque la exposición al amianto y los argumentos resultaban demasiado evidentes? ¿O acaso el asesor técnico designado peritó en contra y mi abogada no ha querido oponer resistencia? ¿Tenía las nóminas que pocos días antes yo le había entregado al abogado de Grosseto para rebatir la hipótesis de que Renato habría trabajado en la sede central de la empresa? A fin de cuentas, ella ni siquiera sabía que yo estaba asistiendo a la audiencia. En cualquier caso la espero, me presento y le pregunto qué está pasando. Ella dice que en breve llegará la sentencia por correo. Y que la vista ha sido tan corta porque la discusión se hace previamente, en la sala de deliberaciones. «Ya, pero… ¿y el dictamen del médico, del perito?». «Ha sido favorable, eso me han dicho en el bufete». «¿Y es por eso que ha aceptado el visto para sentencia?». Si es así, está bien. Si es así, sería una victoria, amarga, pírrica, quizás ni siquiera eso, aunque al menos supondría la reafirmación de un principio y el reconocimiento de lo que un médico sostiene y lo que otro, por «la objetividad científica», no estaba dispuesto a

poner por escrito a pesar de que afirmaba *sottovoce* que a Renato lo había matado el amianto, día a día, en las diferentes factorías de Italia en las que había trabajado. Regreso a piazza San Marco, me voy con el suspiro de alivio habitual cuando me alejo de los palacios del poder. Vuelve a mi mente una canción de Ciampi sobre el palacio de justicia, él se preguntaba cómo explicar una vida en dos frases, pero se trataba de otra historia. Aquí han explicado una vida con una sola palabra: «¿Sentencia?». Por un instante regreso a Lee Van Cleef, el justiciero que mi padre habría querido para sí, una sola palabra podía bastar; el resto eran silencios, armónicas, el galope de los caballos y después el plomo de los Colt 45. Como si fuera «Tex Willer contra esos tizones del infierno de la Banda del Amianto». Estoy de mala hostia y al mismo tiempo me siento electrizado, no me apetece ni siquiera el bocadillo de *lampredotto*, ni siquiera el cocido de Nerbone, en el Mercato Vecchio. Tal vez una espuma rubia o un tinto de los que bebía él, con regusto a metabisulfito, en su memoria. Esperamos esa dichosa sentencia, llegará por correo en pocos días.

Pero la sentencia no llega. La abogada no nos informa de novedades, ni tampoco el cartero. Mi madre está cada vez más inquieta; la única forma de tranquilizarla es volver a via Cavour en Florencia y pedir información en secretaría. Vuelvo otro día de sol: dejo mi documento de identidad, solicito indicaciones, subo el tramo de escaleras. Me equivoco en un par de puertas antes de encontrar la sección de lo Social. Hay cola. Una joven abogada, de esas pasantes que hacen el papeleo de los bufetes dando botes de una oficina a otra, se pone a charlar conmigo para matar el tiempo de espera. Ella me ayuda a encontrar la referencia del proceso en el terminal que hay al final del pasillo. Es la primera confirmación, telemática, de que se ha dictado sentencia. Relleno un formulario en papel, finalmente entro. Al cabo de cinco minutos, la señora de la secretaría sale, vuelve y me entrega la fotocopia de la sentencia autentificada. Selecciono los fragmentos fundamentales sin levantarme de la silla.

Leo que el informe del perito designado evidencia que Renato Prunetti «estuvo expuesto al riesgo de inhalación de polvo de amianto en niveles iguales o superiores a los que determina el Decreto de Ley 277/91 (artículos 24 y 31)». Las compañías y las instalaciones que se mencionan son Comont, de mantenimiento y carpintería metálica, en la Solmine de Scarlino (1971 y 1972); Gargano, de mantenimiento y carpintería, en diferentes plantas, principalmente refinerías (entre 1972 y 1985); Termat, de mantenimiento y carpintería, en la acería de Piombino (1989 y 1990), y Crosa, de

mantenimiento y carpintería, en la refinería de Busalla.

Se recoge además que Renato Prunetti, «basándonos en el análisis de la actividad laboral desarrollada», se vio expuesto al riesgo de inhalación de polvo de amianto «en los siguientes periodos: del 08/09/1971 al 10/5/1972, del 5/9/1972 al 4/2/1985, del 1/10/1989 al 25/1/1990 y del 2/7/1990 al 31/12/1992. Por un periodo total de quince años, nueve meses y 21 días».

«Este tribunal ampara la apelación presentada» por los herederos, «considera probado que el actor de la parte demandante se vio expuesto al amianto en los términos que prevé la ley, por espacio de quince años, nueve meses y 21 días», y «condena al INPS a llevar a cabo la correspondiente reevaluación contributiva», además del pago de las costas procesales. Todo esto en Florencia, a 29 de septiembre del 2011.

La sentencia es registrada en secretaría el 21 de octubre del 2011.

¿Se ha hecho justicia? No, nunca se hace. Justicia es no morir en el trabajo, no morir ni ver morir a tus propios compañeros. No tener que morir «en los términos que establece la ley». Es trabajar sin ser explotado. Y que lo que es un derecho estando vivo no te sea reconocido cuando ya has muerto. La sentencia afirma solamente que Renato estuvo expuesto al amianto, no que el amianto lo mató, pero no cuesta mucho sumar dos más dos. Sin embargo, ciertos médicos apelarán de nuevo a su epistemología para no admitir el vínculo existente entre nocividad y exposición, porque eso acarrearía repercusiones sociales acerca de su saber. Y la Seguridad Social, asumiendo una ligera revalorización de las pensiones de las viudas, descarga sobre la colectividad (sobre los trabajadores que financian las arcas del INPS) esa responsabilidad que debería ser asumida por el empresario, por las empresas que han obtenido beneficios a costa de los obreros enfermos o expuestos. Ellos son los que deberían pagar y ellos deberían asumir todo el saneamiento del amianto. Pero es más fácil hacer pagar a la colectividad que a la cofradía de patrones.

Por tanto, la sentencia deja un sabor amargo. Renato debería haber tenido derecho a jubilarse con varios años de adelanto, porque el coeficiente de 1,5 implica, según mis cálculos, una prejubilación de siete años. Imaginaos qué estafa: te lo dicen cuando ya te has jubilado o incluso cuando ya estás muerto. Siete años de prejubilación son siete años fuera del yugo del trabajo, son siete años de vida, son siete años sin verte expuesto a la nocividad, a más amianto, a más plomo, a más metales pesados. Siete años pueden salvarte la vida al interrumpirse la deriva celular de un organismo que se ve empujado más allá de los límites de la biología en nombre de la

productividad, en nombre de los trabajos de mierda que los patrones nos obligan a hacer, pidiéndonos además sacrificios, flexibilidad, docilidad y gratitud. Siete años y habría podido ver al Livorno en Primera División. Idos a la mierda, de corazón os lo digo, durante siete años, durante siete años siete, mil veces siete os maldigo a todos, desde el jefecillo hasta la cúpula de la patronal industrial italiana. Son gente que si te equivocas y les das la mano tendrás que contarte los dedos para asegurarte de que los sigues teniendo todos, hatajo de ladrones.

En siete años de jubilación anticipada habría podido hacer cosas que nunca había hecho, cosas que me había dicho que quería hacer. Cuando regresé tras una temporada de trabajos de salario mínimo en Inglaterra, después de deslomarme en váteres, almacenes, comedores y pizzerías al otro lado del canal de la Mancha, le prometí que si mejoraba su estado iríamos a ver jugar al Arsenal contra el Chelsea en Londres. Le encantaba el fútbol inglés, quería verse allí para saber cómo demonios lograban que la gente no saltara al campo desde unas gradas sin vallas, y también quería ir a un *pub* a tomarse unas cervezas. Siempre me preguntaba por los obreros ingleses que trabajaban conmigo, los de mantenimiento. Yo le había explicado cómo trabajaban, que los descansos eran sagrados, que llevaban siempre puesto el material de seguridad pero que lo tenían tan mugriento que parecía que la porquería fuese un emblema, que era gente que sabía hacer de todo, como mi compañero Bryan, de *maintenance*, que tenía casi su edad y que una vez logró incluso que un coche arrancara conectando dos cables bajo el salpicadero, y que nos contó que muchos años antes, cuando era un *teddy boy*, había tenido algún problemilla con la ley; o como aquellos que Renato rebautizó como los martilladores, gente que para colocar una abrazadera alrededor del tubo la metían a fuerza de *fucking* y de martillazos en vez de ajustarla con el destornillador. Él se ilusionó muchísimo con esta historia, que en parte me había inventado, únicamente para que se hiciera una idea. «Vaya, esos martillan, no son más que martilladores. No andan con chiquitas, dos martillazos y listo, esos te la meten sin vaselina en menos de lo que se tarda en escupir en el suelo», me decía, prácticamente como si él los hubiera conocido. Y realmente estaba viendo, con sus ojos, a unos bárbaros brutales rubios e hinchados por la cerveza con sus llaves inglesas y sus cascos amarillos. Gente que tenía hombros como armarios de doble puerta. «Vaya, si yo tuviera esos hombros viviría sin complejos», decía. Siempre me preguntaba si bebían, si blasfemaban, de qué equipo de fútbol eran seguidores; en definitiva, si eran como nosotros o no. Y yo le

respondía: «Sí… sí».

Mi padre era soldador tubero. Alguien que empezó a trabajar con catorce años y que con cuarenta ya había sufrido la invasión de los ultracuerpos y no podía oírnos a causa del ruido de la fábrica. Para él un trabajo era algo que exigía que te rompieras el culo. Los que estaban frente a una mesa y no sudaban, no trabajaban. Ya fueran contables, abogados o profesores, formaban parte de una sola categoría: la de los curas. Gente que no tenía ganas de trabajar. Un día le leí estas palabras escritas por Luciano Bianciardi en su novela *El trabajo cultural* y que atribuye a un tal Corinto, albañil inválido y posteriormente bedel estalinista, si bien era hijo de anarquistas. Fue una revelación; se le apareció Mao y se quedó con la boca abierta:

> Pon que llega uno y dice que quiere ser contable. «Tú», le diría yo, «quieres ser contable, ¿verdad?». «Sí», respondería aquel. «Contable, ¿seguro?». «Sí», diría, «contable». «Pues mira», le diría yo. «Contabilidad está en el segundo piso. ¿Ves ese saco de ahí, el del patio?». «Sí», respondería el contable. «Está lleno de polvo de mármol», continuaría yo. «Contabilidad está en el segundo piso. Y ahora tú, mi querido contable, vas a llevar al segundo piso, donde está contabilidad, el saco lleno de polvo de mármol. ¿Queda claro?». El polvo de mármol es compacto y pesa lo que no está escrito; un saco lleno pesará un quintal, si no un quintal y medio. Si puedes, trabajas de contable, si no, adiós muy buenas. ¿Qué son todos esos contables burgueses cantamañanas, con un pechillo que parecen palomas?

También mi padre quería mandar a los curas a la cooperativa, siguiendo las directrices de
Corinto-Lucianone:

> «Y los curas también a la cooperativa», me decía Corinto. «A las seis de la mañana reunión de todos los curas. Entro yo: "¿Cuántos curas tenemos? ¿Doscientos veinte? ¿Ah, sí? Muy bien, para decir misa sobra con tres, los demás a la cooperativa, a trillar". Todos en formación, con la sotana negra, encabezados por el obispo, con eso, ¿cómo se llama?,

> mitra, ¿verdad? Con la mitra en la cabeza y el báculo pastoral en la mano. A la cooperativa a trillar. Venga, curas, limpiadme el cascabillo de la trilladora, dadle duro ahí al rastrillo. Ocho horas, regulares. Luego una buena somanta de palos, a todos, y ya se va viendo sobre la marcha: quien ha trabajado, come; a los otros, somanta y punto. Pero no toda la vida, ¿eh? Tres meses, con tres meses sobra. Quien aguante, bien por él: somanta, pan y sopa; a los otros somanta y punto».

Y luego Corinto sentenciaba: «Hay demasiados cantamañanas por ahí, demasiados curas, demasiados intelectuales».

Renato pensaba del mismo modo y lo decía. «Blandengues», añadía con tono lapidario en referencia a los explotadores de la clase media-alta, gente sin consistencia. Pero esa forma de contar una verdad no era la del cristiano Pablo a los crédulos tesalónicos (que ahora, de hecho, están enfangados hasta el pescuezo), porque para él «quien no trabaje, que tampoco coma». Así es la historia burguesa, una mentira que esconde la verdad, porque quien trabaja muere por el trabajo. Como Renato. Por eso, paradójicamente, a pesar de que la tenía tomada con los *leggére* —que en el dialecto vernáculo de Grosseto son los vagabundos— casi habría preferido que yo no trabajase. No me quería llevar con él a limpiar los tanques de hidrocarburos de las refinerías, ni siquiera en verano cuando yo ya había cumplido dieciocho años. «La fábrica es el último pan. Estudia», me decía. «Al menos no enfermas».

Mi padre era un obrero que, aprovechando la ola del *boom* económico neocapitalista, pudo mandar a sus hijos a la universidad. Me había enseñado unas cuantas cosas que podía hacer con las manos, como cortar dos tubos, conducir un tractor o meter un taco en una pared; desmontar, engrasar y volver a montar una motosierra; fijar con varios remaches una chapa en un armazón metálico o doblar una varilla en una morsa. Pero luego se detuvo. «El grupo de soldar no», me dijo. «Con eso enfermas. No trabajes. Estudia», me decía.

Estudié. Luego, tras una serie de trabajuchos, comencé a trabajar en el sector editorial. Soy redactor externo y traductor. En precario. A veces no tengo nada. Otras veces hago diez mil caracteres al día, como mínimo. Si los plazos son cortos, incluso más. Mi récord personal está en cuarenta y tres mil caracteres al día. Es una barbaridad. Lo hice una sola vez para terminar

un trabajo que debía entregar, con la ayuda de un dictáfono. Para volverse loco. Mejor la fábrica, me dije.

Desempeño un trabajo cultural y tengo treinta y nueve años. A mi edad, mi padre, obrero metalúrgico sindicado en la FIOM, ya había comprado casa. Yo, «trabajador cognitivo precario», a duras penas puedo pagar un alquiler. Y lo mío es todo lo contrario de la flexibilidad: a fuerza de estar sentado traduciendo ensayos del inglés o del español durante ocho o diez horas diarias en una postura innatural, me ha salido una protrusión discal con una contracción de los discos en la zona lumbar. Las rodillas crujen por el exceso de inmovilidad. Y tengo una tendinitis casi crónica que me sube desde las manos hasta los codos, haciendo que grite de dolor mientras estoy escribiendo estas líneas.

Esto es lo último que me gustaría decirle: papá, he subido el saco de polvo de mármol al segundo piso. Pero la contabilidad ya la han saqueado los patronos y para nosotros, los hijos de los obreros que hemos probado a subir las escaleras, no ha quedado nada. Simplemente nos han jodido, Maremma asquerosa.

COMO STEVE MCQUEEN

¡Malditos bastardos, todavía estoy vivo!

Papillon, con más rabia que dientes.

Yo cuento así las cosas, mezclando recuerdos y documentos como en el *magrone*, aquel mortero grueso amasado con arena de mi infancia. Sin embargo, es como si hubieran hecho, por error, una película con esta historia, porque recuerdo haber visto algunos fragmentos en una extraña proyección cinematográfica que se asemejaba a un sueño. O a lo mejor era realmente un sueño. El cine se hallaba entre los muros de la vieja fundición de Follonica, la primera de Ilva en Italia. Para picar las entradas estaba Guido Pepe, aunque no las picaba, porque nos dejaba entrar gratis. La sala estaba a oscuras y en un momento dado el proyeccionista se marchó. «Me ha llamado mi padre… ¡Se nos han escapado los cerdos!». De modo que dejó el proyector a la deriva y se fue corriendo a su huerto. Había que confiar en que la cinta siguiera adelante sin atascarse. Cosas que ocurrían en otros tiempos. Si se interrumpía la proyección, todos empezábamos a silbar, y así llegaba alguien para volver a poner en movimiento los fotogramas; pegaba la película con un trozo de celo, cortaba el fotograma averiado y montaba otra bobina. Pero a veces se saltaba varios metros de película o hacía algo peor: se equivocaba de bobina y si, pongamos por caso, habías ido a ver *Rocky* acababas viendo una película de ciencia ficción. Aunque la gente no se quejaba en absoluto, porque rellenabas los huecos con la imaginación y podía ser que los actores fueran los mismos. Probablemente fue con un cambio de bobina equivocado como se materializó en la pantalla el vagabundo Alvaro disfrazado de garibaldino. Y no solo él: fueron surgiendo todos los protagonistas de esta historia. Estaba el cura energúmeno y el herrero con las gallinas, estaba el míster del «Me cago en la

hostia» y el calabrés de los huevos. Y luego, de repente, apareció en la película Francesca, con cara de incredulidad porque le había llegado una carta del INPS diciéndole que le iban a revalorizar su pensión de viudedad en setenta euros mensuales, por la exposición al amianto de Renato. Eso es todo lo que vale haber respirado ese mineral.

Después en la película aparecía también Angelo, el compañero de Renato, que enfermó y murió también él hace un año. Francesca aún recuerda cuando vino a visitar a Renato al cementerio y ella lo llevó a nuestras tierras para comer unas uvas. Por desgracia, los jabalíes lo habían «vendimiado» todo y quedaban apenas unos racimos. En ese momento, mientras arrancaba las uvas del tallo, Angelo rememoró aquella ocasión en que toda la cuadrilla de obreros fue enviada a una refinería en las inmediaciones de Monfalcone, a finales de la década de los setenta. Tenían que instalar unos tanques nuevos y los fijaron de la mejor forma posible. Pero una noche sopló un viento del norte terrible, de esos que cortan la piel, y cuando a la mañana siguiente fueron a la planta descubrieron que solo quedaba en pie un tanque, los demás se habían desplomado. «¿Y sabes cuál fue el que quedó en pie?». Aquí Angelo hizo una pausa y comió una uva. «¡Justamente el que había fijado Renato!». En ese momento comencé a escuchar, como banda sonora, las notas de *Working class hero*, de John Lennon. Luego, en la película, aparecían unos niños jugando al balón; se les metía en los ojos alguna que otra paja o astilla, y entonces el míster arrancaba una ramita de eucalipto para sacar la paja. Ahí recordé que también a mí me había sucedido eso. El míster me separó los párpados con dos dedos y con un movimiento rápido de muñeca me quitó la paja del ojo sin herirme el globo ocular. Yo estaba perplejo ante tal destreza. Renato me dijo que él también sabía hacerlo. Esa era una de las primeras cosas que te enseñaban cuando entrabas a trabajar en una acería; entre compañeros siempre había que ayudarse para sacar las cosas que acababan en tu ojo, porque como tuvieras que esperar la autorización para ir a la enfermería… Y ahí Renato hizo una pausa, tomó aliento… «looo lleevas claaaro», me dijo poniendo las manos a modo de megáfono ante la boca e inclinándose hacia delante.

Más tarde, en esta película nos mostraban nuestro taller. Él acababa de recibir el alta en el hospital y había recuperado peso. Dijo: «Probemos a hacer algo juntos». De modo que nos pusimos a soldar una junta de hierro que necesitaba yo, pero salió mal; su mano ya no era precisa, aun cuando seguía llena de callos tras el largo periodo de hospitalización. Y yo miraba

aquellas manos callosas y pensaba que los callos en las manos de los obreros son bonitos, al igual que las arrugas en las caras de los viejos. No obstante, pudiera ser que este pensamiento elaborado me viniera después, allí y entonces lo que pensaba es que necesitaba un angular de acero cortado y soldado a medida. Simple y llanamente. Aquel día provocamos fuegos artificiales, porque Renato conectó al revés los bornes del grupo de soldar. Su cabeza ya iba un poco por libre; el neurólogo me dijo que tenía una bomba en el cráneo y cuando le pregunté quién se la había colocado me miró mal. Así es que en cuanto cerró el puente eléctrico saltó una llamarada y a continuación el cortacircuitos nos dejó a oscuras. Aquello fue el final de la soldadura. Cubrimos con una tela el grupo de soldar y yo juré solemnemente sobre la morsa del taller que en invierno le echaría siempre anticongelante al tractor, una promesa que nunca he traicionado. El último trabajillo que hicimos juntos fue realmente amargo, porque consistió en cavar una fosa para nuestro perro. Tenía una perra formidable, agresiva con terceros pero con nosotros devota y alocada, un cruce entre pastor alemán y pastor de Maremma. De la raza alemana le venía la velocidad y de la de Maremma, la locura. Se llamaba Zolla, *terrón* en italiano, debido a su color leonado, como la tierra desmenuzada con la rastra de dientes y nivelada con la rastra de discos. Zolla tenía unos ojos morenos como castañas y sus huellas, holladas por kilos de arrogancia canina, anunciaban un sinfín de problemas a los pastores errantes y a los cazadores que acechaban a la presa. Zolla cayó enferma y no era capaz de recostarse, porque también ella debía de tener un tumor, en el estómago. El veterinario me había dado cita para operarla, yo le había comentado que estaba dispuesto a gastar más dinero de lo que cuesta un cartucho de escopeta (lo digo con pesar, pero en ocasiones una bala de plomo es la moneda con la que se pagan las curas de los perros en la zona de la que soy). Fui con Renato a buscarla a nuestras tierras, pero llegamos demasiado tarde. La encontramos tumbada sobre la hierba, ya muerta. Teníamos que enterrarla y yo me puse a cavar una fosa bajo un viejo almendro. El terreno era compacto y sudé lo mío, porque el cuerpo de un perro pastor que pesa más de treinta kilos requiere espacio y profundidad. Renato no podía cavar, su sentido del equilibrio era precario; miraba y fumaba. Cavé un hoyo amplio y profundo, y luego tuve que pedirle a Renato que me ayudase. Él ya no caminaba nada bien, se tambaleaba incluso sobre el pavimento liso de casa, así que imaginad en un terreno campestre, lleno de irregularidades. Sin embargo, no escatimó las fuerzas que le quedaban y juntos, elevando a nuestra Zolla cada uno por un par de

patas, la cargamos en una carretilla y después la deslizamos suavemente sobre el lecho de arcilla bajo el almendro, cubriéndola con la tierra, que iba cayendo a paladas. Habríamos renunciado de buena gana a aquel trabajo, porque fue verdaderamente ímprobo y nos hizo enmudecer: era un mal augurio y confirmaba que incluso frente a la muerte, a nosotros —y sobre todo a Renato, cansado y con el físico minado— siempre nos tocaba remangarnos hasta el último momento, y sudar, jadear y esforzarnos, y volver a casa más sucios que el palo de un gallinero, hasta el final.

Tras esta escena triste, el proyeccionista debió de coger otra bobina aleatoriamente, porque ahora la película es una comedia. En la pantalla estamos Renato y yo surcando velozmente con el viejo bólido la carretera Aurelia y parecemos la versión campesina de *La escapada*. Mejor que Gassman y Trintignant. Hacemos una parada para tomar un ponche a la livornesa y luego continuamos hacia Cecina. Cuando llegamos a La California, un lugar de la provincia de Livorno, le pregunto por qué se llama como la California estadounidense, que yo me imagino llena de muchachas rubias y de escenarios naturales exorbitantes (todo esto expresado en términos refinados para los espectadores cultos de la película, porque yo con él hablaba en dialecto, o de lo contrario no me entendía y me daba el trato de *manfruito*, término que se refiere, en su deformación campesina, a los hermafroditas y que se aplica a los hijos adolescentes de los grandes capitanes de la industria, que según dicen algunos se reproducen por autofecundación). Ponche en mano, Renato me cuenta una historia que merece ser transmitida a la posteridad, la de la fundación de la mítica La California (la de Livorno), que parece un relato apócrifo de un Borges cocinado en vino: según él, un día, hace más de un siglo, se presentaron en el puerto de Livorno un grupo de *gosti* —aldeanos de la provincia de Pisa— que habían decidido probar suerte emigrando a América. Unos marineros livorneses, siempre predispuestos en contra de los pisanos, accedieron a transportarlos en barco al nuevo continente a cambio de una buena suma de dinero. Los livorneses hicieron con ellos una travesía por el archipiélago toscano, superaron la isla de Gorgona, después bordearon la de Capraia y tras navegar un par de días por alta mar invirtieron la ruta y pusieron proa a la costa peninsular del Tirreno para acabar atracando un poco más al sur de Livorno. Cuando la embarcación, que no era más que un pequeño pesquero para el que resultaba imposible surcar un océano, tuvo a la vista los pinares y los bosques de lana verde de la costa livornesa, los marineros comenzaron a gritar: «¡Mirad, ahí está la California!». Y los pisanos comentaron: «Qué

bonito, es como si estuviéramos en casa». Así que desde aquel día eso es La California. Los pisanos estaban contentos también porque no era tan difícil hablar el idioma de las gentes de aquel lugar. Lo que más me hace reír es que aún hoy, cuando hay elecciones en los Estados Unidos, los de La California escriben al cónsul norteamericano porque reclaman el derecho al voto también ellos y no entienden por qué nunca les llega a tiempo la tarjeta electoral.

Luego está la historia de los curas que aparecen en la película. El párroco de las Colinas Metalíferas había conseguido prosélitos: ahora en el pueblo todos son de la Juve. Lo perdonan si a veces les da la lata haciendo sonar las campanas de noche cuando hay partidos de Champions League, o si daña las fachadas de las casas al frotar el lateral de su Fiat Ritmo conduciendo bebido mientras ondea una banderola blanquinegra. Lo perdono yo también, porque ser de la Juventus será un pecado, pero venial en todo caso. Lo bueno es que mientras se estaban cerrando negocios en el pueblo, él había abierto un bar, en el que se servía vino tinto cosechero tirado de precio. Por supuesto, no te dejaba beber solo, porque eso sí que sería un pecado, decía. Y él mismo bromeaba sobre esto del pecado y si yo hacía alguna travesura de adolescente señalaba que mi bautismo no era válido porque me había bautizado un pecador; es decir, él. Se lo conté a un viejo sindicalista de aquel pueblo minero, que había trabajado en la mina y al que le reconocieron la exposición profesional al amianto. Me escuchó con atención y a continuación me dijo: «¡Maremma burra, a mí me casó él! Entonces, según esa lógica, ¿estoy libre de todo compromiso?». Acabamos razonando sobre derecho canónico y marxismo delante de varios vasos de vino tinto en la feria de la oveja y el cerdo. Bebimos a su salud y llegamos a la conclusión de que si aquel cura era un pecador… mejor ser un pecador querido por todos que un santo que le cae mal al pueblo. De la misma pasta estaba hecho el cura energúmeno de Follonica, a quien la *vox populi* atribuye una descendencia bíblica, por ilegítima que fuera. Parece ser que complementaba sus «modestos» ingresos vendiendo como fertilizante los excrementos de las palomas que se refugiaban bajo el techo de la iglesia, y en el campanario alojaba todos los años a un cerdo. Nunca el mismo, porque —después de cebarlo— lo sacrificaba en el sagrado recinto con una soltura de muñeca digna de un matarife.

La película ahora se ha vuelto un docudrama y no pueden faltar los recortes de periódico que vislumbré en un cajón. Sobre todo, noticias de deportes. Lunes, 23 de abril de 1979. El Follonica Hockey comparte el

liderato con el Giovinazzo, con veintinueve puntos. *Cecina, la hora del triunfo*. El Milan de Nils Liedholm derrota al Verona en casa y sigue al frente de la clasificación (ese año el *Diavolo* ganará la liga italiana con el *Barón* sueco en el banquillo y Ricky Albertosi defendiendo los tres palos). *Il Tirreno* dedica dos páginas al derbi toscano

Pisa-Livorno,

que acaba con victoria visitante por

0-1

gracias a un gol en el minuto 83. Titular de información subordinada: *Reyertas multitudinarias, con un muerto y cuantiosos daños*. Ya entonces se mataban en los estadios, pienso. Después leo las primeras líneas. El muerto era un anciano de setenta y nueve años, residente en un asilo. Fue auxiliado en la grada, su corazón no resistió la tensión de una melé en el área y sufrió un infarto. Sin embargo, se registraron peleas a puñetazos por toda la ciudad y los informes daban cuentan de una persona «con herida en la región maxilar izquierda y tiempo previsto de curación de ocho días», así como otra con lesiones «en el cuero cabelludo». Tampoco faltaron las pedradas contra un paracaidista que estaba esperando el autobús. Después, el resto de noticias. Comienza en Grosseto el juicio por la primera víctima de la heroína en Maremma: una florista de Orbetello de veintidós años que apareció muerta en un banco de la vía pública. Trabajadores del metal en agitación sindical. Congreso nacional de curas obreros. *Hallado muerto el industrial secuestrado en Prato*. Un comando de fedayines ataca en mitad de la noche una localidad israelí. El artículo más relevante, a toda página, informa de la acusación de un fiscal adjunto de Padua que habría identificado a un profesor de filosofía como cabecilla de las Brigadas Rojas.

La pantalla ahora se ilumina con algunas imágenes de archivo. La lección de motosierra, por ejemplo, que en la zona de la que soy se trata de un rito de iniciación. «Te aconsejo que te coloques siempre por detrás, comprueba que la cadena esté lubricada, mantenla tensa y no dejes que la espada toque nunca el suelo… Aprende a quitar el cárter y trabaja con seguridad». O alguna sesión práctica a cuatro manos para que yo aprendiera algo. «Agarra por debajo, levántala para que vea la ampolla… Haz una señal ahí, con la tiza… Un poco más adentro. ¡Vale! Ahora quita las manos… Marca un círculo… ¿Se ve? Venga… Eso es, tira hacia arriba… Esto no dejes que se mueva, Maremma perra… Aguanta ahí, que no se salga de la guía… Vale, es suficiente… ¡Venga! Un poco más… Asegúrate de que el

destornillador esté siempre recto respecto a los tornillos… Pásame la llave del doce… Ahora empuja hacia atrás, ¿ya lo tienes? Esto tiene que entrar… Échale un poco de grasa… ¿Ha entrado? Entonces… *vada via al cul*» (de tanto trabajar en el norte había comenzado a intercalar expresiones piamontesas y lombardas que mestizaban su habla toscana). Todas esas inscripciones que hacía sobre los materiales tenían algo de mágico, eran una cábala de cifras que él escribía con un lápiz sobre la madera o con la tiza sobre el metal. Apuntes de carpintería en pleno proceso, de los que aún hoy de vez en cuando encuentro algún raro testimonio epigráfico en el taller. Entre los hallazgos de vídeo, montados en la película, están también las viejas filmaciones en Super 8 de la familia en los años setenta. Las imágenes temblorosas, en color, aceleradas por el cambio de formato, me sitúan ante mí mismo con tres años de edad, rubio y con el pelo largo, en el huerto de la abuela; previamente a la pelota, mi único juego consiste en amasar tierra en una caja de fruta y hundir en el terreno una azada en miniatura mientras una gallinita de raza Mugginese corretea detrás de mí. Tengo el pelo rubio y largo, aún soy un crío. Con cinco años, convertido ya en un hombre, Renato me impondrá el corte de pelo a lo Giacinto Fachetti, con la raya a un lado, en honor al gran defensa lateral del Inter de Milán.

A continuación, el montaje de viodeoaficionado yuxtapone esa imagen de un niño perseguido por una gallina con un plano corto de Renato y Francesca con ropa y peinado de los años setenta, una década en la que no se malgastaban energías para ser ricos o vestir a la moda, sino que la gente aspiraba a ganar un salario justo. ¿A quién le importaban la televisión o las vacaciones compulsivas? Para hacer fiesta estaban los domingos: íbamos al estadio, de regreso pasábamos por el cementerio, mamá susurraba allí unas palabras para el abuelo, Renato y yo nos movíamos entre las tumbas como campesinos entre las hileras del viñedo: aquí falta algo, esta piedra está torcida, mira qué chapuza hicieron los albañiles… Después la parada en el local de ARCI para comentar el partidazo de segunda categoría, que normalmente acababa con un gol de punterazo desde veinticinco metros y con el árbitro sitiado en los vestuarios. O íbamos a nuestras tierras para quemar la maleza del olivar y al final Renato, que había soldado una parrilla con unas varillas finas, se ponía a asar chorizos. Una vez hizo incluso algo que llamó «asado argentino», porque se lo había enseñado un obrero argentino con un gran bigote negro que había pasado por nuestra casa. Lástima que Renato confundiera el salero con el azucarero; lo que salió de aquello fue una bazofia agridulce. De todas formas, nos lo comimos. «Da

igual que sea de paja o de heno si el cuerpo está lleno», solía decir la abuela. Yo le respondía también con rima: «Si el cuerpo lo toma y el culo lo devuelve, te olvidas de medicamentos y de quien los vende» (este refrán se lo había tomado prestado a un tipo que cultivaba el huerto de detrás de nuestra casa y que andaba con el torso desnudo incluso en invierno, con pantalones de camuflaje y los pies descalzos a pesar de la estación, «porque así crías callos y nunca te resfrías», decía). Pero tras el cruce de rimas Renato se ponía serio y me regañaba: «¡No se dicen palabrotas, Maremma cerda!». Entonces yo me enfurruñaba, pero luego él encendía el transistor a pilas. Sandro Ciotti graznaba «Perdona, Ameri, perdona Ameri», Renato me decía «Comprueba la quiniela» y así hacíamos las paces. Hubiera estado bien acertar los resultados e ir el lunes al bar deportivo para recoger el botín apestando aún a humo de frasca de olivo, sudor y grasa de cerdo. Sin embargo, poco a poco descendía la tarde, se aplacaba el rumor de las motosierras, se enfriaban las brasas y la grasa de cerdo alrededor de las varillas de la parrilla adquiría el color de la brea. Los cazadores furtivos lanzaban los últimos disparos, que se perdían en el bosque, y los perros ladraban. Después se apagaban también los ladridos de la jauría y regresábamos a casa: Francesca y mi hermanita, con sus pañuelos en la cabeza; Renato y yo, con nuestros jerséis de rombos. En la quiniela no habíamos acertado trece, ni doce siquiera. Mamá debía meter en la bolsa de ante el mono limpio, las mudas de calzoncillos y camisetas. Y él, como siempre, debía coger el tren de medianoche que subía hacia las refinerías del norte, donde hace un frío que pela.

Un último salto de bobina. La pantalla se queda a oscuras durante dos largos segundos. Fotogramas apretados como tornillos. Banda sonora dominada por las armónicas. Ojos de hielo, azules, despiadados y justos. Uno de *Los siete magníficos*. Steve McQueen. Hermoso como un dios, el héroe de Renato. Uno que sabía manejar la radial y el grupo de soldar. Que sabía azulejar y que sabía aislar el casco de un buque. Un *working class* duro, un mito estadounidense, en huida desde la fábrica hacia la cima de los platós cinematográficos californianos.

Pero basta con un suspiro, una respiración profunda, para que una microfibra atraviese la barrera de los filtros nasales, se deslice por el esófago y se abra camino hacia los pulmones. Pasan veinte años y casi has olvidado cómo se maneja un martillo. Sin embargo, mientras ruedas una escena sin doble en una película del Oeste te das cuenta de que ya no eres el bastardo de siempre: te falta el aliento, la respiración es corta. A quién le importan las

luces de Hollywood. Esa fibra ha ganado la partida y da lo mismo si eres un actor o un azulejista. Mírate al espejo. Tienes la piel de un viejo y únicamente tus ojos son una explosión de metal azul. El resto es cuero, piel coriácea, uñas ennegrecidas debido al escaso intercambio de oxígeno. Y los pulmones se vuelven negros. Y cuando se apagan los focos, el viejo Steve vuelve a ser un pobre perdedor proletario con ojos demasiado bonitos, alguien que de niño dormía en el suelo y que en la vida nunca ha dejado de huir. Como en *Papillon*, como en *La gran evasión*, como en *La huida*. Como Steve McQueen.

Si encima ni siquiera eres Steve McQueen, entonces es un verdadero desastre. Porque las fibras de amianto las has estado respirando durante treinta y cinco años y la vida que has tenido ha sido un pasaje entre la hipoteca y el subsidio por desempleo. Sin ni tan solo un «Claqueta… ¡Acción!», sin ni siquiera poder escaparte en moto con el torso desnudo hasta las playas de Florida. Puede que seas uno de los de la Cooperativa Vapordotti, los que en la Alta Maremma, en la zona rica en bórax de Larderello y Pomarance, revestían con amianto el sistema linfático de tuberías que transfería el vapor extraído de las vísceras de la tierra. Le hacían un pequeño «abrigo» a los conductos con amianto, cemento e hilo de hierro. Eran veinte y han muerto dieciséis. Uno tras otro, los operaban de los pulmones, los atiborraban de cortisona, perdían la vista y luego se iban. Más allá de Vasco, más allá de las vidas temerarias, esos hombres forraban el metal con amianto friable, lo rociaban, lo respiraban. Y en su tiempo no salían a correr en una

Harley-Davidson.

Atendían el huerto, alguno iba a cazar, charlaban sobre Baggio y Batistuta en el local de ARCI. Quemaban las frasca de olivo y asaban chorizos sobre ellas, como hacíamos nosotros. Y sin embargo han muerto como Steve McQueen.

Yo veía las películas de Steve con Renato. Todas, las vimos todas, las del Oeste y las de acción. *Nevada Smith, El en llamas*

Yang-Tsé

… Kilómetros de película de acción, con la cruz de Malta del proyector parpadeando en los cines de verano de los pueblos mineros de las Colinas Metalíferas, de donde provenía una parte de nuestra familia. De esas colinas llenas de vapores geotérmicos en las que las fuerzas del subsuelo eran embridadas con un mineral potente y maléfico: el amianto. ¿Cómo iba a saber Renato que él también acabaría como Steve McQueen?

Y sin embargo es precisamente Steve el que aparece en la pantalla. Los cortes de montaje se vuelven más veloces. El proyeccionista no ha regresado, se ve que los cerdos siguen huidos. *La huida*, en fuga. *La gran evasión*. Como *Papillon*, como *El rey del rodeo*. No obstante, la película no se detiene y las butacas de la sala se llenan para el gran final: uno a uno van llegando numerosos hombres con mono azul. Miro con más atención, en la oscuridad. Están los de Casale y los de Taranto. Los de los trenes de Pistoia y los de los astilleros de Monfalcone. Los de Bagnoli y los de Rubiera. Están también las mujeres que cosían sacos de amianto y las que lavaban los monos de sus maridos. Y los mineros de Maremma y los sardos de Sulcis. Está también Angelo. Y a su lado está Renato. Están los soldadores y los tuberos, los aisladores y los calafateadores. Los ciegos están radiantes porque ven la película y los que han perdido un dedo cuentan cinco en su mano y vuelven a cerrar el puño. Ahí están, todos juntos, héroes *working class* que han regresado para ajustar cuentas, como en una película de Sam Peckinpah, como en *Grupo salvaje*. Caminarán por las calles de nuestras ciudades, con el sombrero tejano inclinado sobre su frente, uno junto al otro, Renato y los de la Vapordotti y todos los demás *cowboys* del metal. También Steve. Regresarán con los ojos de hielo y los monos de trabajo que aún llevan impregnados su olor, ese aroma a hierro cortado y a electrodo coagulado. Pimplarán unos tragos en el local social y arreglarán las cosas a su manera y el dinero no bastará para compensarles por sus vidas, porque no aceptarán reembolsos. Ni siquiera *Un dólar de honor*. Bien saben ellos que el dinero no lo es todo; ellos, que —expuestos a todo tipo de peligros, entre labores exageradamente nocivas, penosas, letales, peligrosas— trabajaron durante toda una vida. Una vida en riesgo, llena de apuros. Una vida temeraria. ¡Maremma asquerosa! ¡Así es! Una vida como Steve McQueen.

AGRADECIMIENTOS

Amianto, una storia operaia fue publicada en su primera edición en el 2012, en un momento en el que al sector editorial italiano no le parecía sensato invertir en un título narrativo sobre fábricas y memorias obreras. Tal vez porque ya no estaba de moda identificarse como obreros o como hijos de obreros. O porque, como escribía un tal Mario Tronti, «al capitalismo lo que le da miedo es la historia de los obreros, no la política de las izquierdas. La primera la ha enviado con los demonios al infierno, la segunda la ha acogido en los palacios de gobierno». El caso es que, a comienzos del 2012, los departamentos de *marketing* de las editoriales italianas con las que había contactado daban «señales negativas» sobre la historia de un obrero que acababa enfermando de cáncer de pulmón. Debo agradecerles a Marco Philopat y a todo el equipo de Agenzia X (Paola, Andrea, Roberto) que creyeran en este título cuando aún nadie creía en él. Agradezco también a quienes no dejaron de darme apoyo en los últimos meses: Valerio Evangelisti, Wu Ming 1, Girolamo De Michele, Loredana Lipperini y Daniele Pinna. Y a quienes me ayudaron leyendo el nuevo epílogo y proponiendo modificaciones que acepté con entusiasmo: Claudia Boscolo, Daniela Brogi, Dimitri Chimenti y Francesco Zucconi.

Quiero asimismo dar las gracias al ingeniero Pisani y al abogado Picchi, a Alessandra Cecchi por la revista de prensa y por los datos técnicos sobre nocividad industrial, a la familia Federici, a Maria Rosaria Bucci por su apoyo con los numerosos borradores del manuscrito, al patriarca Stefano Pacini e hijos por la historia de la oveja muerta, al *Papero* de Frosini (que sigue en forma) por el vino y las rebanadas de pan con *buristo*; a Simone Turini y Andrea Gigliucci por la asesoría sobre pipas; a Matteo Di Giulio y a Sancho Santoni por la asistencia editorial con el primer borrador. Doy las gracias también al cantautor Marco Chiavistrelli, que con su balada me descubrió la historia de la Cooperativa Vapordotti.

Con las presentaciones de la primera edición de *Amianto, una storia operaia* recorrí una parte del panorama industrial italiano en proceso de desmantelamiento durante decenas de ocasiones a lo largo de un año, y mi historia ha ido soldándose con la historia de otras muchas personas. Casale Monferrato, Rubiera, Bagnoli, Monfalcone, Pistoia y tantos otros lugares; en

cada parada encontré un techo y una mesa. Mi agradecimiento a Luca, de Voci della Memoria, y a la gente de la Associazione Familiari e Vittime Amianto (AFEVA), comenzando por la señora Romana, Bruno Pesce, Nicola Pondrano, el «pizzero solidario» y todos los demás increíbles compañeros de lucha. Y además a los compañeros de Monfalcone y de Bagnoli, a los miembros de los comités de Rubiera y de Viareggio, y a la Fondazione Vettori, de Pistoia. Son numerosos los caminos que la movilización contra la nocividad industrial ha ido tomando, desde Val di Susa a Sulcis, desde Siracusa a Monfalcone, pero parece ser que un pedazo de amianto ha arruinado diversas vidas en cualquier lugar en el que estaba en funcionamiento una chimenea o se abría una planta industrial. Todas esas luchas han dado aliento a mi investigación y a mi escritura. Algunos personajes secundarios del libro, que atravesaron renglones y paratextos, ya no están. Como es el caso de Angelo, que durante tantos años trabajó con Renato hombro con hombro. O como Italiano, de Casale, con el que coincidimos frente a la sede de AFEVA. Para ellos va algo más que un abrazo.

Finalmente, un agradecimiento colectivo a los compañeros de la redacción de *Carmilla*, que acogió el artículo que posteriormente se transformó en el manuscrito de *Amianto, una storia operaia*, y a los compadres de *Giap*, desde los administradores del blog hasta los *giapsters* que lo animan con sus comentarios. Por último, doy las gracias a todos los que han querido escuchar esta historia, que se han identificado con ella o que en ella han hallado algún fragmento de su propia memoria. Recordarlos a todos sería imposible, pero que sepan que considero que formo parte, con ellos, de un común «grupo salvaje».

BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Este libro creció sobre memorias y recuerdos, pero hay algunos títulos que me ayudaron en el proceso de escritura. No haré una lista exhaustiva, me limitaré a enumerar las obras que me han resultado más útiles.

Sobre la contaminación en la Alta Maremma son imprescindibles las obras de Roberto Barocci, a saber: *Arsenico* (Stampa Alternativa, Viterbo, 2000), *Maremma avvelenata* (Stampa Alternativa, Viterbo, 2002) y *Arsenico e scellerati progetti* (Stampa Alternativa, Viterbo, 2012). La historia minera de la Alta Maremma está mejor descrita en *I minatori della Maremma*, de Luciano Bianciardi y Carlo Cassola (Laterza, Bari, 1956). Para la historia de la conflictividad en el interior de la acería de Piombino, el texto fundamental es *Il movimento operaio a Piombino*, del compañero Pietro Banconi (La Nuova Italia, Florencia, 1970).

Sobre el tema del amianto ya hay numerosas publicaciones y la actualidad del problema hace que se estén incrementando los títulos en torno a la fibra asesina. He leído muchos ensayos sobre el asunto. Si tuviera que señalar algunos, sobre la base del principio geográfico, destacaría *La lana della salamandra*, de Giampiero Rossi, sobre Casale Monferrato (Ediesse, Roma, 2008) y *Polvere*, de Alessandro Morena, sobre las factorías de Monfalcone (Udine, Kappa Vu, 2000). Una obra útil y completa es el monográfico sobre el amianto de *Medicina democratica* (números 191-194, de mayo a diciembre del 2010). Es muy interesante revisar los números de esta revista correspondientes a 1977 para ver lo acertados que eran, ya en aquella época, ciertos análisis acerca de morbilidad en el trabajo y sobre el riesgo del amianto en Italia. Sobre la nocividad de las industrias consulté *Progetto ambiente e tumori* (a cargo de Ruggero Ridolfi), editado por la Associazione Italiana di Oncologia Medica en el 2011, y el estudio *Sentieri* (estudio epidemiológico nacional de los territorios y de los asentamientos expuestos a riesgo de contaminación), ambos fácilmente localizables *on line* en archivo PDF. A propósito de los incendios en las refinería de IPLOM, véase *Il mostro di Busalla*, de Enrico Arosio y Francesco Bonazzi, en la revista

l'Espresso
del 23 de diciembre del 2008, y *A fuoco la raffineria. Operai in fuga alla IPLOM di Busalla*, de Matteo Indice y Ludovico Prati, en el periódico *Il Secolo XIX* del 1 de agosto del 2008.

Más documentado aún es el dosier del Comitato di Salute Pubblica di Busalla, disponible *on line*, con el listado de los accidentes ambientales y humanos de IPLOM en los últimos treinta años. Obviamente, todo el material debe ser leído con sentido crítico, las estadísticas han de ser interpretadas, los datos oficiales tienen que ser desglosados.

Sobre la sentencia de Eternit, la bibliografía es enorme, si bien recomiendo, entre tanto material, un artículo de Luca Baiada: *Processo e processo Eternit*
dell'Aia
, publicado en la revista *Il Ponte* (julio del 2012, páginas
27-34).
Sobre las víctimas del trabajo, es imprescindible el libro *Lavorare uccide* (Bur, Milano, 2008), de Marco Rovelli. A todo esto hay que añadir, por desgracia, la interminable revista de prensa sobre muertes y accidentes en las acerías y en las refinerías, y sobre las víctimas del amianto, que me ofreció Alessandra Cecchi y que en parte está disponible para consulta electrónica en el blog *Il Lavoro Debilita*.